

Amber Lake

Súbete
a unos
taccones
y tu vida
cambiará



Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2019

© 2019 Josefa Fuensanta Vidal

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Frases en francés](#)

[Agradecimientos](#)

No le tengo miedo a las alturas. ¿Has visto mis zapatos?

Carrie Bradshaw,
personaje del libro *Sexo en la ciudad*,
de Candace Bushnell.

Capítulo 1

Marcia Gallardo, treintañera, licenciada en Económicas, soltera y sin compromiso, había tomado la decisión de dar un cambio a su vida y este debía comenzar por renovar su aspecto. Estaba cansada de que la ningunearan en su trabajo, de que ningún hombre decente se fijara en ella y de que sus amigas la pusieran de ejemplo de lo que no se debía hacer si querías ser una triunfadora en la vida.

La gota que había colmado el vaso de su paciencia era el rumor extendido por la oficina de que iban a ascender a una compañera, menos cualificada y con menor antigüedad que ella, al puesto de jefe del departamento de tramitación de siniestros, puesto que Marcia ambicionaba desde que se había jubilado el empleado que lo ocupaba y del que se creía merecedora por méritos propios.

Pero desde que Verónica Marqués comenzó a trabajar allí no había dejado de hacer la pelota al director y de encandilar a todos con su perfecta figura y su seductora personalidad, lo que le estaba haciendo ganar puntos en aquella hipotética competición que se llevaban entre manos.

Ella no era así. Nunca había recurrido a esos subterfugios para ascender en su trabajo; ni para nada en la vida, esa era la verdad. Lo que había conseguido hasta el momento —no demasiado para sus cualidades profesionales— había sido a base de tesón, inteligencia y profesionalidad, y le daba rabia que una advenediza, que en más de una ocasión se había beneficiado de su esfuerzo para quedar bien ante los jefes, se fuese a salir con la suya.

Esto la había llevado a tomar una decisión que nunca pensó que llegaría a plantearse: si tenía que emplear las mismas armas que otras mujeres para mejorar en su trabajo, lo haría por mucho que la repugnase.

Marcia era consciente de que no poseía el atractivo de Verónica, aunque no por ello era fea; al menos en opinión de Belén, su paño de lágrimas, que con frecuencia le repetía:

—Lo que pasa es que no sabes arreglarte, chica, ni tienes ganas. ¿Mírate el pelo?, siempre recogido en esa coleta que tan poco te favorece. O esas gafas pasadas de moda que te empeñas en llevar a todas horas y que no

necesitas. ¿Por qué quieres esconder tus ojos detrás de ellas? Son bonitos.

Marcia intentaba tener paciencia cuando empezaba con ese tema.

—Sabes que tengo miopía.

—¿Cuánta? Menos que mucha gente que ambas conocemos, seguro. Y, en todo caso, podrías ponerte unas lentillas. ¿Sabes que las hacen de colores? Monísimas, oye. Lola las lleva en tono verde esmeralda y no veas lo naturales que quedan. Hasta estoy pensando en ponerme yo unas azul violeta, el tono de Elizabeth Taylor. ¡Qué ojos tenía esa mujer! ¿Crees que le gustarían a Oscar?

Lo de las lentillas de colores a Marcia le parecía una extravagancia, aparte de un riesgo para la salud, pero si a Belén le hacía ilusión...

—No puedo llevarlas. Tengo síndrome de ojo seco —se justificaba ella.

En realidad, ni lo había intentado. Solo de pensarlo se ponía enferma. Le parecía algo de lo más molesto. ¡Con lo bien que iba con sus cómodas gafas!

—Pero podrías cambiar de montura, ¿no te parece? ¡Parecen las de mi abuela! —insistía Belén.

—Vale, las cambiaré, No seas pesada —concedía para contentarla.

—Y, de paso, no te vendría mal renovar un poco tu armario. ¿Es que solo tienes pantalones y jerséis de cuello alto? Por no hablar de esos zapatos que sueles llevar, igualitos a los que mi madre se pone para ir a misa. ¡Son horrosos!

Cuando Belén comenzaba, no había quien la parara.

—Pero cómodos. Ya sabes que voy andando al trabajo para hacer ejercicio. ¿No querrás que recorra tres kilómetros con tacones de diez centímetros?

—Pues apúntate a un gimnasio, como hace todo el mundo. Al de Oscar, por ejemplo, que te haría un precio especial. Y para ir a trabajar coges el metro, que te lleva en un abrir y cerrar de ojos.

—No a ambas propuestas, gracias. No me gustan los transportes urbanos masificados, y a esa hora lo están. Solo los cojo como último recurso. Y no me apetece sudar en un espacio cerrado si puedo evitarlo. Es más sano hacer ejercicio al aire libre. Pregúntale a cualquier médico. —Había cosas en las que Marcia no estaba dispuesta a transigir.

—Mira que eres rara, chica. De todas formas, eso no te sirve de excusa porque hay zapatos monísimos, de un tacón aceptable, con los que podrías correr una maratón si fuese necesario. O puedes tener unos *stiletos* en la oficina y ponértelos cuando llegues. ¿Has visto la película *Armas de mujer*,

con Melanie Griffin y Harrison Ford? ¡Me encanta! Harrison estaba buenísimo y Melanie muy guapa. Aunque eso fue antes de estirarse la cara hasta colocarse las orejas en la nuca y rellenarse los labios con un kilo de colágeno o algún potingue milagroso de esos que están tan de moda. Se le quedaron como dos salchichas Frankfurt a la pobrecilla, pero de esas que se comen los alemanes en su país, que son como cuatro veces las de aquí y dicen que están muy...

Con frecuencia, Belén se iba por las ramas y había que cortarla.

—No, no he visto esa película. ¿Qué pasa en ella?

—Que la Melanie, que trabaja también en seguros o lo que sea que tengan los americanos por allí, vivía muy lejos de su oficina y se ponía unas zapatillas de deporte con el traje para ir y volver al trabajo. La verdad es que le quedaban preciosísimas, por raro que parezca. Yo nunca lo hubiese creído si no lo veo en...

—¿Y...?

—Y eso, que cuando llegaba al trabajo se ponía unos tacones que tenía guardados en un cajón de su escritorio. ¿A que es una idea genial?

—No. Me parece una horrerada, aparte de una estupidez. —No podía creer que se le ocurrieran esas ideas por mucho que aparecieran en películas de éxito. ¿Ir por la calle en traje y zapatillas de deporte? Eso solo se le podía ocurrir a los americanos, tan elegantes ellos siempre.

—¡Qué difícil eres, chica! —bufó Belén.

—No soy difícil, soy práctica. Ten en cuenta que yo voy a trabajar, no a buscar novio.

—Ya que has sacado el tema, no estaría mal que aprovecharas para encontrar uno, ¿no te parece?

—No empieces... —le advirtió con los ojos entornados.

Marcia se encrespaba cuando comenzaban a hablar de novios. ¿Es que no recordaba lo que había ocurrido con el último, de cuyo nombre ni quería acordarse, y que la propia Belén le había presentado? «Un chico que conozco de toda la vida, vecino del barrio, simpático y muy trabajador. Un encanto donde los haya», le dijo, y ella confió en que sería cierto. Sin embargo, el vecinito encantador resultó ser un auténtico sinvergüenza, que se estaba acostando con la novia de su hermano al mismo tiempo que salía con ella y, probablemente, con alguna más en su tiempo libre.

—Vale, no insistiré con eso... de momento. Pero no me vas a convencer

de que es una tontería querer estar guapa. Y si para ello hay que sacrificar un mínimo de comodidad, se hace y listo. Solo tienes que arreglarte con un estilo más femenino: faldas, tacones, el cabello suelto, algo de maquillaje... Ya verías el cambio, ibas a dejar a todos alucinados. Porque con esa pinta de feminista resabiada que tienes, echas para atrás a todo hombre que se te acerca.

—No tengo ese aspecto, gracias. Y aunque fuese cierto, lo que no tengo es tiempo para perder en tonterías. Quien me quiera deberá hacerlo por mí misma, no por el envoltorio que me cubra —argumentaba Marcia.

Ese era su discurso más socorrido y del que se sentía más satisfecha, sobre todo si lo decía con aspecto serio y mirada decidida. Casi siempre acababa llamando a Belén.

—Deberías, guapa. Hazme caso y súbete a unos tacones. Ya verás cómo tu vida cambiará.

Marcia nunca había estado de acuerdo con esas opiniones. Pensaba que si las mujeres querían que se las tratase con respeto y, al mismo tiempo, conseguir la igualdad laboral con el hombre debían hacerlo por su valía profesional y no por saber gestionar la serie de trucos femeninos que tenían a su alcance. Eso era lo que ella pensaba... hasta ahora.

Había abierto los ojos y comprendía que, mientras los hombres —o algunos, como su jefe— monopolizaran los puestos directivos no estaría de más acompañar sus grandes dotes profesionales con un atrayente palmito.

Por otra parte, la compañía de seguros en la que trabajaba desde hacía casi siete años estaba pasando por verdaderos apuros económicos. Todos pensaban, menos los altos ejecutivos, que se debía a una mala gestión y no tanto a la crisis de la que nadie parecía librarse. Aunque, estaba convencida, acabarían pagando los de siempre, o sea, los que solo se dedicaban a hacer su trabajo y cobrar un sueldo mísero a final de mes y no los ineptos que los dirigían, que se embolsaban verdaderas fortunas por tomar decisiones equivocadas.

Los mínimos beneficios obtenidos durante los últimos años habían ocasionado el descontento de los accionistas, por lo que se venían barajando desde hacía tiempo diferentes soluciones para incrementarlos o acabarían con pérdidas y la consiguiente quiebra de la empresa.

Al final, la única solución que habían encontrado era la de fusionarse con una gran compañía aseguradora radicada en Francia que estaba interesada en

expandirse en España, al igual que hacían otras compañías similares para capear la crisis y seguir subsistiendo, sin importarles perder su identidad y ser engullidas por una multinacional.

Lo malo de esa solución era que requeriría de grandes reajustes —ella los llamaba recortes—, principalmente en personal. Se eliminarían oficinas y, como consecuencia de ello, habría despido de trabajadores.

Se esperaba la visita de un representante de la aseguradora francesa para las próximas semanas con el fin de hacer un estudio de viabilidad de las diferentes oficinas en aquella zona y proponer acciones a realizar, aunque todos preveían el resultado: se suprimirían varias delegaciones para ahorrar gastos y se despediría a la mitad del personal, que dejaría de ser necesaria tras la fusión.

Les habían prometido que se procuraría conservar al mayor número de empleados, pero nadie lo creía y ella tenía todas las papeletas para que le dieran la patada. Si no conseguía promocionar, su puesto en tramitación de siniestros sería uno de los prescindibles. Y, a pesar de merecer ese ascenso, la muy traidora de Verónica acabaría llevándoselo ya que se había metido en el bolsillo a Rodríguez, el director de aquella oficina, con sus trampas de mujer fatal.

Por lo tanto, ahora era el momento de seguir el consejo que su amiga le había dado hacía tiempo y luchar por su futuro. Total, este se presentaba tan negro que nada perdía con intentarlo.

Capítulo 2

—Belén, ¿tienes algo que hacer el sábado por la mañana? —le preguntó Marcia a su amiga por teléfono.

—Voy con Oscar de escalada. ¿Por qué lo dices?

—Había pensado ir de compras y quería que me acompañaras.

—Me encantaría, pero no puedo cancelarlo. Vamos en grupo y ya está pagado el hotel y las actividades. Esta tarde libre. Si quieres quedamos. El otro día le hice el turno a una compañera y me lo debe. Mañana lo tengo completo —propuso.

Belén era enfermera. Trabajaba en un centro de salud y en una pequeña clínica privada varias tardes a la semana.

—Me parece bien. Con un par de horas bastará —calculó Marcia con optimismo. No le gustaba ir de compras, al contrario que a muchas de sus amigas, Belén incluida. Lo consideraba una gran pérdida de tiempo.

—Depende de lo que quieras comprar —comentó, poco convencida con los cálculos de Marcia.

—Ropa, zapatos, maquillaje, algún complemento...

—¿Todo eso en un par de horas?! Cómo se nota que estás fuera de onda, chica. Échale el doble y todavía nos faltará tiempo. Solo para elegir el maquillaje adecuado necesitaremos casi una hora. Y no vas a cargar con todo en el primer sitio que entremos. Hay que ver y probarse mucho antes de encontrar lo que más nos favorece.

—En ese caso, tendremos que dejarlo para el próximo fin de semana, si tienes más tiempo. De momento, me apañaré con lo que tengo —sugirió Marcia con acento desencantado.

—De eso nada. No pienso dejar pasar la ocasión de ponerte como un pincel.

—Entonces no sé cómo vamos a conseguirlo porque no puedo salir antes del trabajo. Está la cosa demasiado complicada como para faltar sin una causa grave, y aun así me lo plantearía —advirtió.

—Tranquila, agonías. Tenemos suerte de que algunos comercios y los grandes almacenes cierren a las diez de la noche, lo que nos da más margen. Voy a empezar a hacer una selección mirando las páginas web y así vamos a lo

seguro, lo que nos ahorrará tiempo. Déjame a mí, que soy una experta — argumentó muy ufana.

—De acuerdo. —Debía reconocer que su amiga tenía soluciones para todo.

—¿Y a qué viene esa súbita fiebre compradora? —se interesó Belén. Era la primera vez que le proponía algo así y se conocían desde niñas.

—He decidido cambiar de imagen, como me sugeriste —tuvo que admitir Marcia a su pesar.

—¡Ya era hora! —exclamó Belén entusiasmada—. Mira que hacía tiempo que te lo estaba diciendo y tú obcecada en el no, chica. Aunque más vale tarde que nunca, desde luego. Pero esas prisas resultan sospechosas, qué quieres que te diga. Me da que te traes algo entre manos —comentó suspicaz—. ¿Has conocido a alguien y no te has dignado contármelo?

—No —contestó Marcia tajante. Ya empezaba con su manía de querer emparejarla, como si una mujer no pudiera estar sola y muy contenta con ello.

A Belén le mosqueó esa respuesta.

—No me engañes, guapa. Debes de tener algún buen motivo, porque no me creo que hayas tenido una revelación así de pronto. Te conozco muy bien y eres tozuda como pocas —insistió, ya francamente disgustada.

Marcia advirtió que el recelo de Belén iba en aumento y se decidió a contarle la verdad. ¿Si no confiaba en su mejor amiga, en quién lo iba a hacer? Pero le costaba confesar, ni siquiera a ella, la decisión que había tomado después de llevar toda su vida criticando a las mujeres que utilizaban sus encantos para conseguir algo. Era como saltarse a la torera unos principios que la habían guiado desde que tenía uso de razón.

Se le revolvía el estómago cuando, en el instituto o en la universidad, veía a compañeras coquetear o lloriquear —lo que era igual de penoso— a los profesores para que les subieran la nota. Ella tenía demasiado amor propio para eso y unos rígidos criterios morales, que le habían inculcado desde niña en su casa y en el colegio religioso al que sus padres la enviaron.

Belén no la criticaría por querer hacer lo contrario de lo que siempre había predicado. Porque las mejores amigas no critican lo que haces, o eso esperaba.

—Ya te expliqué la situación por la que atraviesa la empresa y el proyecto de fusión con una gran compañía aseguradora de ámbito internacional. Aunque no se puede hablar de ello, parece que está todo

pactado y solo queda la firma del acuerdo. El caso es que me he enterado de que a finales de la próxima semana viene una persona enviada por la multinacional para hacer un análisis de la situación y tomar las medidas necesarias para rentabilizar la unificación; medidas que, nos tememos, se reducirán a recortes de gastos por todos lados, en especial en despidos de personal.

—¿Tan mal está la cosa?

—No lo estaría si los responsables hubiesen hecho bien su trabajo. Pero se han dedicado desde hace tiempo a derrochar de forma descarada, entre otras cosas subiéndose los sueldos; lo que no van a admitir, evidentemente. Al final, nos tocará pagar a los curritos de tres al cuarto, que somos la gran mayoría.

—Sí, es lamentable. ¿Y temes que te puedan despedir?

—No lo descarto. Con la fusión sobrarán bastantes trabajadores e imagino que se quedarán los que tengan más recomendación, como siempre ocurre. De echar a alguien de mi departamento ¿crees que va a ser al sobrino del subdirector o a Verónica? No, nada de eso. Le tocará a la tonta de turno: yo.

Marcia se lo decía con frecuencia para hacerse a la idea de lo que acabaría ocurriendo. Aunque no era una persona pesimista, sabía que las posibilidades eran escasas.

—No debería ser así. Tú llevas más tiempo trabajando y eres mucho más competente que ellos. —Belén se indignaba al ver cómo menospreciaban a Marcia, a la que quería como a una hermana.

—Pero no tengo enchufe ni me he acostado con mi jefe. Y esas dos cosas son una gran tacha en mi expediente.

—¿No me digas que has decidido acostarte con Rodríguez? —preguntó atónita—. ¡Si es un viejo verde de lo más asqueroso! Recuerdo que me dio náuseas cuando me enseñaste la foto de aquella comida.

—Y en esa aún no se había emborrachado. ¡Si lo hubieses visto corriendo detrás de Verónica para meterle mano en el escote! —Se le escapó una risita—. No pienso acostarme con nadie, Belén, pero intentaré evitar que me despidan. El que viene es un francés, y ya se sabe que a ellos les gustan las mujeres muy arregladas y que ofrezcan un aspecto atractivo; que, por otra parte, es lo usual en una gran empresa internacional. Así que, si para conservar mi puesto de trabajo tengo que parecer un maniquí, no dudes que

haré todo lo posible por conseguirlo.

—¿Pero vas a intentar seducirlo o no? —tuvo que preguntar Belén, porque no le había quedado clara la intención de Marcia.

—¡Estás obsesionada con el sexo, guapa! —A veces, Belén parecía algo lerda—. No es mi intención, por supuesto. Lo que quiero es causarle la mejor impresión posible, comenzando por lo primero que ellos miran: el palmito, algo que la nueva compañía tiene muy en cuenta según he visto en su página web. No pienso dejar que Verónica se asegure el ascenso sin luchar, tenlo por seguro. Ya está bien de ser el patito feo de la oficina. Quiero convertirme en un cisne.

Marcia escuchó las entusiastas palmadas de Belén después de su declaración de intenciones y pensó que se había excedido. Pero era de las que prefería ponerse las metas muy altas, consciente de que con ello se incrementaba el esfuerzo necesario para conseguirlas.

—¡Así me gusta, echándole un par de ovarios al asunto! —Se sentía orgullosa de su amiga—. Cuenta conmigo para conseguirlo. Paso a recogerte a las seis. No tardes que tenemos mucho que hacer.

Belén colgó y Marcia quedó pensativa. No estaba segura de haber acertado al involucrarla en aquella decisión. Belén se entusiasmaba demasiado y a ella le gustaba hacer las cosas con calma.

A las seis en punto, como había prometido, Belén la esperaba en doble fila frente a las oficinas de la sucursal.

—¿Lista para la gran transformación? —preguntó con entusiasmo.

«¿En qué lio me he metido?», pensó Marcia al subirse al coche. Pero ya estaba hecho y ahora debía apechugar con ello.

Belén, que era una conductora temeraria, se adentró de forma suicida en el caótico tráfico que circulaba a aquellas horas por el centro de Barcelona.

—¿Has renovado la póliza del seguro? No lo recuerdo —indagó Marcia con voz temblorosa mientras se agarraba con fuerza al asidero e intentaba frenar con los pies. No creía que consiguieran llegar ilesas a su destino, y sería muy propio de Belén el haber olvidado pagar la cuota.

—Relájate, que no vamos a tener un accidente. Soy mejor conductora de lo que piensas —respondió con sarcasmo al detectar su temor.

—Yo no pienso nada, las estadísticas lo dicen todo. Has tenido tres siniestros en el último año.

—¿Y qué culpa tengo yo de que haya tanto torpe por ahí?, que parece que les ha tocado el carné en una rifa —se defendió.

Marcia suspiró y prefirió dejar el tema para no irritarla más. Las discusiones con ella conduciendo eran un riesgo añadido.

En poco tiempo, llegaron a la zona comercial sin ningún contratiempo de importancia, solo varios pitidos por parte de algunos conductores a los que Belén no se privó de responder con cortes de manga y palabras malsonantes, más propios de un hinchado de fútbol descerebrado que de una señorita educada en un colegio de monjas, lo que le causó a Marcia más de un bochorno.

Dejaron el coche en el *parking* de unos grandes almacenes, desde el que tenían acceso a varios comercios de los alrededores, y comenzaron la maratón de compras que Belén había planificado como si se tratase de unas maniobras militares.

Aunque estaban a principios de junio, parecía que ese año el verano se había adelantado. Llevaban un par de semanas de calor asfixiante y la gente se lanzaba a comprar ropa ligera con la que aliviar las altas temperaturas, de ahí que todo estuviese abarrotado.

Recorrieron infinidad de tiendas en las que Belén insistió en que Marcia se probara un modelo tras otro, y cada uno más atrevido que el anterior.

—No es nada malo enseñar un poco de pechuga, maja. Y tú puedes presumir de una auténtica. No como otras, que deben recurrir a los sujetadores con relleno o gastarse una buena pasta en implantes —le decía para acallar sus protestas.

Pero lo peor fue a la hora de elegir zapatos, todos de tacón altísimo con los que apenas podía caminar.

—Te acostumbrarás en pocos días. Tú practica en casa con un par de libros en la cabeza como hacen las modelos. ¡Es pan comido! —la animaba Belén cuando le veía cara de espanto.

Marcia se negó a encargarse de las lentillas de colores que a Belén tanto le gustaban, aunque acabó comprando unas gafas con montura a la última que, debió admitir, le quedaban muy bien.

—Solo debes ponértelas cuando sea estrictamente necesario, que va a ser casi nunca. No prives a la gente de contemplar tus bonitos ojos, y más si te los pintas como es debido —le advirtió Belén con severidad.

—¿Quieres que me aumenten las dioptrías? —protestó Marcia. Sin sus gafas se sentía insegura. Las llevaba desde los dieciséis años.

—¿A tu edad? Puedes estar segura de que no te van a aumentar ni yendo todo el día sin ellas —se mofó.

Marcia no estaba convencida de ello. Tampoco iba a discutir con Belén. Ya haría lo que viera conveniente.

Agotadas por las cuatro intensas horas de actividad, se sentaron en un *Burger*. Marcia, a quien le encantaban las hamburguesas de pollo, se tuvo que conformar con una ensalada.

—Ve olvidándote de las grasas o en un par de meses no podrás ponerte ni la mitad de lo que te has comprado —le recordó Belén.

—Empiezo a arrepentirme. ¡Con lo cómoda que voy con los pantalones y las camisas sueltas!

—Cómoda y pazguata. Si lo que quieres es deslumbrar a ese francés que viene, ya sabes: falda de tubo con una buena raja por detrás, escotes que se te vea hasta el ombligo y tacones de vértigo. No veas cómo se pone Oscar cuando le planto el zapato en la entrepierna y presiono con...

—¡Vale! No me interesan las perversiones que le gustan a tu novio —la cortó Marcia. Belén era muy dada a contar intimidades de tipo sexual, y eso que sabía que a ella no le gustaba hablar de esos temas.

—Mira que eres pánfila, chica —le reprendió con expresión ofendida—. Y nada de llevar bragas, que dejan unas marcas feísimas. Además, una de las cosas que más seduce a un hombre es el imaginar que no llevas nada debajo de esa ropa tan ajustada.

—¡Ni lo sueñes! Me sentiría desnuda si no las llevo.

—Ahí está el truco, nena. La sensación de desnudez provoca excitación en uno mismo y eso hace que te vuelvas más atrevida, más sexy. Pruébalo y verás. Te lo digo por experiencia. Cuando salgo con Oscar nunca llevo y eso me pone a cien... y a él ni te cuento.

Marcia suspiró. Belén se ponía de lo más pesadita con el tema de su novio.

—No hace falta, ya me hago una idea.

Terminaron casi pasadas las once de la noche y Belén insistió en llevar a Marcia a su casa a pesar de que quedaba una parada de metro bastante cerca.

—No voy a dejar que te vayas sola. ¡Para que te ocurra algo y pase toda la vida arrepintiéndome!

Marcia no sabía si era más peligroso subirse con Belén al coche o coger el metro a esas horas.

Cuando la dejó en la puerta del bloque de apartamentos donde vivía, Belén le recordó.

—Ya sabes que tienes cita mañana a las siete en el salón de belleza. No te olvides. Le he dicho a Mabel que te enseñe a maquillarte. Presta mucha atención porque, a partir de ahora, no saldrás a la calle sin la fachada bien enlucida, ¿te queda claro?

Marcia no pudo evitar reírse ante la comparación.

—Cristalino, pesada. —Se despidió con un beso en la mejilla—. Pásalo muy bien en la sierra y vuelve de una pieza.

Belén le guiñó un ojo con picardía.

—Eso ni lo dudes.

Capítulo 3

«Maldito encargo», refunfuño Marcia con disgusto al entrar en los grandes almacenes.

¿Por qué tenía que ser el alma cándida que cedía a los ruegos de todos? Ella no tenía la culpa de que Belén estuviese en cama y no pudiera salir. Si siempre le aconsejaba que se olvidara de practicar deportes tan peligrosos, en especial la escalada a la que su novio era tan aficionado, porque no tenía aptitudes para ello. Pero si Oscar lo había organizado, ella era incapaz de negarse, aunque corriera el riesgo de romperse la crisma, como casi había sucedido.

Tampoco tenía la culpa de que el cumpleaños de Oscar fuera al día siguiente y de que Belén, tan poco previsora como siempre, no le hubiese comprado el regalo. Ese regalo tan especial que iba a ser toda una sorpresa y que no podía esperar a otra ocasión.

Marcia fue incapaz de negarse cuando le pidió ayuda. No se le negaba un favor a una amiga que se encontraba lesionada y sin poder moverse de casa por mucho que ella se lo hubiese buscado. Y por ello se encontraba allí, para comprar el dichoso regalito.

Rezongando por lo bajo y armándose de valor, se dirigió a la sección de ropa interior masculina y comenzó a buscar en las estanterías. Al menos, pensó con alivio, la zona estaba bastante despoblada. No se veía dependiente alguno por allí, comprobó satisfecha. Con un poco de suerte, encontraría lo que buscaba y se marcharía lo antes posible.

Después de diez minutos de infructuosa búsqueda, y tras haber abierto varios envoltorios y revuelto casi todo lo que tenía a su alcance, se decidió a buscar a alguien que la ayudara.

No vio a ningún dependiente cerca y torció el gesto con disgusto. «Cuando no los necesitas están pegados a ti como un chicle a la suela del zapato», se dijo irritada.

Buscó con la mirada hasta que divisó a lo lejos a un hombre trajeado que estaba doblando con esmero un suéter y colocándolo en una estantería. Se dirigió a él y dijo con cierto sarcasmo:

—Sería tan amable de atenderme, señor; si no está demasiado ocupado

en estos momentos.

El hombre frunció el ceño y la miró confundido. Pronto se repuso y esbozó una media sonrisa que le quedaba perfecta en su atractivo rostro.

—Será un placer, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —Se acercó solícito.

Marcia dudó unos segundos. Le avergonzaba lo que el buen hombre pudiera pensar, pero seguro que le habían pedido cosas más extrañas.

—¿Tienen tangas de caballero? —preguntó bajando la voz. No quería que todos supieran lo que estaba buscando.

—¿Cómo dice? —El gesto de extrañeza resultó bastante cómico. Parecía que era la primera vez que oía hablar de eso.

Marcia carraspeó para aclararse la garganta. La verdad era que el imaginar a Oscar con eso puesto le causaba una risa tremenda.

—Los tangas de hilo, esos que llevan un cordoncillo por detrás que se mete en... en... —intentó explicarle sin subir el volumen y acompañando sus palabras con un gesto bastante descriptivo que la hizo sonrojarse.

—¡Ah, sí! Ya entiendo. Creo que están por allí. —Señaló con la mano hacia la misma zona donde ella había estado buscando anteriormente, y comenzó a caminar con paso inseguro en esa dirección.

Marcia fue a decirle que ya había hecho ella un exhaustivo reconocimiento del lugar sin ningún resultado, pero decidió callar. Tal vez con las prisas por acabar los había pasado por alto.

«No se le ve muy preparado para este trabajo. Debe de ser un empleado reciente que no está familiarizado con la sección».

El hombre estuvo rebuscando durante unos minutos hasta hallar lo que ella le había indicado. Cuando lo encontró, abrió un envoltorio y sacó el trocito de tela con gesto triunfal.

—¡Aquí está! —exclamó sonriendo de oreja a oreja.

Marcia se quedó algo turbada al ver aquel pequeño triángulo de un rojo brillante, del que partían unas finas cintas elásticas en el mismo color y que se unían en la parte posterior.

—¿Era esto lo que buscaba? —le preguntó al observar su indecisión.

—Sí... sí, eso mismo. ¿De qué colores los tienen?

—A ver... Aparte de este los hay en blanco, negro, con cuadraditos y... en estampado de leopardo. —Lo sacó de la caja y se los enseñó—. ¿A que es una preciosidad?

Marcía sintió que se acaloraba aún más. Debía de estar como una grana y, al parecer, el hombre se lo estaba pasando de maravilla con su apuro. Se lo merecía por ser tan blanda.

Por suerte, el dependiente parecía gay, lo que le aliviaba un poco el bochorno. Los gais eran como amiguitas a las que se les podía contar todo, ¿no? Ningún hombre con esa cara, ese físico y trabajando en un sitio así, podía dejar de serlo. Ese tonillo enfático y el exagerado movimiento de manos lo delataban también.

«Un total desperdicio», reconoció Marcía con un suspiro. Hasta se daba un aire a George Clooney, aunque bastante más joven.

—¿Y de que talla los quiere? —le preguntó con expresión seria y profesional al ver que ella parecía haberse quedado extasiada ante el salvaje estampado.

—¿Talla? —repitió Marcía. Se encontraba bajo los efectos de la impresión. Parpadeó varias veces y se centró—. No sé... Verá no es para mí... Quiero decir, para nadie que conozca. Bueno sí, lo conozco, pero no soy yo la que se lo va a regalar. Es más, me parece una ridiculez y...

Marcía se dio cuenta de que estaba desvariando de forma penosa cuando descubrió una sonrisita guasona en el rostro del hombre que, por cierto, le quedaba muy bien. «Céntrate, chica, que no es para tanto», se dijo a sí misma.

—En fin, que es un encargo de una amiga que no ha podido venir porque tuvo un accidente este último fin de semana practicando escalada. La pobre está en cama y... como son para su novio yo no... vamos que no tengo ni idea de la talla que usa y... —Calló de golpe. ¿Por qué estaba dando tantas explicaciones a alguien que ni las necesitaba ni le importaban?

—¿Su amiga no le ha dado detalles de...? —preguntó él mientras hacía un significativo gesto con las manos.

Marcía lo interrumpió. El tema se estaba poniendo demasiado escabroso. Mejor dejar las cosas así.

—Ni lo ha hecho ni yo se lo he pedido —contestó muy digna.

Él torció el gesto y pareció meditar durante algunos segundos.

—Eso complica las cosas, es cierto, aunque nada que no podamos resolver —dijo resuelto—. Veamos, yo optaría por la talla mediana. De esa forma no le sobraré demasiado si quien va a ponerse la prenda no está muy desarrollado en... esa zona, ya me entiende. —Y con la mano se señaló de forma discreta la entrepierna.

Marcia prefirió no decir nada y se limitó a hacer un gesto de afirmación con la cabeza. Él prosiguió con su teoría:

—Y, por el contrario, le quedará provocativamente escaso si es tan afortunado de poseer unos grandes atributos. Y créame, eso siempre es de agradecer —dijo, dejando escapar un revelador suspiro.

«Lo que yo decía, gay perdido. Aysss...».

—Tiene razón. Me llevaré el mediano y, si es posible, en estampado de leopardo.

«Eso, el más hortera. Y espero que a Oscar le sobre tela por todos lados», pensó con malicia. Ya que Belén le estaba haciendo pasar ese mal rato, que se fastidiara si no le gustaba el dichoso tanga.

—Le alabo el gusto, señorita. Yo también lo elegiría para regalárselo a mi novio... o, si se diera el caso, para el novio de un amigo. Sería como tener a Tarzán en casa —comentó con picardía.

«Estoy haciendo el ridículo más espantoso. Y lo tengo bien merecido por ser tan bobalicona. Con los fracasos que me he llevado y no aprendo a decir que no», se repitió Marcia.

—Envuélvalo para regalo, por favor.

—Me temo que para eso debe ir a la caja central, que está en aquella dirección. —Y señaló con un dedo a su izquierda—. No tiene pérdida.

—Gracias.

Marcia cogió el paquetito y se marchó rápida en la dirección indicada. Al final del pasillo dudó por dónde tomar y miró hacia atrás. El hombre le indicó con un gesto que tomara a la izquierda. Ella le sonrió a modo de agradecimiento y él la saludó con la mano.

«¡Qué ricura! Lástima que no le gusten las mujeres», y volvió a suspirar.

Capítulo 4

Cuando salió de los grandes almacenes, Marcia se dirigió al piso de Belén para entregarle el encargo. En realidad, el piso era de Oscar y ella se había trasladado a él seis meses antes, al poco de conocerlo.

—Hola, Oscar. ¿Cómo está la accidentada? —preguntó al abrirle la puerta.

—Aún sigue molesta a pesar de los calmantes. Le gustará verte —respondió, dándole un beso en la mejilla y ladeándose para dejarla pasar—. ¿Te puedes quedar una media hora con ella? Tengo que salir a comprar unas cosas.

—Claro. Tómame todo el tiempo que necesites. No tengo prisa.

Él le dio las gracias y se marchó. Le caía muy bien Oscar. Era un hombre con muchas y grandes cualidades que, cuando las conocías, te hacían olvidar su aspecto poco atractivo.

El día que Belén se lo presentó, Marcia se preguntó qué había visto su amiga en él para estar tan colada —aparte de ser un as en la cama, como Belén le confesó orgullosa—. Cuando fue tratándolo, comprendió las razones. Oscar era un hombre paciente, amable, generoso y considerado, lo que suplía con creces su escasa estatura —su amiga le sacaba varios centímetros con zapato plano— un rostro nada agraciado y una avanzada calvicie. Y, lo mejor de todo: adoraba a Belén, lo que ya era suficiente para que le cayera de maravilla. Si ella encontrase un hombre así, estaba segura de que se enamoraría de él sin dudarle.

Belén estaba tendida en el sofá con la pierna escayolada hasta la rodilla. Cuando vio a Marcia cambió la expresión de dolor por otra de auténtica alegría.

—No tenías que haberte molestado en venir, estarás cansada —le dijo agradecida.

—Quería verte. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Cansada, dolorida, aburrida... Pero lo peor es la inmovilidad y el tener que depender de alguien para hacer la más mínima cosa. En diez días no puedo apoyar el pie, y con las muletas me desenvuelvo fatal. Debería irme a casa de mis padres hasta que me cure. Estoy dándole demasiado trabajo a

Oscar. Debe de estar cansado de hacer de enfermera —se lamentó.

—Tranquila, es poco tiempo.

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Una pareja debe de estar para lo bueno y para lo malo, ¿no es eso lo que se dice?

—Y, además, le he fastidiado el viaje que había preparado para el próximo fin de semana —volvió a lamentarse haciendo un puchero.

—Tenéis muchos fines de semana por delante. Seguro que él lo entiende.

—Soy una torpe. No sirvo para nada. Seguro que se arrepiente de haberme conocido. —Lloriqueó.

Marcia se desesperaba con Belén. Debería de ser más sincera con Oscar y confesarle que no estaba hecha para esas actividades. Siempre había sido una patosa que no sabía ni montar en bicicleta y ahora se ponía a escalar montañas. Un total despropósito. Debía de ser el amor, que volvía majaretas a las personas y las convertía en potenciales suicidas.

—Venga, ámate. Te he traído lo que me pediste.

Marcia sacó el paquete de su bolso y se lo entregó. Belén se animó al momento.

—Pero ¡¿qué haces?! —exclamó Marcia al ver que rasgaba el primoroso envoltorio para ver el contenido.

—¿No creerías que pensaba dárselo envuelto?

—Sí, claro que lo pensaba. De haberlo sabido, no lo habría hecho envolver. No veas lo que me ha costado que le pusieran esa cinta dorada y la pegatina de feliz cumpleaños. Están en plan tacaño, y eso que ya te cobran el importe de un rollo de la dichosa cinta en cada artículo.

—Siento el tiempo y el trabajo que has empleado, pero tengo otra cosa en mente. Quiero darle una sorpresita de esas que a él tanto le gustan —insinuó con un brillo travieso en los ojos.

—Si estás pensando en contármela, olvídala. Puedo seguir viviendo sin saberlo —le advirtió Marcia antes de que continuara.

—Como quieras. Pero no estaría mal que fueses aprendiendo algunos trucos muy válidos por si alguna vez se te presenta la ocasión. El saber no ocupa lugar, guapa —comentó Belén con un gesto de suficiencia.

Marcia pensó que los trucos que sabía ya eran suficientes y, de necesitar información, prefería recurrir a otras fuentes.

Cuando Belén abrió la caja y sacó el tanga su rostro mostró genuina

sorpresa y admiración.

—¡Es fantástico! Justo lo que quería. ¡Gracias, preciosa!

«Vaya, y yo que pensaba vengarme por el mal rato que me ha hecho pasar».

—Tengo que guardarlo hasta mañana. Acércame el bolso, por favor.

Marcia lo hizo y ella guardó la prenda en el fondo.

—¿Fuiste el sábado a la peluquería? —preguntó Belén observándola.

—Sí, ¿por...?

—Porque no se te nota nada, chica. Vuelves a llevar el pelo recogido y vas sin maquillar.

—Pues me dejé una buena pasta, no creas. Tenías que haberme advertido de que era tan cara.

—No es cara, es normal, lo que pasa es que tú hace años que no pisas una y no tienes ni idea de lo que ha subido la vida.

—Ni falta que me hacía. Mi madre me corta el pelo muy bien.

—No dudo de su habilidad con la tijera, pero sí de su poca imaginación. Siempre te hace el mismo corte. Desde que tenías seis años te vengo viendo con la melena a lo principito, que mira que hace tiempo que pasó de moda. Tengo fotos de aquella época y las dos lo llevábamos igual. Tu madre debió de meterme a mí también la tijera.

Marcia y Belén se conocían desde siempre. Las dos nacieron y crecieron en el mismo pueblo, y cuando llegó la hora de marcharse a la universidad, también compartieron piso. Hasta seis meses antes, que Belén se había trasladado al de Oscar. Estaban tan unidas como si hubiesen sido hermanas, y se querían de igual manera.

—Porque es el estilo que me gusta y el que menos trabajo me da a la hora de peinarme. —Marcia defendió a su madre, a la que consideraba una hábil peluquera.

—Es igual. A ver, quítate la coleta.

Marcia accedió a regañadientes.

—Mueve un poco la cabeza —pidió de nuevo Belén.

Al hacerlo, el cabello se le distribuyó en grandes ondas que le enmarcaban el rostro y desprendían destellos castaños.

—Así es como debes llevarlo, con la melena suelta y ondulada. Tienes un pelo precioso para ocultarlo siempre con un soso recogido. Mabel ha hecho un gran trabajo, debes reconocerlo.

—Lo sé, pero es poco práctico. Tengo que estar a cada momento retirándomelo de la cara. Es agobiante —se quejó con fastidio.

—Ve acostumbrándote porque así lo llevarás a partir de ahora. ¿Cuándo llega el franchute?

—Mañana, creo.

—¿Y has ido hoy con esa pinta a la oficina? —Se asombró. Marcia era un verdadero desastre. ¿Es que no le había explicado lo que debía hacer?

—Sí, ¿qué pasa?

—Pasa que se te va a notar mucho, bonita. Quedamos en que irías introduciendo los cambios poco a poco: un día el pelo, otro el maquillaje, otro la ropa sugerente, los tacones... ¡no todo de golpe! —exclamó perdiendo la paciencia.

—Lo sé, y pensaba hacerlo. El problema es que el buen señor ha adelantado el viaje y nos ha pillado a todos en bragas, como quien dice.

Belén suspiró.

—No pasa nada. A lo hecho, pecho. ¿Cuándo tienes que recoger las gafas que encargaste?

—El jueves.

—Entonces tendrás que ir sin ellas hasta que las tengas o arruinarás el conjunto.

—No puedo hacer eso. ¿Quieres que vaya tropezando por todos lados?

—Marcia pensó que Belén se estaba pasando, y mucho.

—No exageres. Te pones las antiguas cuando él no te vea y solucionado.

—Ya veremos —dijo sin convicción.

—Y nada de ir con la cara lavada como ahora. Intenta maquillarte como te han enseñado.

—No puedo perder tanto tiempo. Si sigo los consejos que me dio la esteticista tardaría más de media hora todos los días, aparte de los retoques cada dos por tres —protestó ceñuda. Le costaba creer que alguien fuese capaz de perder el tiempo en esas cosas.

—Cuando tengas más práctica solo te llevará cinco minutos. De todas formas, no es necesario que sigas todo el ritual, con perfilar los ojos y alguna sombra a juego con la ropa, un poco de color en los pómulos y abundante rojo en los labios es suficiente para empezar. Eso sí, te retocas cada vez que vayas al baño.

—Ja, ¡¿te parece poco?!

—Mira, guapa, debes tener muy clarito que el proceso de transformación no consiste en ponerte cuatro trapos y unos tacones de aguja. Tienes que adquirir unos hábitos y seguirlos a rajatabla, tanto si vas a una cita como si sales a tirar la basura. Con ello conseguirás concienciarte de que ese es el aspecto que quieres dar y los demás lo apreciarán. Si tú no estás convencida, no lograrás impresionar a nadie y fracasarán todos los planes que hayas hecho, ¿comprendes?

—Yo no quiero cambiar de mentalidad, Belén, solo pretendo conservar el puesto de trabajo. Cuando lo haya conseguido, volveré a mis costumbres, que son con las que me siento cómoda.

Ella no era como su amiga y nunca llegaría a serlo, porque tenía unas prioridades diferentes. No necesitaba gustar a los demás para sentirse bien consigo misma, algo que Belén hacía desde bien pequeña y que había condicionado toda su existencia. Incluso ahora, con su edad y teniendo al lado a un hombre que la amaba, seguía actuando de la misma forma. Pero no era el momento de echárselo en cara por mucho que deseara verla superar esa debilidad de su carácter.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, una indecisa Marcia se presentaba en la oficina. Llegaba con quince minutos de retraso porque había tardado mucho más que cualquier otro día en arreglarse.

Aunque la noche anterior, y siguiendo los consejos de Belén, había dejado preparada la ropa y los complementos que pensaba ponerse, cuando se miró al espejo decidió cambiarse. Le resultaba difícil llevar esa falda tan estrecha y el ajustado suéter, que marcaba sus formas con demasiada nitidez y mostraba la parte alta de sus pechos, realzados y aumentados por el sujetador de copas duras que se había visto obligada a comprar.

Durante un buen rato se estuvo probando el resto de prendas y, como con todas se sentía igual de incómoda, decidió echarle valor al asunto y volvió a ponerse lo que había elegido en primer lugar.

El siguiente problema surgió cuando le tocó maquillarse. La falta de práctica le supuso varios intentos con el perfilador hasta que consiguió que el trazo de línea negra no se pareciese tanto a una sinuosa carretera de montaña. Y, por último, cuando se calzó los preciosos *stilettos* y comprendió que con ellos no era capaz de llegar andando al trabajo, tuvo que coger un taxi porque se veía incapaz de ir en metro a esa hora y con esa pinta.

Cuando entró en la oficina se animó un tanto al observar las miradas de sorpresa y admiración por parte de sus compañeros, sobre todo de los hombres, y la rabia mezclada con cierta inquietud en el rostro de Verónica, que le salió al paso.

—Rodríguez ha preguntado por ti. Quería unos datos para el señor Bossard y he tenido que dárselos yo. Espero que no se convierta en una costumbre el llegar tarde —le espetó, mirándola de arriba abajo con gesto despectivo.

Marcia se encrespó. ¿Pero quién se creía que era para decirle lo que debía hacer?

—Perdona, Verónica, pero que yo sepa no eres mi jefa, por lo que la hora a la que llegue no te incumbe en absoluto —respondió con firmeza.

Marcia se dirigió a su mesa, dejando plantada y con cara de cabreo a Verónica. Aun así, sus palabras la habían preocupado. Vaya imagen que estaba

dando al llegar tarde y en un día tan importante, ella que siempre era puntual. Y la culpa de todo la tenía la estúpida idea de intentar ser lo que no era o de ofrecer una imagen diferente a la usual de un día para otro, cosa de la que estaba arrepintiéndose a gran velocidad.

—No te mortifiques, Marcia. Como siempre, Verónica ha exagerado las cosas. Rodríguez ni se ha enterado de que no habías llegado y el informe que te ha mencionado se lo ha pedido a ella —le dijo Fany, una de las administrativas, cuando pasó a su lado—. Te sienta muy bien el nuevo *look*. Tienes que darme la dirección de tu peluquera. Te ha dejado un pelo genial.

Marcia se tranquilizó ante las palabras de la chica, que tampoco soportaba a la arribista de Verónica.

—Gracias, ahora te apunto el teléfono. Pero cuéntame lo que ha pasado, por favor. No imaginaba que el señor Bossard llegaría tan pronto.

—Está aquí desde las ocho de la mañana, junto con el director y esa trepa, lo que ha sorprendido a todos porque ya sabes que ella siempre llega con retraso —le dijo en tono confidencial.

—¿Y dónde está ahora?

—Reunido con Rodríguez y los jefes de sección. Se comenta que tiene la intención de hablar en persona con cada uno de nosotros para comunicarnos la situación, y quiere comenzar lo antes posible. Parece que tiene prisa por terminar aquí para continuar con las sucursales de zona.

Marcia se alarmó ante esas palabras. El que todo fuese tan rápido hacía pensar que las decisiones estaban tomadas de antemano. Se temía lo peor. Si Verónica estaba allí desde primera hora era porque Rodríguez la había avisado, y eso daba a entender el interés que tenía en promocionarla.

Decidió no preocuparse más y comenzó a trabajar. Su mejor baza era su profesionalidad y sus años de buen hacer en aquella compañía. Si el francés no era capaz de apreciarlo, debía de ser tan estúpido como los demás.

Se enfrascó en su trabajo y casi consiguió olvidarse de la tensión que se vivía a su alrededor y de los cuchicheos nerviosos de la mayoría de sus compañeros sobre lo que les depararía el futuro. Al ser aquella la oficina central de la empresa en la ciudad, reunía un mayor número de empleados, veintitrés en total, sin contar con los que procedían de empresas subcontratadas como los de limpieza, mantenimiento, servicio técnico, etc.

Conforme fue avanzando la mañana, y viendo que no la llamaban como había sucedido con otros compañeros, Marcia comenzó a ponerse nerviosa. La

aparición de Verónica en los servicios no contribuyó a calmarla.

—Parece que hoy no te va a tocar a ti. Ya es más de la una y aún no te ha llamado. Una lástima, con lo monísima que te has puesto. Aunque lleva cuidado, si no estás acostumbrada a los tacones puede que des un traspie y te hagas un esguince. Imagina tener que pedir una baja en estos momentos —dijo con acento burlón y risita final.

Marcia, que se había quitado los zapatos para descansar los doloridos pies, la miró con gesto venenoso.

—Gracias por tu preocupación. Y no temas, hace años que los uso y estoy habituada a ellos. En cuanto a la entrevista, imagino que el señor Bossard no podrá ver a todos en un solo día. Prefiero que me llame mañana, cuando esté más descansado.

—Yo he sido una de las primeras personas a las que ha llamado. Me ha dicho que está muy contento con mi trabajo y que tengo un gran futuro por delante. Es un hombre encantador y muy atractivo —comentó con mirada soñadora.

Marcia hervía de rabia. Esa mala pécora se estaba recochineando en su cara. Pero pensaba bajarle los humos.

—¡Qué curioso!, es lo mismo que le ha dicho a todos los que ha entrevistado hasta ahora. Se ve que se ha aprendido de memoria la frase y la suelta como un loro.

Verónica empalideció y Marcia sintió una interna satisfacción.

—No lo creo.

—Pregúntales a ellos y sales de dudas —la retó, sabiendo que no iba a hacerlo.

Verónica salió de allí sin contestar y con cara de fastidio. No era cierto lo que acababa de decir ya que solo había hablado con Domínguez, de nóminas, pero Marcia no se arrepentía de la mentira. Había sido todo un gusto ver cómo se le quedaba cara de muerta, que el espeso maquillaje no había logrado ocultar. «No le viene mal tomar un poco de su propia medicina para que sepa lo que se siente», se dijo Marcia.

De todas formas, no le había mentado. Según la opinión de varios compañeros, parecía que Bossard estaba tanteando el terreno y aún no había tomado ninguna decisión.

Cuando regresó a su mesa, Fany le comunicó que Rodríguez había venido a buscarla. Se preguntó qué querría. Nada bueno, imaginó. ¿Sería para

comunicarle que no era necesaria la entrevista porque prescindían de ella?

Intentó revestirse de la suficiente valentía para afrontar el mal trago que se le avecinaba. Tampoco sería tan grave si la despedían. Tenía gran experiencia y eso, para cualquier empresa decente en la que valoraran la profesionalidad por encima del enchufismo, era una gran ventaja.

Llamó a la puerta del despacho y entró al escuchar un apagado «pase». No le sorprendió que estuviese Verónica en él. No quería perderse la satisfacción de verla derrotada.

—¿Me ha llamado, señor Rodríguez?

—Sí. Entra, por favor —le indicó, y dirigiéndose a Verónica—: Luego trataremos ese tema. Puedes marcharte.

Verónica no tuvo otra opción que obedecer. Salió del despacho dirigiéndole a Marcia una mortífera mirada. Los intentos por sonsacarle información a Rodríguez habían fracasado, y eso que se había empleado a fondo. El hombre no quería desvelar las intenciones de la compañía o no estaba al tanto de los nuevos planes; al fin y al cabo, solo era el director de una sucursal, aunque esta fuese la más importante de la ciudad.

Lo que no se le había pasado por alto era el interés que venía mostrando durante toda la mañana por esa boba de Marcia Gallardo. Su cambio de aspecto resultaba espectacular, no lo podía negar, y la intención era evidente. Pensaba ganarse a Bossard para que la mantuviera en su puesto, con lo que ella estaría más cerca del despido.

Pero esa mosquita muerta no sabía con quién estaba midiendo fuerzas. Por mucho escote que luciera, era una pardilla en las artes de la seducción. En ese terreno ella le llevaba ventaja, mucha ventaja. No volvería a perder el tiempo con el baboso de Rodríguez. Iría directa a la cima y, antes de que acabara la jornada, tendría a Bossard comiendo de su mano.

—Estás muy guapa, Marcia. Cuando te he visto esta mañana me ha costado reconocerte —dijo Rodríguez con mirada libidinosa.

A Marcia siempre le había provocado repugnancia ese hombre, pero ahora estaba a punto de vomitar.

—Gracias, señor.

—Lorenzo, por favor. Con los años que llevamos trabajando juntos ya va siendo hora de que tengamos algo más de confianza, ¿no crees?

—Si lo prefiere... —respondió de forma evasiva. Advertía su intención y no le gustaba.

—Sin duda. También había pensado que comiéramos juntos. Tenemos un tema importante que tratar y debemos hacerlo lo antes posible. Ya sabes que hay varios puestos de trabajo en juego y no me gustaría que te quedaras fuera de la compañía. Siempre he apreciado tus grandes dotes —continuó con aquella mirada encendida que no se desviaba del escote de Marcia.

Ella imaginó el tema del que quería hablar y sintió náuseas. De buena gana le diría lo que pensaba de su asquerosa proposición, pero no debía herir sus sentimientos porque se jugaba su permanencia en la empresa.

—Me gustaría mucho, aunque ya tengo un compromiso para la comida. Lo siento —explicó en tono dolido.

Él pareció decepcionado.

—Sí que es una pena. ¿Mañana tal vez?

—Tal vez... —No quería comprometerse e intentaba retrasar el momento. Si al final tenía que acceder, ya vería la forma de resolver el problema.

Unos golpes a la puerta interrumpieron la conversación. Rodríguez emitió un agrio «adelante».

—El señor Bossard pregunta por ti, Marcia. Quiere que vayas a su despacho en cuanto puedas —dijo Beltrán, el jefe administrativo, abriendo la puerta.

A pesar del nerviosismo que le provocó ese anuncio, Marcia se sintió aliviada de tener una excusa para marcharse.

—Gracias. Voy enseguida —respondió al recién llegado. Y dirigiéndose a Rodríguez—: Si ya hemos terminado...

—Ve, no lo hagas esperar. Ya hablaremos con tranquilidad.

Marcia no replicó y salió de allí. Tenía otro reto por delante mucho más difícil de superar.

Capítulo 6

—Pase.

Marcia abrió la puerta de la sala de reuniones donde Bossard tenía establecido su «cuartel general». Antes de ello, y siguiendo el consejo de Belén, había pasado por los aseos para retocarse el maquillaje. Asimismo, había prescindido de las gafas después de unos minutos de duda. Reconocía que ganaba en atractivo, aunque perdía en agudeza visual. Por suerte, la miopía era leve y podría desenvolverse sin mucha dificultad.

Sin embargo, no se sentía a gusto consigo misma ni le agradaban las miradas lujuriosas que le dedicaban algunos de sus compañeros. Debido a su timidez y a algún fracaso sentimental que prefería no recordar, nunca le había gustado llamar la atención. Prefería pasar desapercibida, por ello siempre vestía de forma anodina y llevaba esas gafas enormes, como si fuesen una careta tras la que esconderse. Ahora debía superar todos los complejos para conseguir su objetivo, y estaba decidida a hacerlo.

Sentado al final de la larga mesa, ante un ordenador portátil y un buen número de papeles, se encontraba una figura masculina de oscura cabeza y anchos hombros que la camisa blanca se encargaba de destacar, pero cuyo rostro a Marcia le resultaba borroso con la distancia.

El hombre levantó la vista y la miró durante largos segundos. Ella no se movió, esperando que le indicara dónde sentarse.

—¿Señorita Gallardo? —preguntó dudoso.

—Sí.

—Acérquese, por favor —le pidió, levantándose y ladeando una silla para que se sentase.

Marcia se dirigió hacia él intentando descubrir algún obstáculo en su camino y esforzándose en dar a sus pasos esa grácil elegancia que Belén le había mostrado y que ella estuvo varios días practicando. Por desgracia, cuando estaba llegando, un ligero abultamiento en la moqueta le hizo perder el equilibrio y se tambaleó de forma peligrosa.

André se apresuró a agarrarla antes de que cayera al suelo.

—Lo... lo siento —murmuró Marcia. Debía de tener el rostro como un tomate porque notaba que le ardía. Bonita primera impresión estaba dando.

Se sentó en la silla y él en la suya.

—Marcia Gallardo Salmerón, ¿no es así? —Bossard la miró con un brillo indescifrable en los ojos.

Ella se quedó atónita. Al distinguirle el rostro con claridad lo reconoció. ¡Pero si era el hombre que le había atendido en los grandes almacenes la tarde anterior!

—¿Señorita...?

—¿Eh...?

¿Qué hacía ese hombre aquí... o allí? Estaba confusa. ¿Era una broma? Parecía que no. Lo había confundido con un dependiente. ¿Se podía ser más tonta?

—¿Se llama usted Marcia Gallardo Salmerón? —volvió a preguntar, en esta ocasión con risita incluida.

—Eh... sí. Marcia Gallardo Salmerón. Esa soy yo... Yo misma.

Marcia esperaba que él no la hubiese reconocido. Solo faltaba eso para que su cabeza estuviese en la picota.

—Muy bien. Ya comenzamos a entendernos. Yo soy André Bossard, ayudante de dirección en el departamento de Estrategia Comercial y Desarrollo de LEF Assurances. Es un placer conocerla, señorita.

André alargó la mano y ella se la estrechó.

—Perdone, ¿no nos hemos visto antes? —dijo él.

«¡Tierra, trágame!», pidió Marcia con fervor. Pero no, no había tenido suerte y él poseía una memoria estupenda, aparte de ser un buen fisonomista ya que la había reconocido a pesar del gran cambio experimentado en esas pocas horas.

—No sé..., no creo —intentó sortear ella.

André la miraba con los ojos entrecerrados, que no podían ocultar un brillo divertido.

—*Oui!* Usted es la que compró el tanga para su novio. ¿O era para el novio de su amiga? No lo recuerdo bien.

Ella no tuvo otra opción que admitirlo.

—Para el novio de una amiga.

—*Exactement!* La he reconocido enseguida. Y dígame, ¿le gustó? —se interesó con verdadera expectación.

—No lo sé. No me ha comentado nada.

—Le encantará. *Il est très joli!* Yo me compré uno igual. Ahora no lo

llevo puesto, pero le aseguro que queda genial. Me lo probé anoche mismo — confesó con tonillo afectado y bajando la voz, a lo que añadió un guiño cómplice.

«¡Vaya, había olvidado que era gay! ¿Y para esto he invertido tanto tiempo y esfuerzo? Lo mismo me daba haber continuado como antes; total, para lo que me va a servir», pensó Marcia desilusionada. Ya era tener mala suerte.

Pero como la persona optimista y luchadora que era, no quiso admitir que todo estaba perdido. ¿Quién le había dicho que los gais eran muy influenciables si conseguías hacerte su aliada?

—¿Puedo llamarte Marcia?

—Por supuesto, señor Bossard.

—No, por favor, llámame André. Somos compañeros de trabajo y viejos conocidos, ¿no es cierto?

—Eso parece —admitió resignada.

—*Très bien*, Marcia. —Él le lanzó una mirada complacida y se centró en el ordenador durante unos segundos—. Ya sabrás a qué he venido. Nuestras empresas han llegado a un acuerdo de fusión que, sin duda, es muy positivo en muchos aspectos, aunque será necesario adoptar algunas medidas para que sea viable. Esas medidas consistirán, como habrás imaginado, en reducción de efectivos, tanto materiales como humanos. Se eliminarán algunas sucursales en las poblaciones que exista duplicidad y ello conllevará una reestructuración laboral. Nuestra intención es recolocar a la mayoría de empleados y, solo en algunos casos, se prescindirá de ellos —le informó con seriedad, olvidando la familiaridad de momentos antes.

—Estoy al tanto de la situación —respondió Marcia, tragándose su nerviosismo. Debía aparentar seguridad en sí misma y confianza en que iban a seguir contando con ella, aunque no lo estuviera.

—De todas formas, mis palabras no deben inquietarte de momento porque ya te he explicado que nuestra intención es conservar al mayor número de trabajadores posibles, y adoptaremos todas las medidas a nuestro alcance para conseguirlo. ¿Me sigues?

A André le pareció que ella estaba algo ausente, debido a la tensión que sufría. Le había ocurrido igual con la mayoría de empleados que había entrevistado a lo largo de la mañana. El temor a estar en la lista de prescindibles no debía de ser agradable.

Ella asintió con la cabeza varias veces.

—Bien, continúo. Estamos ofreciendo opciones como reducciones de jornada del cincuenta por ciento, para que dos trabajadores puedan cubrir un solo puesto de trabajo, excedencias voluntarias, movilidad geográfica... Con estas medidas se pretende reducir el número de despidos, pero si resultasen insuficientes y fuese necesario prescindir de trabajadores, se tratará de la manera menos traumática posible y siempre procurando que el afectado se marche en las mejores condiciones que podamos hallar. Utilizaremos medidas como jubilaciones anticipadas, bajas incentivadas, formación y asesoramiento de agentes y corredores de seguros para que puedan funcionar de forma autónoma...

Marcia lo escuchaba con la desilusión en aumento. Su serio rostro había perdido la cordial camaradería de momentos antes y la miraba de forma evaluativa. Ya no veía al simpático colega del principio, sino al serio profesional al que no le temblaría el pulso a la hora de firmar su despido. Hasta había perdido el amaneramiento que mostraba con anterioridad.

Estaba impresionada. El hombre se transformaba al hablar de su trabajo. Ahora sí parecía el serio y eficiente ejecutivo que ella esperaba encontrar.

Otra cosa que le sorprendió fue su correcto castellano, sin rastros de acento francés excepto por las ocasionales palabras en ese idioma.

—Tu currículum es admirable, Marcia, y la labor profesional que has desarrollado en estos años lo corrobora. De todas formas, el departamento de siniestros está saturado y me temo que habrá que aligerarlo un poco para asumir las nuevas incorporaciones una vez que nos fusionemos.

—Comprendo. —La dominó el pesimismo. Con sus últimas palabras le daba a entender que sobraba gente, cosa que ya sabía, y por la forma de mirarla parecía que ella iba a ser una de las despedidas a pesar de las palabras de elogio que le había dedicado. Como no estaba en edad de jubilación, tendría que acogerse a una baja incentivada y Verónica se saldría con la suya. ¡Asco de vida!

—Con esto no quiero decir que todo esté decidido ni mucho menos. Se valorarán los expedientes de todo el personal y se darán a conocer las medidas adoptadas a la mayor brevedad posible. En caso de que alguna persona no fuera necesaria en esta delegación, intentaríamos encontrar una solución antes de recurrir al despido. No te quepa duda de que venimos con las mejores intenciones y de que agotaremos todas las vías posibles para que

nadie salga perjudicado.

Si las decisiones no estaban tomadas, esos días podían ser decisivos para inclinar la balanza a uno u otro lado, pensó Marcia. En ese caso, aún tenía la oportunidad de demostrar que poseía más y mejores cualidades que su oponente, y haría lo que fuese necesario para demostrarlo.

Capítulo 7

—*Mon Dieu!* Se ha hecho muy tarde. ¡Casi es la hora de comer! — exclamó André de improviso, mirando el reloj.

Marcia lo entendió como una forma de acabar la conversación y se levantó.

—Gracias por dedicarme estos minutos. —Comenzó a caminar hacia la puerta con la cabeza bien alta aun a riesgo de volver a tropezar.

—¡Espera! —dijo él cuando estaba a punto de salir.

Marcia se paró, presa de un súbito temor y se giró para mirarlo. Aunque por la distancia no podía asegurarlo, le pareció que estaba contento. Eso la animó.

—¿Te importaría indicarme algún buen restaurante? No conozco la ciudad y no me apetece comer con Rodríguez. Ya he disfrutado de su compañía durante buena parte de la mañana.

—Hay varios cerca de aquí y muy buenos, depende de lo que prefieras comer.

—No estaría mal probar algún plato de cocina tradicional catalana. Hace años que no lo hago.

—Si es lo que te apetece, te aconsejo Casa Andreu. Son especialistas en platos populares, los mejores que probarás por aquí, aunque no sea el más lujoso. Está en el barrio del Born. Si preguntas por allí, te lo indicarán.

—*Excellent!* Me permites invitarte. Así no comeré solo y podremos continuar hablando de ropa interior masculina. Te juro que prefiero ese tema de conversación al que mantendría con Rodríguez. Me da la impresión de que no tenemos mucho en común él y yo —admitió con un exagerado gesto de rechazo.

—No sé si sería correcto... —dudó Marcia. ¿Cómo iba a comer con el jefe y en el primer día nada menos?

No era que no le apeteciese. André parecía un tipo muy agradable. Lo que no quería era que los demás pensaran que intentaba engatusarlo para asegurarse el puesto, como haría Verónica. Una cosa era cuidar su aspecto para dar una buena imagen, acorde con la gran empresa en la que quería trabajar, y otra que pensaran que se estaba acostando con él, porque no creía

que nadie hubiese reparado en que era gay excepto ella. Estaba decidida a demostrar que poseía mejores cualidades para el puesto que su rival, pero no se refería a ese tipo de cualidades sino a las profesionales.

—*Bien sûr*. Somos compañeros de trabajo... de momento —puntualizó sin perder la sonrisa.

Si esas palabras pretendieron ser una amenaza, surtieron efecto, y Marcia se oyó contestando:

—De acuerdo. Deja que recoja mi bolso y nos vamos cuando quieras.

—*Magnifique!* Te espero aquí mismo.

La sonrisa traviesa que apareció en los ojos de André hizo sonreír a Marcia. Parecía un chaval preparándose para cometer una travesura. Una pena que solo viera en ella una colega. Si no fuese gay no le habría importado llegar a más, aunque fuese un directivo.

No le había pasado desapercibido cómo la camisa se ajustaba a su cuerpo de una forma muy favorecedora, al igual que esas sienes salpicadas de canas o el brillo juguetón de sus bonitos ojos grises. ¿Tendría pareja? Seguro que sí. Un hombre tan atractivo no resultaba indiferente a ningún sexo.

André se quedó mirando cómo Marcia desaparecía, recreándose en el sinuoso balanceo de sus caderas.

«Vaya con la señorita Gallardo. Eso, más que una transformación, parece un milagro», se dijo con los ojos brillantes de admiración.

La reconoció enseguida al verla la tarde anterior en los grandes almacenes. Había cambiado poco con respecto a la fotografía que constaba en su expediente, y que había revisado de forma exhaustiva al igual que los del resto de empleados de Peninsular Seguros de aquella zona. Le hizo gracia que lo confundiera con un dependiente y, según le pareció, que se hubiese formado una errónea opinión de su condición sexual, y decidió seguirle el juego. Ahora lo había sorprendido como pocas cosas en mucho tiempo.

Estaba guapa y muy tentadora. ¿Cómo había sido capaz de ocultar tanta belleza bajo el soso aspecto que mostraba con anterioridad? Era una desconsiderada.

Aunque sabía que su intención era influir en él para conservar su trabajo, le agradaba que se hubiese esforzado tanto por aparecer atractiva. La pobre debía de haberse llevado un buen chasco al pensar que no le atraían las mujeres y que sus intentos por encandilarlo serían infructuosos.

¡Si ella supiera! Había tenido que realizar un gran esfuerzo para desviar

los ojos de su tentador escote y de esos labios generosos que el rojo pasión con el que estaban pintados se encargaba de acentuar.

Sería muy entretenido observar hasta dónde podía llegar en sus intentos por adelantar a la insufrible Verónica Marqués en su carrera por el ascenso y, de ese modo, conservar el trabajo. Eso lo tendría entretenido durante los días que debía pasar en aquella ciudad.

Marcia llegó en pocos minutos y ambos salieron. En el trayecto se encontraron con Rodríguez, que iba acompañado de Verónica. Al verlo junto a Marcia, ambos torcieron el gesto.

—¿Se marcha ya, Bossard? —preguntó Rodríguez.

—Solo a comer. Esta tarde continuaré con las entrevistas personales.

—Perfecto. Tengo mesa reservada en el mejor restaurante de la ciudad. Verónica nos acompañará, si no le importa.

—Se lo agradezco, pero la señorita Gallardo se ha ofrecido a llevarme a un restaurante que conoce. Si nos disculpan.

André cogió a Marcia del brazo y continuaron caminando hacia la salida de la oficina, dejando atrás a un asombrado Rodríguez y a una furiosa Verónica, que echaba chispas por los ojos.

Ya en la calle, se dirigieron a un *parking* cercano, donde él había estacionado el coche de alquiler. Marcia le fue indicando cómo llegar hasta la parte antigua de la ciudad. André aparcó lo más cerca posible y el resto lo hicieron dando un paseo.

El restaurante tenía una terraza exterior, que aquel día estaba bastante concurrida debido al agradable clima reinante. Ambos decidieron que sería un buen lugar para comer y se sentaron. Eligieron varios platos de la carta, todos por sugerencia de Marcia, y esperaron a que les sirvieran contemplando las bonitas vistas.

Ella, que continuaba sin ponerse las gafas, lo veía algo borroso, si bien, como lo conocía de memoria, fue contestando a las preguntas curiosas que André le hacía sobre el entorno y relatándole algo de la historia de los edificios que se divisaban desde allí.

—Ahora que tenemos más confianza, ¿me dirás para quién era el regalo que compraste ayer? —preguntó André al rato, con una mueca guasona.

—Para el novio de una amiga, ya te lo dije.

—Es algo demasiado íntimo para encargarlo, aunque sea a alguien de tanta confianza. Yo no lo haría —expresó en tono de duda.

—Belén, la amiga de la que hablamos, tuvo un accidente el fin de semana y no podía salir. No se acordó de comprarlo antes y, como hoy es el cumpleaños de su novio, recurrió a mí. Fue algo embarazoso, pero no tuve valor para negarme. ¿Y tú qué hacías en ese lugar? Podías haberme dicho que no eras un empleado —le recriminó con desenfado.

—Perdieron una de las maletas en el aeropuerto y solo tenía un par de prendas para ponerme. Tuve que ir de urgencia a comprar lo que necesitaba. Me hizo gracia la confusión y decidí no sacarte de tu error. También porque imaginé que te avergonzaría si lo hacía, sobre todo sabiendo quién eras.

—¿Me reconociste?! —Marcia no salía de su asombro. ¡Él había sabido todo el tiempo quién era ella!

—*Certainement*. Por la fotografía de tu expediente. Cuando me ha costado reconocerte ha sido esta mañana. Has dado un cambio radical a tu aspecto en pocas horas; para bien, desde luego.

André intentó dar a sus palabras un acento despreocupado para camuflar el deseo que sentía en esos momentos. Con el sol destacando los reflejos rojizos de su cabello y los ojos entornados para evitar su brillo cegador, Marcia estaba muy tentadora.

—Bueno, en mis ratos libres me gusta ir informal —mintió. Él no necesitaba saber que lo había hecho para causarle buena impresión.

—Y a mí. Cada vez soporto menos el traje y la corbata. ¡Con lo cómoda que resulta la ropa deportiva y los diseños tan favorecedores que se pueden encontrar! ¿Has visto la última colección de ropa deportiva de Gucci? *C'est merveilleux!* Y lo mejor de todo es que resulta completamente unisex —comentó con arrebató.

—No es mi diseñador favorito, pero reconozco que tiene cosas bonitas. —Marcia intentó salir del paso. Prefería ocultar que los precios de las prendas de esa marca excedían su ajustado presupuesto. «Estos franceses no saben hablar de otra cosa que no sea de moda. Bueno, también de vinos y de quesos», pensó.

—*Je l'adore*. Por cierto, me gustan esos reflejos que llevas. ¿Crees que me quedarían bien? Me gustaría aclararme un poco el pelo para suavizar los rasgos y, de paso, eliminar las canas. Mis amigos me animan a que me tiña,

pero no me decido. Creo que el rubio platino no me quedaría bien, como ellos piensan. Además, en mi trabajo debo mostrar un aspecto más... profesional.

—Los reflejos castaños te quedarían bien. El rubio no tanto —opinó.

—*Mais oui* —coincidió André.

A Marcia le resultaba chocante estar manteniendo esa conversación con un hombre. Lo que habría dado para que alguno de sus novios se hubiese fijado alguna vez en el color de su pelo y no solo en el de su ropa interior. Pero los «machitos» parecen ser incapaces de pensar en otra cosa, estaba convencida.

André comió con apetito y alabó todos los platos. Cuando terminaron, emprendieron el regreso a la oficina.

—¿Me acompañarías de compras esta tarde? Me temo que la maleta va a tardar en llegar y necesito cantidad de cosas. No voy a ir todos los días con lo mismo. *Quelle horreur!* —se quejó con gesto de repugnancia.

—¿Pero no estuviste ayer de compras?

—Sí, aunque solo compré algún bóxer y un par de camisas. Necesito otro traje, zapatos, algo informal para el fin de semana... y cosas de aseo personal. No puedo pasar un día más sin mi crema hidratante y el contorno de ojos. Y un gel de baño en condiciones, mon Dieu! El del hotel es nocivo. Me irrita la piel.

Marcia contuvo la risa. Sería como salir con Belén. Dos colegas de compras. Pero no le parecía apropiado continuar viéndose fuera del trabajo. Eso daría pie a las habladurías y fomentaría las sospechas de sus compañeros.

André advirtió sus dudas y se apresuró a decir:

—No te sientas obligada a hacerlo por lo que represento. Comprendo que te apetezca más estar con tu pareja o con amigos.

Marcia se sinceró.

—No tengo pareja y no suelo quedar con amigos durante la semana. No obstante, puede que no resulte adecuado. Como bien has dicho, eres un jefe y yo una simple empleada.

—Ayudante de dirección —puntualizó—. De todas formas, somos, y puede que también lo seamos en el futuro, compañeros de trabajo, y yo suelo salir con algunos a tomar copas y cosas así. No creo que exista incompatibilidad alguna.

Ni ella, pero mientras siguiese trabajando allí, quería evitar suspicacias en la oficina. Por otra parte, André le caía muy bien y estaba cómoda a su

lado. Nunca se había sentido así con un hombre; claro que este no lo era en el sentido tradicional de la palabra.

Aparte de agradable e ingenioso, resultaba muy relajante estar con uno sin el temor de que tratara de meterte mano a la menor ocasión, como ocurría con la mayoría de heterosexuales, que solo parecían tener en mente el acostarse con toda mujer que se les pusiese por delante, y no para dormir. Con él no existía esa preocupación, podía bajar la guardia y dedicarse a disfrutar de la charla. Y no necesitaba intentar mostrarse encantadora en todo momento para impresionarlo porque sabía que él no iba a reparar en ello.

Llevaba una vida bastante solitaria, debía reconocerlo. Aparte de Belén, tenía pocos amigos en aquella ciudad y apenas salía. Sus padres vivían en un pueblecito a más de doscientos kilómetros de allí y solo iba a visitarlos en vacaciones o algún fin de semana. Ella vivía sola en el apartamento desde que Belén, con la que lo había compartido durante varios años, se mudó a casa de Oscar unos meses antes.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—*Parfait!* Y te invito a cenar. No me apetece hacerlo en el hotel y menos solo. Me deprime.

Marcia no estuvo de acuerdo.

—Eso será demasiado.

—¿Qué problemas hay? Has dicho que no tienes ningún compromiso esta noche, *n'est-ce pas?*

Ella suspiró. André podía ser muy persuasivo.

—Vale. Pero solo accederé si me dejas que te invite y terminamos pronto. Mañana trabajo y no pienso trasnochar.

—Si insistes... —concedió él con una sonrisa—. Pero en esta ocasión el restaurante lo elijo yo.

Capítulo 8

Marcia pasó la tarde centrada en su trabajo, intentando ignorar las miradas curiosas de sus compañeros y las que Verónica le dirigía con intenciones asesinas cada vez que pasaba por su lado.

A las seis, André la llamó por teléfono.

—¿Has terminado?

Marcia detectó en su voz un matiz de impaciencia.

—Casi. Me quedan unos minutos.

—Te espero.

Ella se apresuró a terminar lo que estaba haciendo y, antes de reunirse con André, fue a los aseos. Hasta allí la siguió Verónica.

—Escucha, bruja. Si intentas camelarte a Bossard para que te dé ese ascenso estás perdiendo el tiempo. Rodríguez me lo ha prometido, al igual que me ha dicho que te van a despedir. Aunque tampoco tendrías ninguna posibilidad de conseguirlo con las patéticas artimañas que estás empleando. Solo eres una aficionada en un terreno que yo domino desde hace años —le espetó con un brillo rencoroso en los ojos y una sonrisita de forzada.

—Y si tienes el puesto asegurado, ¿por qué estás tan nerviosa? Yo en tu caso no me preocuparía. Ni me fiaría de lo que dice Rodríguez. Ya sabes lo veleta que es. Llevo más tiempo aquí que tú y he visto ilusionarse a muchas con promesas que luego no ha cumplido —respondió plantándole cara. No pensaba demostrarle lo que le afectaban sus palabras. ¡Faltaría más!

Marcia salió de allí dejando a Verónica con un cabreo mayúsculo. Tras el desplante de esa mañana no le cogió por sorpresa el saber que Rodríguez le había prometido el ascenso a su favorita y, con ello, la permanencia en la nueva empresa; lo que no quería decir que estuviese todo decidido.

Al llegar a la sala de reuniones dio unos toques de aviso en la puerta antes de entrar. André, sentado ante el ordenador, levantó la mirada cuando ella abrió.

—Cuando quieras podemos marcharnos —anunció Marcia.

—Allons! Tenemos mucho que hacer.

Fueron más de dos horas maratonianas. Si con Belén el ir de compras era un verdadero suplicio, con André resultaba entretenido aunque agotador. Recorrieron la mayoría de las tiendas de ropa y complementos de la zona comercial y no desistió hasta que encontró lo que deseaba. Criticaba los modelos con humor y acierto, se probaba todo lo que veía, le pedía su opinión... También hizo que ella se probara algunas prendas, que eligió con buen ojo y que acabó comprándole a pesar de sus protestas.

Como la mayoría de los homosexuales, o eso pensaba Marcia porque solo había conocido a uno, era creativo, tenía buen gusto y conocía las últimas tendencias en moda, tanto masculina como femenina. También era divertido, inteligente, culto... Un encanto en todos los sentidos. Observaba que, la mayoría de mujeres con las que se encontraban, lo miraban fascinadas y a ella con envidia, hasta que advertían su naturaleza y una expresión de desencanto se mostraba en sus rostros. «Sí, una pena», pensaba ella también.

Había oído decir o leído en alguna parte que los hombres gais pueden ser los mejores amigos de una mujer ya que poseen la mayoría de virtudes que todas desean encontrar en su pareja: aparte de una sensibilidad muy parecida a la de ellas, son buenos confidentes y muy leales, no como algunas amigas que te quitan el novio cuando te descuidas. ¿Por qué no podía ella encontrar un hombre así, pero que le gustaran las mujeres? ¿Era pedir demasiado? Eso parecía.

Cuando las tiendas cerraron, se desplazaron al restaurante que André le había comentado con anterioridad. Estaba situado a orillas del mar, en una cala a pocos kilómetros de la ciudad. El lugar era idílico a esas horas y no estaba muy concurrido. Apenas había unas mesas en la terraza ocupadas por parejas.

El mar estaba en calma y la luna se reflejaba en él con plateados destellos. Había algunos farolillos de colores y velas sobre las mesas como única iluminación. Un entorno romántico, ideal para citas de enamorados, pensó Marcia. Le habría encantado ir allí con su pareja, si la tuviera. Suspiró y miró a André que estudiaba la carta con atención.

Él levantó la mirada y la fijó en ella. Marcia sintió un hormigueo interno ante aquel rostro sonriente. Volvió a suspirar. Tendría que esforzarse o acabaría coladita por ese hombre... con el que no tenía nada que hacer.

—¿Has encontrado algo que te guste? —le preguntó Marcia.

—*Oui, très vrai.* —Y volvió a levantar los ojos de la carta para mirarla

con picardía—. Todo parece muy apetitoso y no logro decidirme, así que te paso el testigo.

—Creo que lo mejor será pedir consejo —opinó ella sin querer comprometerse.

Cuando el camarero llegó, aceptaron sus sugerencias, más algún plato que André añadió, y comieron con apetito, enfrascados en una animada charla.

—¡Uf! —Resopló André—. He comido demasiado. Si continúo así, se me formará un buen flotador en la cintura.

—No exageres. Tienes una figura envidiable.

—Mi trabajo me cuesta, no creas. Dos horas mínimo de gimnasio diario y no cometer excesos como los de hoy. ¿A cuál vas tú? No puedo continuar un día más sin hacer ejercicio o los daños serán irreparables —se quejó exagerando el tono.

Los gais y su adoración por los *gyms*, pensó Marcia. Ella nunca había sentido la necesidad de acudir a uno. Se consideraba bien servida con las caminatas diarias a su trabajo. Cuando comenzara a hacerle falta, ya le pondría solución.

Una vez, Belén se empeñó en que la acompañara al que solía ir y donde conoció a Oscar, que era el dueño. Solo estuvo allí una hora y fue más que suficiente. Los hombres se dedicaban a mirarle el culo con todo descaro —los que no estaban pendientes del culo de algún compañero— y las mujeres le lanzaban miradas de advertencia, como queriendo decir que se pusiese a la cola porque ellas eran las primeras a la hora de elegir si les apetecía hacerlo. No volvió más.

—No suelo pisar esos templos de culto al músculo, rebosantes de testosterona y con un insoportable olor a sudor —admitió.

—¿Y qué haces para mantenerte en forma? Porque no te has privado de nada.

—Imagino que será la genética. En mi familia todos son delgados. Y hago algo de deporte —generalizó. Le avergonzaba confesar que ese deporte consistía en ir andando al trabajo—. ¿En el hotel no hay gimnasio?

—*Oui, mais c'est affreux!*

Marcia hizo un gesto de extrañeza al no entender la expresión y él le

explicó:

—Lo hay, pero es espantoso. Apenas unos cuantos aparatos anticuados con los que acabaría provocándome una lesión muscular o algo peor. ¿Conoces alguno recomendable y bien equipado?

—Sí. Hay uno cerca de donde vivo, que es de un conocido mío. Si quieres, le pregunto si puedes ir. —El gimnasio era de Oscar y no dudaba que le haría el favor de admitirlo por unos días—. ¿Cuánto tiempo estarás por aquí?

—Diez, doce días a lo sumo.

Marcia no esperaba que fuera a tardar tanto, pero teniendo en cuenta que había un buen número de oficinas repartidas por la zona, le supondría gran cantidad de trabajo.

—¿Y qué opina tu pareja de que pases tanto tiempo fuera?

—No tengo en este momento, aunque sí hay una persona que me echará de menos. Por eso intentaré ir el fin de semana a verla, si no hay huelga de controladores.

Marcia imaginó que se trataba de algún amigo especial.

—¿Dónde has aprendido a hablar tan bien el castellano? —formuló al fin la pregunta que la tenía intrigada desde esa mañana.

—Mi madre es española, de un pueblecito de la provincia de León. Desde que comencé a hablar lo he hecho en los dos idiomas: francés y castellano. Suelo practicarlos todo lo que puedo. Aparte de con ella, lo hablo con los amigos españoles que tengo tanto en París como en León, donde voy con frecuencia a visitar a los familiares que allí tenemos.

«Misterio resuelto», se dijo ella.

Marcia rehusó tomar una copa y se marcharon de allí. Antes de dirigirse al coche, André sugirió dar un paseo por la arena. La noche era muy cálida y había varios bañistas disfrutando de las tibias aguas.

—¿Y si nos damos un baño? El agua debe de estar deliciosa —propuso André con un guiño pícaro.

—¿Qué dices! ¡Si no me he traído el bikini!

—No importa, nos bañaremos desnudos. Nadie nos verá. ¿Nunca lo has hecho? —sugirió entusiasmado.

—No. Y no tengo interés en probarlo. —Marcia se mostró reacia.

Pero André era de a los que les costaba admitir un no por respuesta.

—Vamos, ámate. Estoy convencido de que te encantará. Es una

experiencia maravillosa. —Sus ojos brillaban de regocijo.

Cómo negarse, pensó Marcia. No era cuestión de disgustar a la persona que tiene tu futuro en sus manos.

—Está bien, pero yo me dejaré la ropa interior. Y si nos detienen por escándalo público, tú pagarás la multa.

—*D'accord* —accedió, y soltó una carcajada.

Caminaron hasta la zona más solitaria y oscura. André comenzó a desvestirse y ella se giró para no verlo, aunque a la escasa luz de la luna apenas se distinguían las formas. Escuchó su risa. Parecía un niño haciendo una travesura.

Cuando Marcia estuvo en ropa interior se giró hacia él. André la contemplaba con ojos brillantes... ¡y estaba desnudo!

—Deberías quitarte el sujetador. Cuantas menos prendas húmedas lleves, menor probabilidad habrá de que cojas un resfriado —le aconsejó.

—¡Solo faltaba eso! —gruño Marcia por lo bajo. Intentaba no mirar más allá de su ombligo, algo difícil ya que sus ojos parecían tener vida propia y no obedecían los mandatos de su mente.

—Vamos, no seas mojigata. No tienes nada que no haya visto antes —dijo riendo, y corrió hacia el agua.

Ella comprendió que tenía razón y se quitó el sujetador. Lo dejó junto al resto de prendas amontonadas sobre la arena. Se cubrió los pechos con las manos y fue adentrándose en el mar. El agua tenía una temperatura agradable y estaba muy serena.

Oyó un chapoteo cerca de ella y una cabeza emergiendo.

—Venga, lánzate. *C'est délicieux!* —exclamó André con voz alegre, y la salpicó de agua.

Marcia se zambulló y nadó unos metros, disfrutando de la experiencia. Él tenía razón: era una maravilla.

—¿A que ha merecido la pena? —preguntó muy cerca de ella.

Marcia se movió y lo rozó de forma involuntaria. Notó algo duro presionando su vientre, y se asombró. ¡Estaba excitado! Pero eso era imposible, recapacitó. Debía de ser a causa del agua, que le provocaba esa reacción. Aunque siempre había pensado que el agua fría causaba el efecto contrario, o eso decían los hombres para justificar la falta de erección en tales circunstancias.

Sofocada, se apartó con rapidez y nadó hasta la orilla. Tal vez él no, pero

ella sí se había excitado. Bueno, ya lo estaba desde que le había echado una ojeada a ese soberbio cuerpo que tenía. ¿Pero cómo podía ser? ¡Si era como una chica! Resultaba tan descabellado como si se hubiese excitado viendo a Belén desnuda en la ducha. Intentó justificarse pensando que se trataba del vino que había bebido durante la cena, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Marcia recapacitó. ¿Y si se estaba equivocando con él? En realidad, no lo había confesado solo lo había dejado entrever. Ese tono afectado en la voz y la forma de mover las manos eran poco masculinos, o le parecía a ella, al igual que el gusto exagerado por la ropa y por cuidarse; por no hablar de algunos comentarios muy reveladores sobre sus amigos. También podía ser bisexual y ese amaneramiento que mostraba solo se debía al entorno social que frecuentaba. Todos sabían que los franceses eran muy peculiares en algunas cosas, ¿no?

Salió del agua. Era mejor evitar situaciones comprometidas o que dieran lugar a equívocos. Solo faltaba que él lo advirtiera. Se moriría de vergüenza.

—¿Ya te sales? *Mais c'est fantastique!* —le reprochó André.

—Tengo un poco de frío —contestó, mientras intentaba secarse con el suéter.

Le oyó salir del agua e intentó cubrirse.

—Toma. Ponte esto. —André le alargó su camisa.

Marcia lo agradeció. La prenda le cubría hasta casi las rodillas y era suave. De espaldas para no mirarlo, se quitó la braguita húmeda y se puso la falda. El sujetador le costó algo más. Cuando lo consiguió, le devolvió la camisa a su dueño y se cubrió con las manos.

André ya tenía los pantalones puestos y la miraba divertido.

—Siento decirte que no eres mi tipo, por lo que no voy a saltar sobre ti sediento de sexo —dijo en tono irónico al advertir sus recelos.

—Perdona. Es que no estoy acostumbrada a...

—*Calme, ma petite.* Lo entiendo perfectamente.

«Duda despejada», se dijo. No se había equivocado en su primera apreciación. Y comprobó con sorpresa que esa certeza le provocaba un extraño desencanto.

Marcia se colocó el suéter y cogió los zapatos. Caminaron hacia el coche en silencio.

—Ha sido una experiencia muy agradable, aunque tú no opines lo mismo. Y nos hemos librado de la cárcel —dijo él ya dentro del coche.

—Aún no podemos descartar el resfriado —puntualizó ella.

—Oui, en eso tienes razón —y soltó otra de sus sonoras carcajadas.

Capítulo 9

Marcia lo vio acercarse y sintió un cosquilleo en el estómago. Confirmado: se había vuelto loca de remate. ¡Mira que sentirse atraída por un gay! Con los hombres que había en la ciudad y a ella le gustaba uno que solo la veía como la hermanita que nunca tuvo o la colega de salidas que aliviaba su soledad.

El día anterior fue similar al primero: comida, compras, cena... Por suerte, no se repitió el baño a media noche, que tanto la había alterado, aunque acabaron en el cine viendo una película que él eligió. Se trataba de una historia triste de amores imposibles y muchas lágrimas; todas suyas, porque ella estaba más pendiente de la inquietante sensación que le causaba el brazo de André pegado al suyo y la cercanía de su rostro cuando le susurraba algo al oído, que del dramón que se desarrollaba en la gran pantalla.

En fin, que fueron dos horas de auténtico martirio, que esperaba no volver a repetir, y que la habían convencido de que debía poner tierra por medio o acabaría coladita por los huesos de ese hombre.

Al menos, en esta ocasión se había evitado la comida. André no pudo rehusar otra vez la invitación de Rodríguez y fueron a comer juntos, acompañados de Verónica y algunos jefes de sección. Lo agradeció porque en la oficina ya comenzaban a mirarla con suspicacia. Algo lógico pues casi no se había despegado en dos días del hombre que tenía el futuro de todos en sus manos.

—En diez minutos termino. ¿Estarás lista para entonces? No quiero que se me haga tarde —le preguntó André cuando llegó a su lado.

Marcia miró alrededor y comprobó que un par de compañeros estaban escuchando.

—No hace falta que me acompañes a casa. Te doy la dirección y te guías por el GPS —respondió ella bajando la voz.

Le había pedido a Oscar el favor de que permitiera a André utilizar las instalaciones del gimnasio. La tarde anterior no pudo ir porque, según él, no tenía ropa adecuada y tuvieron que comprarla.

—Por supuesto que lo haré. Está de camino, *n'est-ce pas?* Y de paso saludas a tu amigo —insistió él.

A Marcia no le hizo gracia la propuesta.

—No es necesario. Ya le he dado tu nombre y no tendrás ningún problema. Yo tengo cosas que hacer y no puedo entretenerme —mintió.

Lo único que quería era marcar algunas distancias. Cuanto menos tiempo pasase en su compañía, antes olvidaría esas ridículas ideas que le rondaban por la cabeza. Incluso se le ocurrió que podría conocer a alguien allí y liberarla a ella de tanta presión. ¿No eran los gimnasios uno de los lugares de reunión favoritos de los gais y donde se hacían muchos contactos? A ver si tenía suerte y se echaba un novio que lo entretuviese durante los días que iba a pasar en aquella ciudad.

—Como quieras, pero luego vamos a cenar. He oído hablar de un restaurante que prepara los...

Marcia no lo dejó continuar.

—Lo siento, André. Te he dicho que tengo cosas que hacer en casa. Esta noche no puedo acompañarte —se mantuvo firme.

—*Pas de problème*. Llevaré algo de comida cuando termine y cenamos allí. Me gustará ver dónde vives y así evitaré cenar solo. ¿Te he dicho que la comida del hotel es pésima? Estoy pensando en cambiarme a otro. ¿Cuál me recomiendas?

Marcia hizo un gesto de exasperación. Este hombre era incansable e incapaz de coger una indirecta. ¿Por qué no se buscaba otra, u otro, que lo acompañase y la dejaba a ella en paz?

—No sabría decirte, no he comido en ninguno. En cuanto a cenar en casa, no es que me niegue, pero...

—*Très bien*. ¿Qué prefieres?

—Me da igual, es que...

—Vale, elijo yo. Llevaré comida japonesa. ¿Te gusta?

Ella se encogió de hombros, lo que André interpretó como un sí. Lo cierto era que la había probado en un par de ocasiones y no le desagradaba.

—*Magnifique!* A mí me encanta y he visto que hay varios restaurantes aceptables en la ciudad. Me informé antes de venir. —Le dedicó una de aquellas sonrisas traviesas a las que ella ya se estaba acostumbrando.

Marcia suspiró. André era la persona más insistente que había conocido, aunque tampoco podía mostrarse desagradable. No olvidaba que su trabajo dependía en buena parte de él.

—Si insistes... En diez minutos acabo.

—Perfecto, *joli*. ¡Va a ser una noche memorable! —expresó en voz alta mientras se marchaba.

Marcia quiso hacer un agujero en el suelo para meter la cabeza en él cuando escuchó las risitas burlonas de sus compañeros. Lo que le faltaba, que creyeran que se estaba tirando al jefe.

André se alejó esforzándose por no soltar una carcajada. Se estaba portando como un cabroncete con la pobre chica, pero no cabía duda de que se lo merecía. Si no creyera que era homosexual, con toda seguridad habría intentado seducirlo para asegurarse el empleo. Como había ocurrido con Verónica Marqués, que se le había insinuado en varias ocasiones. Así que no debía avergonzarse si los demás pensaban que se acostaba con él.

Pero lo malo era que este juego que se traía entre manos con ella estaba resultando demasiado peligroso. Cada vez le costaba más esfuerzo contener sus impulsos, sobre todo desde la noche del baño en la playa, cuando no pudo evitar la erección al verla casi desnuda. Y la noche anterior en el cine, con aquel delicioso olor que desprendía y su tentadora proximidad.

Debería dejar ya esa farsa que podía acabar pasándole factura. Sin embargo, algo le impulsaba a continuar. Necesitaba saber si era la ambiciosa sin escrúpulos que creyó al principio o la persona generosa y encantadora que estaba descubriendo.

¿Por qué era tan importante para él averiguarlo?, se preguntó desazonado.

—Para las diez estaré con la cena. No prepares nada que yo me encargo de traer de todo —le indicó André cuando paró el coche junto a la acera.

Marcia bajó y, con un apagado «hasta luego», se introdujo en el portal del edificio donde vivía. Tenía poco más de dos horas para adecentar el apartamento, que estaba hecho un desastre después de varios días sin un minuto libre para limpiar y ordenarlo un poco. La ropa sucia se amontonaba en el cesto, la vajilla en el fregadero y su habitación parecía un puesto de mercadillo, con prendas por todos lados que no tenía tiempo de colocar ya que apenas paraba en casa las horas justas para dormir.

Se desvistió, se colocó una cómoda camiseta y comenzó con la tarea. Puso una lavadora, el lavavajillas y limpió lo más visible. Como el piso era pequeño no le suponía un gran esfuerzo. Constaba de dos habitaciones, un

salón reducido, un baño y la pequeña cocina. Cuando Belén vivía allí, ambas compartían las tareas según sus aptitudes, pero siempre en buena armonía.

Había acabado e iba a ducharse cuando sonó el teléfono.

—¿Cuándo pensabas contármelo, guapa? Pero mira que eres...

Marcia se retiró el teléfono del oído para amortiguar la voz de Belén, que hablaba muy alto.

—Hola, Belén. ¿Cómo te encuentras?

—Cabreada, ¿no lo notas?

—¿Y a qué se debe el cabreo, si se puede saber? —preguntó. Imaginaba la respuesta, pero prefirió hacerse la despistada. Oscar le habría contado lo de André y ella había puesto a funcionar de inmediato su fértil imaginación, llegando a conclusiones equivocadas con toda seguridad.

—En primer lugar, no me has llamado en estos dos últimos días para preguntarme cómo estoy, que ya es delito —la acusó con rencor.

—Temía molestarte si te llamaba y estabas durmiendo. Me dijiste que el médico te había recomendado reposo. —Era una excusa tonta que intentaba justificar un enorme descuido por su parte. Lo cierto era que apenas se había acordado de ella con tantas idas y venidas con André—. De todas formas, ayer hablé con Oscar y me dijo que vas mejor.

—No te inventes cuentos chinos, guapa. El médico me prohibió caminar no hablar por teléfono. La lengua no la tengo escayolada, como sabrás.

«Sabía que no iba a colar», se dijo Marcia.

—Lo siento. No imaginas los días que llevo con el supervisor de la nueva empresa por aquí. No me ha dejado tranquila ni un segundo.

—Ese es otro motivo por el que estoy pensando en mandarte a paseo durante una buena temporada. —Elevó el tono de voz en sus últimas palabras, lo que delataba la magnitud del enojo que sentía—. A ver, bonita; sabes que no iba a criticarte el que decidieras tirarte al tipo ese ya que yo misma te aconsejé que olvidaras el recato de niña de escuela de monjas y otras chorradas éticas por el estilo y jugaras sucio como hace todo el mundo. Cuando una quiere conseguir algo, tiene que echar toda la carne en el asador. ¿No te lo he recomendado en varias ocasiones?

—Sí, hasta la saciedad, si mal no recuerdo. —Parecía que Belén estaba más disgustada de lo que imaginaba, por lo que era mejor darle la razón.

—Bien, por eso me cabrea que me lo hayas ocultado. Y dice Oscar que el tío está para mojar pan, lo que ya de por sí es motivo suficiente para querer

ligártelo.

—¡Eh, un momento! Yo no he hecho tal cosa —protestó Marcia indignada.

—¿Cómo que no, si pensáis pasar el fin de semana juntos?

—¡¿Cómo?! —Marcia quedó sin habla. Cuando la recuperó, preguntó desconcertada—: ¿Quién lo ha dicho?

—No te hagas la sorprendida. Le ha preguntado a Oscar por actividades de ocio para el próximo fin de semana. Parece ser que es aficionado al *puenting*, parapente, *rafting*... y todos esos deportes peligrosos, y quería saber si a ti te gustan porque quiere llevarte.

—¡¿A mí?! —Marcia estaba atónita. ¿Qué se le habría ocurrido a André ahora?—. Es la primera noticia que tengo. Es cierto que, por no desairarlo, le he acompañado a comer y de compras estos días, pero de eso a que esté intentando seducirlo existe una gran diferencia. Y, aunque lo intentara, no tendría nada que hacer porque es homosexual —confesó con cierto regusto amargo.

—¿Has dicho homosexual? —Belén creyó no haber oído bien.

—Eso he dicho.

—¿Y estás segura?

—No lo ha admitido, es cierto, aunque no era necesario porque se le nota un montón. Si lo vieras te darías cuenta enseguida. No sé cómo Oscar no te lo ha comentado.

—Ni lo ha insinuado, fíjate. Al contrario, dice que es un tío muy majo.

—Lo es, majo y gay.

—Vaya chasco, chica —se lamentó Belén. ¡Y ella que había comenzado a trazar planes para su amiga! —¿Vive con otro tío?

—No tiene pareja en estos momentos, según me dijo, aunque también comentó que existe una persona que lo echará de menos durante estos días de ausencia; así que saca las conclusiones que quieras.

—¡Joder! Qué pena, de verdad.

Marcia pensaba igual, pero no pensaba reconocerlo ante Belén ni ante nadie. Aunque para eso tendría que moderar el tono desencantado que imprimía a sus palabras o su amiga, que era muy perspicaz para esas cosas, lo advertiría.

—No importa. Tú sigue con el plan a ver qué ocurre. No sería el primero

que prueba con mujeres y acaban gustándole las dos cosas.

—No pienso hacer nada de lo que insinúas, te lo he dicho. ¡Ya está bien de consejitos sórdidos! —respondió indignada. No iba a caer tan bajo.

—No es para tanto, mona; tampoco te estoy pidiendo que lo acoses sexualmente ni nada por el estilo. ¡¿Por quién me has tomado?! —se defendió. Su enojo era evidente—. Lo que te estoy aconsejando es que intentes hacerte amiga suya, que algo podrás conseguir. Tienes que enterarte de lo que le gusta para tenerlo contento. Si quiere que lo acompañes el fin de semana, lo haces y punto. Quien algo quiere, algo le cuesta. ¿O crees que mi idea de fin de semana ideal es tirarme por un barranco con una cuerda o subirme a una montaña? —reconoció Belén muy a su pesar.

—¿Y por qué lo haces? —quiso saber Marcia—. La próxima vez, en vez de la pierna puedes romperte la crisma.

—Porque quiero que Oscar sea feliz, así de simple.

Capítulo 10

Pasaban unos minutos de las nueve y media cuando sonó el interfono. Marcia se sobresaltó. No podía ser André, era demasiado pronto.

—¿Quién es?

—*C'est moi.*

Pues sí, era André, y media hora antes de lo previsto. La había pillado en bragas, literalmente. Maldijo por lo bajo. Estaba sudada y no le daba tiempo a ducharse antes de que subiera. ¿Lo habría hecho aposta?, se preguntó.

Cuando él llamó al timbre, a ella solo le había dado tiempo a ponerse unos *shorts* y unas zapatillas.

—Llegas algo pronto, ¿no? —le recriminó Marcia de forma velada cuando abrió la puerta.

André llevaba varios paquetes en las manos y una gran bolsa de deporte al hombro. Había cambiado el traje y la corbata por unos vaqueros y un suéter de manga corta en tono rosa pastel que se le adaptaba al torso como un guante. Estaba muy atractivo, tuvo que reconocerlo. ¡Y ella con esa pinta! Le avergonzaba presentar un aspecto tan desastroso. Aunque él no pareció reparar en ello o fue considerado y no hizo ningún comentario.

—Ahora te explico. ¿Dónde dejo todo esto?

—En la cocina, sobre la mesa. —Le indicó una puerta abierta a la derecha—. Acomódate en el salón mientras me ducho. Ya preparo la cena cuando termine.

—*Non, merci.* Tú dúchate que yo me encargo de todo —sentenció, y comenzó a abrir armarios.

—No te molestes. Termino enseguida —insistió ella.

—*Allez!*, no pierdas más el tiempo que tengo hambre. Además, me encanta cocinar. Otro día te prepararé un *carpaccio* de bacalao. Me sale de maravilla.

Marcia, resignada, se metió en el baño. Terminó en menos de diez minutos y apareció vestida con un atuendo informal y el cabello recogido en una coleta. ¿Para qué perder el tiempo en maquillarse y vestirse de forma provocativa? Esa no era una cita ni él un hombre al que pretendiera deslumbrar.

Cuando entró en la cocina, André estaba terminando de preparar la ensalada.

—He pensado que podríamos cenar en el salón mientras vemos una película. Tienes una buena colección de clásicos, en especial de Hitchcock — propuso mientras se lavaba las manos.

—Me gustan mucho sus obras. Las he visto infinidad de veces — reconoció ella.

—A mí también, pero no soy un apasionado como tú. Elige la que te apetezca y la vemos.

—¿No quieres que te ayude? ¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

—Lo tengo todo controlado, *chérie*. Como si viviera aquí desde hace años —dijo con desenfado.

Ante su insistencia, Marcia fue al salón. Había puesto un mantel en la mesita baja y sobre ella estaban distribuidos los diferentes platos. En el suelo aparecían esparcidos varios cojines y había encendido algunas velas, que debió traer porque ella no tenía.

—*Et bien?* —preguntó con expectación—. Me he tomado algunas libertades. Espero que no te importe.

—Estás en tu casa —respondió Marcia.

Fue una frase hecha que parecía ajustarse a la realidad. André se desenvolvía con una soltura admirable. Le asombraba la rapidez y destreza con la que había preparado la cena, algo que nunca hubiese imaginado en ningún hombre, al menos de los que ella conocía. No podía negar que era muy habilidoso.

—Por cierto, un apartamento muy acogedor. ¿No has pensado en alquilar la habitación vacía? Oscar me ha dicho que hasta hace unos meses su novia vivía aquí —comentó mientras descorchaba una botella de vino blanco.

Marcia pensó que a Oscar le gustaba demasiado darle a la lengua. ¿A qué venía proporcionarle tanta información a un desconocido?

—No me apetece meter a nadie. Me he acostumbrado a estar sola y reconozco que es muy cómodo. Belén es estupenda y nos llevábamos muy bien, pero puede que eso no se vuelva a repetir —se justificó. Nunca había compartido alojamiento con nadie, excepto con Belén, y no le apetecía arriesgarse.

André comenzó a servir porciones en dos platos mientras ella seleccionaba la película. Sintió algo de tristeza. Esa estupenda colección de

clásicos como él decía era el patético testimonio de su insulsa vida social.

—¿Y compartirlo con una pareja? ¿No te tienta encontrar una? — preguntó él de improviso.

A Marcia le sorprendió la pregunta, aunque contestó con franqueza.

—No es mi prioridad. Ya viví esa experiencia hace tiempo y no resultó nada enriquecedora.

«Más bien fue un auténtico desastre», pensó Marcia. Le agradeció que no continuase preguntando sobre ese tema.

Después de dudar entre varias películas eligió *Encadenados*.

—¿Te parece bien? —le preguntó, mostrándole la carátula de la que había seleccionado.

—*Parfait!*

Marcia colocó el DVD en el reproductor y se sentó en uno de los cojines. Comenzó a comer con apetito lo que André le había servido. Reconoció que había acertado en casi todo. Lo malo era que no se manejaba bien con los palillos y le costaba llevarse la comida a la boca. Él se empeñó en enseñarla.

—Tienes que cogerlos entre estos dos dedos... —Le agarró la mano y le colocó los palillos en la posición correcta para guiarla—. Ahora, hazlo tú sola.

Marcia comenzaba a sentir aquel familiar cosquilleo en el estómago cuando lo tenía cerca. Intentó desecharlo por impropio, aunque le costó. Él era como esos amigos de la infancia, con los que puedes jugar a todo sin tener en cuenta si son chico o chica.

André le acercó sus palillos.

—Prueba esto. Está relleno de gambas y pistachos.

Ella abrió la boca y lo comió. Tuvo que reconocer que estaba delicioso.

—Ummm... Muy bueno, sí.

—Espera a probar el postre. *Une délicatesse!* —El significativo gesto con la boca hizo reír a Marcia.

—Es demasiado. Ya te dije que tengo buena genética, pero si sigo comiendo excesos y teniendo en cuenta que he abandonado el sano hábito de ir andando al trabajo, me voy a poner como un tonel —se quejó con sorna.

—Tengo la solución para eso —contestó muy orgulloso—. He preparado un intenso fin de semana con el que eliminarás todas las calorías que no hayas conseguido quemar en estos días.

Belén tenía razón, le tenía reservada una sorpresa. No obstante, preguntó

con fingida inocencia:

—¿A qué te refieres?

André dejó de comer y se lanzó a explicarle sus planes con apasionamiento.

—No sé si te he comentado que me encantan los deportes de aventura. Había hecho otros planes, pero hablando con tu amigo Oscar, que es un encanto de hombre, todo sea dicho —y el tono con el que dijo esas últimas palabras resultó muy revelador—, me ha comentado que él también lo es. De hecho, tenía programadas unas actividades para el próximo fin de semana que iba a cancelar porque su novia está lesionada. Y, fíjate que coincidencia, ¡es tu amiga Belén, la que te encargó el tanga! —exclamó con una sonrisa divertida.

Marcia se sonrojó. No tenía que haberle contado la historia del dichoso encarguito. Lo mismo se le ocurría mencionarlo ante Oscar y liarla. Belén no se lo perdonaría.

André observó su apuro y quiso tranquilizarla.

—Pero no te preocupes que de mi boca no va a salir ni una palabra de lo que me contaste.

—Eso espero. Son intimidades que no se deben divulgar, y menos a la parte interesada.

—*Bien sûr*. Soy todo un caballero —dijo con seriedad, y se colocó la mano en el pecho para dar énfasis a sus palabras. Tras ello, volvió a retomar el tema—. Como te decía, resulta que tenían pensado ir a un hotel rural o algo así por el valle de Arán, que tiene una gran cantidad de actividades deportivas para elegir. He pensado que te gustaría y por eso le he dicho que nosotros iríamos en su puesto. Es una ocasión magnífica de conocer esa zona de los Pirineos y hacer algo de ejercicio al aire libre, ¿no te parece?

Marcia fue a hablar y él se adelantó.

—Siempre que tú quieras o puedas, claro está. Si has hecho otros planes o tenías pensado ir a visitar a tu familia, no se hable más. No es mi intención que renuncies a ellos para acompañarme. La reserva no está hecha aún, luego no existe ningún compromiso.

Marcia no se explicaba de dónde había sacado que le gustarían esas actividades. No era muy aficionada al deporte y menos de ese tipo. En cuanto a Oscar, podía haberlo disuadido ya que conocía sus gustos. Tendría que decirle un par de cosas cuando se lo echara a la cara.

Fue a poner alguna excusa y, al ver en su mirada aquel brillo ilusionado

que tanto atractivo le confería, sintió que el corazón se saltaba un latido. No debería hacerlo. Sabía que estaba cometiendo un error, ¿pero quién era capaz de negarle algo cuando lo pedía de esa forma?

—Creía que irías a casa el fin de semana.

—Esa era mi intención, aunque lo he pensado mejor y he llegado a la conclusión de que no merece la pena tanto ajeteo. Tampoco quiero arriesgarme a que pierdan otra vez las maletas y volver a estar sin nada que ponerme. —Hizo un gesto de horror ante esa idea—. *Alors*, ¿te apuntas?

A Marcia no se le habría pasado nunca por la cabeza que esa era su forma de pasarlo bien. ¿Por qué no hacía como la mayoría de gais y se iba a Ibiza a vivir la noche loca de la isla?

—No es que me enloquezca, pero no tengo nada mejor que hacer el fin de semana. Y visité a mis padres hace poco. Te acompañaré, aunque no te prometo participar en las actividades y menos aún en las de mayor riesgo.

—Si se ponen los medios adecuados, ninguna es arriesgada —defendió convencido.

—¿No? Díselo a Belén. Tiene para un mes de inmovilidad y otro largo de recuperación. Y eso que, según Oscar, no existía peligro alguno —replicó con fastidio. Algunas personas se pensaban que todo el mundo tenía capacidad para hacer las mismas cosas.

—Está bien, no te obligaré a nada que no te apetezca. —Le dedicó una chispeante sonrisa y vació la botella de vino en las copas—. Brindemos por una larga y fructífera amistad —propuso, y chocó su copa con la de ella.

—No debería beber más. Me voy a marear con tanto vino.

—¡Qué poco aguante tienes! —Apuró la suya de un trago—. Ve poniendo la película que yo traigo el poste.

André apiló los platos y despejó la mesita. Marcia retiró los cojines y se sentó en el sofá con los mandos de la televisión y el DVD a mano. Por lo general, se descalzaba y se tendía en él; en esta ocasión debía guardar las formas. No tenía la suficiente confianza con su autoinvitado.

Él apareció con dos platos en la mano.

—*Et voici. Coulant au chocolat pour la dame!* —exclamó con teatralidad. Al observar que no había entendido, explicó—: Es lo que vosotros llamáis volcán de chocolate. Un pequeño bizcocho de chocolate con el corazón de chocolate negro fundido. Espero no haberme pasado con el microondas y haya quedado sólido el interior, en ese caso no sería un

verdadero *coulant*.

—Eso suena muy bien. Y tiene una pinta estupenda —admitió con sinceridad. El chocolate era una de sus debilidades.

—Comienza antes de que se enfríe o se arruinará el efecto —la alentó expectante.

Ella no se hizo de rogar. Con la cuchara partió el bizcochito y apareció un chorro de espeso chocolate. Cogió una porción y se lo llevó a la boca.

—Ummm... maravilloso —admitió Marcia mientras lo saboreaba con los ojos cerrados.

André sintió un repentino acaloramiento. A pesar de la ropa sencilla, el cabello recogido y el rostro limpio de maquillaje, estaba muy sensual. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por reprimir las ganas de besarla. Su boca debía de saber muy dulce, deliciosa.

—Ya te lo dije. —Con un dedo le limpió un trocito de chocolate que se le había quedado en la comisura de la boca y se lo llevó a la suya mientras la miraba de forma extraña—. No se puede desperdiciar nada —comentó ante el gesto de sorpresa de ella.

Marcia se turbó por esa intimidad. Si continuaba así, tendría serios problemas para comportarse con normalidad. Y no quería quedar como una tonta mostrándole lo atraída que se sentía por él.

—Vamos a ver la película o se nos hará muy tarde. Y mañana madrugo —planteó ella para romper la tensión.

—Sí, vamos. Esta la vi hace años y apenas me acuerdo.

—Es una de mis favoritas. La historia es preciosa y tanto Ingrid Bergman como Cary Grant hacen un gran papel.

Marcia no disfrutó de la película como en otras ocasiones. La cercanía de André, sentado a su lado en el sofá, la alteraba más de lo que en un principio pensó, mayormente porque se empeñaba en pegarse a ella y agarrarle el brazo en los momentos de mayor tensión, que eran bastantes.

—No recordaba lo bonita que era. La trama es muy intrigante y las imágenes excelentes, con esos claroscuros y los decorados retro. Ingrid está bellísima y hace un papel soberbio. *Je l'adore!* —reconoció al acabar.

—Y yo. Aparte de *Luz que agoniza*, esta es la película que más me gusta

de ella.

—¡Y a mí! —exclamó André con alegría—. Veo que tenemos muchos gustos en común.

Marcia rio ante su entusiasmo.

—Es difícil no coincidir. Estamos hablando de sus dos mejores interpretaciones reconocidas por la crítica. Por *Luz que agoniza* le dieron el Óscar de ese año a la mejor actriz —puntualizó.

—*Oui*. Y muy merecido.

Al despedirse, él la rodeó con sus brazos.

—Gracias por esta estupenda velada, *mon amie*. Que tengas dulces sueños. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó con rapidez.

Marcia se quedó durante unos minutos delante de la puerta intentando serenar los acelerados latidos de su corazón. Sí, lo suyo era de psiquiátrico.

Capítulo 11

Cuando Marcia llegó al día siguiente a la oficina le extrañó no ver a André allí, que siempre era tan puntual, pero no quiso preguntar a nadie por la causa de su ausencia. Bastante había dado ya que hablar. Hasta algunos compañeros, que siempre la habían tenido en gran aprecio, ahora la miraban con recelo.

A media mañana, él la llamó por teléfono. Cuando reconoció el número, se marchó de forma precipitada hacia un rincón solitario alejado de oídos curiosos. No le apetecía que escucharan la conversación.

—Hola, André.

—*Bonjour*, Marcia. ¿Cómo va todo por ahí?

—Bien. Nada que destacar.

—¿No me echáis de menos? ¿Estaréis relajados sin la presencia del malvado inquisidor? —Y soltó una risita.

—Lo cierto es que se respira mejor ahora que lo mencionas —comentó en broma—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo o algo así?

A Marcia se le ocurrió que le podía haber sentado mal la cena. Eso del pescado crudo tenía sus riesgos por mucho que quisieran vendértelo como uno de los alimentos más sanos que se podían ingerir.

—No. Esta mañana a primera hora he recibido una llamada del director de la oficina en Tarragona. Se tiene que marchar mañana por cuestiones personales y hemos adelantado la cita que teníamos concertada para el lunes. Estaré aquí todo el día. No sé a qué hora regresaré. Esta noche vas a librarte de mi compañía.

—¡Qué penita me da!

André soltó una risotada.

—No disimules, que sé que te encanta estar en mi compañía. Pero prometo recompensarte con un largo y estimulante fin de semana. Pasaré a recogerte el sábado sobre las nueve de la mañana y así podremos participar en algunas actividades antes de comer. ¿Te parece bien?

—Por mí no hay inconveniente. Pero si vas a estar muy cansado, lo dejamos —sugirió esperanzada.

—¡De ninguna manera! Estoy deseando que llegue el momento. ¡Vamos a

pasarlo de maravilla!

—Si tú lo dices... —respondió dudosa. Ella no compartía su loco fervor —. Hasta mañana.

Marcia colgó y se dirigió a su mesa. Verónica le salió al paso.

—¿Quedando con tu novio? —preguntó con tono despectivo y mirada homicida. Estaba al tanto de sus salidas con André y hervía de rabia.

Marcia había decidido días antes que no cedería a sus provocaciones, pero su actitud beligerante le hizo olvidar sus buenos propósitos.

—No, he quedado con Bossard. ¿Quieres saber algo más? ¿Dónde? ¿A qué hora?...

—No me interesan tus sucios manejos. Tú misma te estás cavando la tumba en la que acabarás enterrada. ¿Crees que alguien en esta oficina ve con buenos ojos lo que estás haciendo? ¿Sabes cómo te llaman?

Verónica sabía cómo hacer daño y lo estaba consiguiendo, pero Marcia había aprendido a defenderse y devolver los golpes.

—No, ni me interesa. Imagino que será parecido a lo que te llaman a ti. La diferencia entre tú y yo es que, en mi caso, no es cierto y por eso no me afecta. Ahora, si no te importa, voy a continuar trabajando. —Se marchó sin darle opción a réplica.

La actitud de André le estaba perjudicando, aunque él no lo hiciese adrede. Si no era despedida, cuando él se marchara tendría que convivir con sus compañeros, y no le agradaba que la tuvieran por una trepa que se había asegurado el trabajo acostándose con el jefe.

Verónica la vio marcharse y una mueca siniestra se formó en su rostro. «Si la muy zorra cree que se va a reír de mí, está muy equivocada», se dijo.

Al salir del trabajo, Marcia aprovechó para ir a casa de Belén. No la veía desde el lunes y sabía que estaba disgustada. Se lo había expresado con nitidez la tarde anterior, cuando le echó en cara que no hubiese ido a visitarla en varios días. Sabía que no era forma de tratar a una amiga que estaba convaleciente, pero apenas había tenido tiempo libre y por ello se alegró de no haber quedado con André.

Esa era una de las razones, aunque no la única.

Imaginaba que iba a someterla al tercer grado y no estaba preparada para

ello. Belén tenía un sexto sentido para descubrir cuándo mentía o cuándo no le estaba contando toda la verdad, y en relación a André tenía mucho que ocultar. ¿Cómo iba a reconocer que se estaba enamorando de él, de un hombre que no sería capaz de corresponderla porque no le atraían las mujeres? Tendría que recurrir a todo su ingenio para que no descubriera la verdad.

Marcia se sorprendió de que la propia Belén le abriera la puerta.

—No deberías estar levantada —la regañó a modo de saludo.

—No empieces tú también o no te dejo entrar. Ya estoy cansada de tanta inmovilidad —refunfuñó.

—¿Dónde está Oscar?

—Trabajando. Tiene un negocio que atender. ¿No lo sabías?

Marcia detectó que estaba de mal humor y se armó de paciencia. Belén era una gran persona que podía convertirse en un verdadero incordio cuando las cosas no marchaban como ella deseaba.

—No empieces con sarcasmos y siéntate —dijo, al tiempo que la empujaba ligeramente para entrar.

Fueron al salón y Belén se desplomó en el sofá con un quejido.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Marcia preocupada.

—Que me cuentes lo que te traes entre manos con el tipejo ese, y sin dejarte nada en el tintero.

—No le lames así. Es despectivo —la amonestó.

Aunque Belén era una persona tolerante con razas, credos y tendencias sexuales, cuando estaba disgustada parecía olvidarse de esos principios.

—Vale, lo siento. Te gusta más mariposón, babosa, loca...

—Señor Bossard y punto, ¿de acuerdo? —Por muy molesta que estuviese, a Marcia ya comenzaba a fastidiarle esa actitud homófoba.

—Vale, chica, no es para que te ofendas tanto —se defendió Belén mientras observaba a su amiga frunciendo el entrecejo.

Marcia se dio cuenta de que había metido la pata e intentó enmendarlo.

—¿Qué quieres que te cuente? Es un pesado que se aburre de estar solo y yo he tenido el honor de ser elegida para entretenerlo, eso es todo.

—¿Y por qué tú?

Marcia creyó oportuno sincerarse en ese punto. Al fin y al cabo, Belén tenía parte de culpa en aquel primer mal entendido que parecía haber marcado la relación entre ellos.

—Resulta que, cuando fui a comprar el regalito que me encargaste, él

estaba allí y lo confundí con un dependiente. Él me reconoció por mi ficha del trabajo, pero no dijo nada hasta el día siguiente, cuando me lo encontré en la oficina. Ese incidente, en vez de molestarlo, le hizo gracia y ahora me considera una especie de hermana pequeña, amiguita de la infancia o algo por el estilo. Aparte de eso, creo que soy la única que sabe que es homosexual, porque cuando está con alguien más lo disimula muy bien, y eso hace que se sienta cómodo conmigo. Y al no conocer a nadie en la ciudad, he tenido que convertirme en su acompañante oficial; algo que me está perjudicando en el trabajo porque todos piensan que me lo estoy ligando para asegurarme el empleo. Se sabe que van a despedir a gente y mis compañeros no ven con buenos ojos que yo confraternice tanto con él. Piensan que soy igual que Verónica, dispuesta a recurrir al sexo para conseguir ascensos.

—¡Serán cabrones! Deberían saber que tú no eres como esa fulana —se encrespó. Belén, que era hija única y consideraba a Marcia como la hermana que nunca tuvo, y que la insultaran era algo que no podía tolerar.

—No los culpo porque es lo que parece con el cambio de aspecto y las continuas salidas con André. Lo malo es que yo no pretendo tal cosa... — Calló y rectificó. A su amiga no iba a ocultarle la verdad—. Bueno, en realidad, sí es mi objetivo, pero no deseo conseguirlo de esa forma.

—Lo sé, nena. Y en cuanto a los demás, no debería importarte lo que piensen, incluido ese... señor Bossard.

—No lo puedo evitar. Me importa y mucho, Belén.

Belén la abrazó con ternura. Comprendía el dilema por el que estaba pasando e intentaría ayudarla en lo que pudiera.

—Mírale el lado positivo: si la amistad con ese hombre te facilita el ascenso, bienvenido sea. Y al ser marica... perdón, homosexual, te evitas acostarte con él. De todas formas, tengo entendido que está muy apetecible, por lo que no sería tanto sacrificio. Puedes aprovechar el fin de semana que vais a estar solos para...

—No insistas —la cortó Marcia. Le molestaba que le repitiera lo mismo cuando sabía que no era de esas. No podía negar que, si André fuera gay, no dudaría en hacerlo por placer ya que le atraía de forma irresistible, pero no por cuestiones materiales, como asegurarse un ascenso.

—OK, chica. Entonces, descartando el aspecto sexual lo único que nos queda es influir en su decisión por otros medios. Tienes que pegarte a él como una lapa y hacerte su coleguita. He estado investigando en internet y parece ser

que a estos tíos les gusta mucho el chismorreo; o sea, que son unas buenas marujas. Así que tú a desollar a todo el que se te presente, comenzando por Verónica y Rodríguez. Otra cosa que les vuelve locos es hablar de moda y cotillear sobre los famosos y sus líos. Por eso, he recopilado información sobre las nuevas tendencias y lo que se va a llevar el próximo invierno. —Le dio unos folios impresos y varias revistas del corazón, a las que era muy aficionada y que solía comprar todas las semanas—. Empápate bien de lo que se cuenta en ellas para demostrarle que eres toda una entendida en la materia. Vamos, que le quitarías el puesto de presentador de *Sálvame* al mismísimo Jorge Javier Vázquez.

A Marcia le pareció excesivo, pero no quiso desairarla al ver que se había tomado tanto interés en ayudarla.

—¿Tiene madre o hermanas?

—Madre creo que sí. Me comentó que hablaba con ella en castellano, lo que me hace suponer que sigue viva. Aparte de eso, no sé nada más sobre su familia.

—Entérate y pídele que te enseñe fotos. Seguro que lleva un montón. A ellos les encanta hablar de su madre, que es a la única mujer que quieren de verdad. Hazle la pelota todo lo que puedas. Pregúntale si le gusta la cocina o la decoración. Seguro que le encantan ambas. No conozco a ningún mari... homosexual que no entienda de esas cosas, y mucho más siendo francés. Busca en internet algunas recetas francesas de las más sofisticadas y sorpréndelo hablando de ellas. —Belén se sentía muy orgullosa de la gran labor de investigación que había realizado. «De esta consigue el ascenso sí o sí», se dijo tan contenta.

—¿Algún consejo de experta más? —preguntó con exasperación.

—Pues sí. Parece que le gusta hacer deporte y cultivar su cuerpo, como a todos ellos, por lo que desde este momento tú eres una atleta olímpica.

Marcia torció el gesto compungida.

—Demasiado tarde. Le he confesado que no me gusta ir al gimnasio.

—¡¿Cómo se te ocurre decirle eso a un gay?! —Belén puso el grito en el cielo. Tras ello, inspiró hondo para pensar con calma—. Vamos a tranquilizarnos. No todo está perdido. Coméntale que practicas deportes al aire libre como correr, nadar, ciclismo...

—¡Pero si el único deporte que hago, aparte de ir caminando al trabajo, es pasar la mopa y limpiar el polvo dos veces por semana! No monto en

bicicleta desde que era niña y solo nado en verano, cuando me baño en la playa, ya lo sabes.

—No importa. Desde ahora eres una forofa que se atreve con todo lo que le echen. Incluso te encanta ver el Tour de Francia por la tele.

—Creo que nos estamos pasando, Belén.

—Para nada.

—Te digo que no va a colar. Bossard no tiene un pelo de tonto.

—Esfuézate un poquito, mona, que la recompensa bien merece la pena —dijo, comenzando a impacientarse—. Y otra cosa, ¿sabes si en el sitio al que vais hay piscina o un río cerca para bañarse?

—No sé ni dónde está el dichoso hotel ese.

—Es igual. Tú llévate el bikini más pequeño que tengas.

—¿Para qué, si no se va a fijar? Con él esos trucos no sirven, Belén, te lo he dicho. —Estuvo a punto de contarle la experiencia del baño a media noche, pero se contuvo a tiempo. No quería dar más información de la necesaria porque Belén empezaría a forjarse ideas erróneas... ¿o no tan erróneas?

—Nunca se sabe. Al fin y al cabo es un hombre, y a los hombres les gusta ver carne.

—Hija, que bruta eres —se quejó Marcia con espanto.

—Sincera, ni más ni menos.

Capítulo 12

Marcia se entretenía regando las plantas mientras esperaba la llegada de André, al que llevaba sin ver desde el jueves cuando estuvieron cenando allí mismo.

La había llamado la noche anterior para recomendarle que llevase ropa cómoda y zapatillas de deporte, que del resto del equipo se ocupaba él. Por suerte, y aunque no era muy deportista, tenía un par de pantalones cortos, unos *leggings*, varias camisetas y unas zapatillas que se compró con la esperanza de salir a correr todos los días antes de ir al trabajo y que solo utilizó una vez, en la que dio una vuelta a la manzana. Esa era toda su experiencia en *running*.

El móvil sonó en ese momento y Marcia se sobresaltó. Era André que llamaba. Miró el reloj y comprobó que eran las nueve menos cinco. Esa debía de ser la puntualidad francesa.

—Dime.

—Hola, Marcia. Estoy en doble fila en la acera de enfrente. No queda ningún hueco, por lo que no puedo aparcar. Baja cuanto antes.

—En unos minutos estoy ahí —se comprometió y colgó.

Se apresuró en apagar luces y en cerrar ventanas, revisar que todo estuviese en orden, coger la maleta y bajar. En efecto, André esperaba al otro lado de la calle.

Cuando la vio acercarse, bajó del coche y la saludó besándole las mejillas al tiempo que le cogía la maleta de la mano y la colocaba en el maletero. Después, le abrió la puerta caballerosamente.

—¿Dispuesta a vivir una trepidante aventura, *mon coeur*?

—Si no hay más remedio... —contestó Marcia con poca efusión.

—¡Vamos allá! —exclamó André con auténtica exaltación.

Puso el coche en marcha y, siguiendo las indicaciones del GPS, condujo con habilidad por el intrincado tráfico de aquellas horas de la mañana.

Marcia se fijó en el atractivo aspecto que presentaba con un pantalón corto de deporte, que dejaba al descubierto unas piernas con potentes gemelos, bronceadas y cubiertas de un fino vello oscuro. La camiseta, de tejido transpirable, se le ajustaba al torso como una segunda piel.

—¿Dónde se encuentra el lugar al que vamos? —preguntó ella al ver que

tomaba la autopista hacia Andorra.

—Se trata de un complejo recreativo cerca de Sort. Oscar me aseguró que está muy bien y las instalaciones son estupendas. Ya me he informado entrando en su página web. Hay de todo. El alojamiento es en cabañas de madera individuales y organizan múltiples actividades a elegir. Seguro que hay algunas que nos gusten a los dos.

Marcia suspiró con disimulo. Ese iba a ser un fin de semana movidito, no le cabía duda.

Llegaron en apenas una hora. Marcia se sorprendió de lo agradable que resultaba el lugar, en una zona boscosa. Había un gran edificio, que albergaba la recepción, comedores, gimnasio, salas de tratamientos estéticos y de salud, zona de usos múltiples y otras dependencias. Rodeando el edificio y diseminadas entre los árboles estaban las cabañas de madera, así como una gran piscina, varias pistas de tenis y otras instalaciones para practicar deportes. Un parque infantil y algunos quioscos de bebidas completaban el conjunto.

Por la cantidad de vehículos que había en el aparcamiento, se deducía que estaba al completo. Aun así, se apreciaba una gran calma y bastante silencio, solo interrumpido por los gritos y risas de niños que jugaban en el parque o se bañaban en la piscina.

La cabaña que les asignaron estaba algo apartada y se llegaba a ella por un camino de grava bordeado de rosales. Dejaron el coche en el aparcamiento y fueron caminando.

—¿Qué me dices? Bonito, c'est vrai? —preguntó André admirado.

—Sí. Es un entorno muy agradable —reconoció Marcia.

—Tiene mucho éxito. Tengo entendido que las reservas se hacen con varios meses de antelación. No es que me alegre del desafortunado accidente de tu amiga, entiéndeme, pero hemos tenido mucha suerte de que Oscar y Belén no pudieran venir y nos la cedieran.

—Por supuesto. Mejor que si nos hubiera tocado la lotería —ironizó ella.

André sonrió con disimulo. Era obvio que a Marcia no le hacía la menor gracia estar allí. ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar para asegurarse ese ascenso en la empresa? No tardaría mucho en comprobarlo.

Cuando llegaron a la cabaña 27, la suya, André abrió y le cedió el paso. Marcia la inspeccionó con rapidez.

—¿Esto es todo?! —exclamó al ver que constaba de una habitación, en la que había una cama de matrimonio, un par de butacas y una mesita, así como un gran armario, un pequeño frigorífico y una estufa de leña. El baño se encontraba al fondo, tras una puerta, y era de buen tamaño y con todas las comodidades.

—¿Te parece pequeña? Es más grande que muchas habitaciones de hotel —se asombró él.

—No te lo discuto. Es una habitación grande y muy bonita, pero ese es el problema: se trata de una y no de dos.

—Es una cabaña para una pareja. Las familiares estaban todas reservadas.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar para dormir?, porque no hay cama supletoria ni un sofá decente.

—Tendremos que dormir en la misma cama. Cabemos los dos con holgura —argumentó encogiéndose de hombros—. Pero tranquila, que no pienso asaltarte a media noche. Imagina que estás durmiendo con una amiga.

Marcia no se sintió nada aplacada con esa información. No le preocupaba un acercamiento por su parte ya que lo consideraba inviable, el temor venía de la posibilidad de que ella acabara asaltándolo a él. ¡Vaya complicación!

—Tal vez quede otra libre —sugirió esperanzada.

—Lo dudo. Pero si insistes, preguntaré.

André descolgó el teléfono y marcó el número de recepción.

—Buenos días. Quería saber si queda alguna cabaña libre —preguntó. A los pocos segundos volvió a hablar—. Gracias. —Se dirigió a Marcia con rostro serio—: Está todo completo y con lista de espera. Lo siento —le explicó, aunque en su tono de voz no se apreciaba ningún rastro de consternación.

—No importa. La cama es grande —admitió Marcia con una entereza que estaba lejos de sentir. Tendría que apechugar con lo que había. La situación no era tan desesperada. «Aguanta. Solo será una noche», se dijo.

—Todo arreglado, *oui*? Cámbiate mientras reservo hora para las actividades de la tarde. Nos da tiempo a hacer una de las rutas más cortas antes de comer —indicó animado.

Marcia gruñó por lo bajo. Ya estaba cansada antes de empezar.

En apenas cinco minutos estuvo lista. Cuando apareció con su atuendo deportivo, André le echó una mirada evaluativa.

—Esas zapatillas no son las más adecuadas para subir montaña, pero podrán valer si no has traído otras. El resto está bien. Allons!

Le alargó un par de bastones de montañero y una pequeña mochila en la que iba una bebida isotónica, un botellín de agua y varias barritas energéticas.

—No sabía de qué sabor te gustaban, por lo que he traído diferentes. Te recomiendo las de muesli y arándanos, son las más sabrosas.

Sacó uno de los planos que había cogido en recepción sobre las diferentes rutas y lo abrió.

—Creo que esta de diez kilómetros y dificultad media será la adecuada.

—¡Diez kilómetros! —exclamó horrorizada. Ese hombre quería matarla, estaba claro. ¿Qué sería lo próximo? ¿Escarar el Everest? —. No creo que pueda ni con la mitad.

—No veo la dificultad, es apenas un paseo y bastante llano. Nos la haremos en un par de horas. Vamos, demuéstreme de lo que eres capaz —dijo en tono animoso, y comenzó a caminar en la dirección que el plano indicaba.

A Marcia no le quedó otra opción que seguirlo. ¡Lo que había que hacer para conservar el trabajo hoy en día!

A la media hora de intensa marcha por un empinado camino lleno de piedras, Marcia resoplaba como un caballo tras una carrera en Ascot y decidió que no podía más. Le faltaba el aliento y estaba empapada en sudor. En un par de horas tendría unas agujetas de campeonato.

—Cre... creo que voy a quedarme aquí, André. Continúa tú. Ya regreso yo cuando... descanse —anunció. Le costaba trabajo respirar y se sentía algo mareada. Esto le iba a costar una enfermedad, se dijo convencida.

—¡Pero si apenas hemos recorrido un tercio de la ruta! —protestó él.

Ella lo miró con odio. Estaba más fresco que una lechuga. ¿De dónde sacaba tanta vitalidad?

—Lo siento... es demasiado. Lo mío no es el senderismo, lo reconozco —tuvo que admitir avergonzada.

—Ya veo. Pero no pienso dejarte sola. Regresaremos juntos cuando estés en condiciones de hacerlo, por supuesto. Toma líquido y cómete una barrita. Un poco de energía te vendrá bien para reponer fuerzas.

—Más tarde, ahora me cansa hasta el respirar. —Se tendió en el suelo

exhausta, sin importarle las piedras que se le clavaban en la espalda y los insectos que pudieran colarse bajo su ropa.

André se sentó a su lado con cierto remordimiento. La verdad es que se había pasado. Ese recorrido era tan dificultoso que ni siquiera él que estaba acostumbrado habría podido completarlo. Pero le divertía ver los esfuerzos que ella hacía por agradarle. Además, con el rostro sofocado y esa respiración entrecortada estaba muy tentadora, como si acabase de tener un orgasmo.

El imaginarla bajo su cuerpo, con las piernas alrededor de su cintura y los ojos brillantes de pasión le provocó tal excitación que tuvo que darse la vuelta y ponerse boca abajo hasta que se calmó. Tendría que dejar esas ensoñaciones o acabaría descubriendo el juego. Y era demasiado pronto para eso.

El regreso fue más descansado y rápido. Cuando llegaron a la cabaña, Marcia fue directa al baño. Una larga ducha, alternando agua caliente y fría, le alivió el dolor muscular y el cansancio desapareció casi por completo.

Se sintió hambrienta y, cuando André terminó de cambiarse, se dirigieron al comedor.

—Tenemos hora en la tirolina para las cinco. Apenas nos dará tiempo de dormir una hora de siesta, aunque merecerá la pena. ¿Lo has practicado alguna vez? —preguntó mientras daba buena cuenta de un chuletón sangrante.

—No. Y tampoco me ilusiona demasiado. —La aprensión que sentía al pensar en lo que la esperaba se reflejaba en su rostro.

André simuló no haberlo advertido.

—Te va a encantar. Es una experiencia maravillosa.

El regocijo de él no presagiaba nada bueno. Parecía que se estaba divirtiendo a su costa y eso molestaba a Marcia. ¿Por qué había tenido que meterse en ese embrollo?

Si después de todo el esfuerzo que estaba realizando acababa perdiendo el trabajo, se daría de tortas por mema, y a Belén también por animarla.

Capítulo 13

Terminaron de comer y regresaron a la cabaña. Marcia se quedó en el exterior, sentada en una hamaca, mientras él dormía la siesta. Ya que tendrían que compartir la cama por la noche, apuraría todo lo que pudiera lejos de ella.

Lo cierto era que en ese lugar se estaba divinamente. Los olores de la naturaleza saturaban el aire, el canto de algunos pájaros mezclado con el sonido de las chicharras llegaba a sus oídos, y hasta vio una ardilla juguetona trepar por el tronco de un pino.

Se respiraba tanta paz que, unido al sopor provocado por la comida, se quedó dormida.

Despertó con la sensación de una intensa mirada sobre ella. Abrió los ojos y vio a una alta figura que no llegó a reconocer por la desorientación de los restos de sueño y se sobresaltó.

—No hay peligro. Soy yo —la tranquilizó André.

—¿Me he quedado dormida?

—Del todo, sí, te he oído roncar —dijo con una risita.

—Eso no es cierto. Yo no ronco —se molestó.

—No pasa nada. Yo también lo hago, según me dicen. Debiste acostarte en el interior. Este no es el mejor lugar para descansar.

—Estaba muy cómoda. —Fue a levantarse y sintió dolorosos pinchazos en las piernas. Intentó disimularlo, pero a él no le pasó desapercibido.

—¿Agujetas?

—No, solo se me han entumecido las piernas por la postura —mintió. No iba a reconocer que estaba hecha polvo por una pequeña caminata.

—Tengo una crema estupenda para eso. Te daré un masaje.

—No es necesario, de verdad. Se me pasará en cuanto camine un poco.

—No te muevas y déjame. Sé lo que hay que hacer.

Marcia suspiró resignada. Ya debía saber que, cuando a él se le metía una idea en la cabeza, no había manera de que desistiera.

André se introdujo en la cabaña y reapareció a los pocos segundos con un tubo en las manos. Se arrodilló ante ella y se echó una generosa cantidad de producto en las manos, que extendió sobre una de las piernas en lentos movimientos ascendentes desde los tobillos hasta más arriba de las rodillas.

—De... de verdad que no es necesario —protestó Marcia tensa. El roce de sus manos le estaba provocando una creciente excitación, algo inadecuado y demasiado inquietante.

Él no hizo caso y continuó con la otra pierna.

—Ahora descansa un poco. Aún quedan diez minutos para que comience la reserva —y regresó de forma precipitada al interior.

Marcia se relajó, reconfortada por la sensación de alivio que el masaje le había proporcionado, aunque preocupada por las reacciones cada vez más intensas de su cuerpo ante la cercanía de André. ¿Y si él se daba cuenta? ¡Se moriría de vergüenza! Tenía que controlarse y recordar que no era un hombre. Bueno, sí que lo era, pero no la clase de hombre que debería ser o que a ella le gustaría que fuera.

No pudo evitar imaginar lo diferente que todo sería si él no fuera gay. Aquel entorno idílico, ellos dos solos... Tórridas imágenes cruzaron su mente provocándole un inusitado calor. Jadeó y se esforzó en serenarse.

Cuando André volvió a aparecer, ella advirtió que había cambiado de atuendo y llevaba el pelo mojado. ¿Se había dado una ducha?

—*Vite!* Ya es la hora —la alentó con desbordante energía.

Marcia no tuvo otra opción que seguirlo.

En pocos minutos llegaron a la zona de la actividad. Ella, al ver aquella cuerda tendida entre los altos postes de madera, sintió un repentino escalofrío.

—No creo que me apetezca mucho subir ahí. Mejor miro cómo lo haces tú y aprendo —comentó con un leve temblor en la voz.

—*Coward!* Ya ves que se están tirando hasta niños —la recriminó esforzándose por contener la risa.

—No son niños, son adolescentes, y a esa edad se es propenso a cometer locuras. Yo ya la pasé y estoy curada.

—¿No irás a dejarme solo? —le reprochó con aquella voz suplicante que a ella tanto le costaba ignorar.

—Es que las alturas no las tomo bien. Tengo algo de vértigo —reconoció. Si ya le parecía peligroso subir por aquella escalera de cuerda, ¿cómo no iba a serlo deslizarse por un fino cable entre los árboles?

André, al ver que comenzaba a debilitarse, insistió.

—No temas. Empezaremos por el circuito para niños. En ellos la altura y el recorrido es mucho menor. Veremos si aguanta tu peso —la miró entrecerrando los ojos—. ¿Cuántos? ¿Sesenta y ocho... setenta kilos?

Marcia le dirigió una mirada venenosa. ¡Sería cretino!

—Te has pasado y en bastantes, guapo —respondió con enojo—. Olvídalo. Intentaré subir a esta. Me sentiría ridícula en la de niños. Lo que no te prometo es que al final me tire.

—¡Así me gusta, sacando pecho!

Marcia bufó por lo bajo. Sabía que se estaba cachondeando de ella, pero estaba demasiado preocupada midiendo la altura de la plataforma a la que iba a subir para responderle como se merecía.

El instructor se le acercó con el equipo que debía llevar y, al ver la palidez de su rostro, intentó animarla.

—No debe albergar ningún temor. Nuestras tirolinas están diseñadas bajo los máximos criterios de seguridad y ajustadas a la dificultad del recorrido. Apenas hemos tenido accidentes en los años que está abierto el complejo.

Marcia se dijo que eso no la consolaba. Bien podía ella aumentar ese «apenas» en el número de accidentes ocurridos.

—¿Y cómo paro cuando llegue? ¿Me estampo contra el poste y ya está? —No podía evitar ser mordaz, sobre todo cuando miraba la cara risueña de André. ¡Se estaba divirtiendo de lo lindo!

—En absoluto. El diseño de las tirolinas está basado en la confortabilidad incluso a grandes velocidades. Utilizamos un sistema de frenado que permite, tanto a niños desde treinta kilos como a adultos de ciento treinta, llegar con velocidades insignificantes. Y al final de cada tramo se encontrará con colchonetas de gran espesor que protegen de cualquier golpe y aseguran una frenada sin incidentes.

—¿A cuántos metros está del suelo? —quiso saber en un alarde de masoquismo y sin dejar de mirar la endeble estructura que servía de plataforma de lanzamientos.

—Esta es de las medianas. Se encuentra a diez metros. Pero tenemos otras de mayor longitud y altura, como la Anaconda, de doscientos cuarenta y siete metros de longitud, en la que se alcanza una velocidad máxima de sesenta kilómetros a la hora. La tirolina sobrevuela todo el parque con una altura máxima sobre el suelo de más de veinte metros en algunos puntos. Le puedo asegurar que es una experiencia única y la mejor forma de liberar adrenalina. Tal vez se decida a probarla más adelante. Este deporte acaba siendo muy adictivo —aseguró el instructor con seriedad.

Marcia dudaba de que acabase convirtiéndose en una yonqui de los

deportes de riesgo, pero no era cuestión de desilusionar al buen hombre, al que se le veía un apasionado de su trabajo.

—Lista. Cuando quiera, puede comenzar a subir. La persona que se encuentra en la plataforma le dará las instrucciones para que disfrute del trayecto —la informó cuando acabó de colocarle el arnés.

—Yo subiré primero y estaré esperándote al final del primer tramo por si necesitas ayuda —indicó André, dándole una palmadita en la espalda.

Subió con agilidad por la escalera y se deslizó de inmediato hasta la siguiente plataforma; desde allí la saludó, animándola.

Marcia comenzó a subir por la escalerilla con aprensión y procurando no mirar al suelo. Las piernas le temblaban y apenas podía dar un paso, pero consiguió llegar arriba y acercarse al borde de la estructura. El monitor enganchó el arnés al cable y le dio algunas recomendaciones.

—Junte las piernas y manténgalas estiradas hacia adelante para que los pies sean lo primero que impacte en la colchoneta. Déjese llevar y no oponga resistencia ni haga movimientos bruscos. Comprobará que la velocidad disminuye cuando vaya llegando al final del recorrido.

Marcia miraba a André que, desde el otro lado, la animaba con gestos. Quiso contagiarse de su optimismo, pero fue incapaz, y eso que se esforzaba tozudamente en no mirar hacia abajo. Diez metros era una altura desde la que podía romperse el cuello, por lo que prefería ignorarla.

—¿Preparada? —preguntó el monitor.

—No sé, creo que... no.

—Decídase, por favor, hay gente esperando —la urgió con síntomas de impaciencia.

—Verá, es que yo no quería hacer esto, pero...

No pudo terminar la frase porque sintió un leve empujón y se vio colgando de aquel grueso cable y deslizándose por él a una velocidad mucho mayor de la que esperaba. La sensación de vacío bajo sus pies era aterradora y abrió la boca dejando salir un espantoso grito, que debió escucharse en todo el valle multiplicado por el eco, lo que a Marcia no le importó lo más mínimo.

El final fue algo brusco. Sus pies chocaron contra la colchoneta con demasiada fuerza y se sintió aturdida, sin saber qué hacer. Hasta que unos fuertes brazos tiraron de ella y se vio sobre una plataforma similar a la anterior, apoyada en un duro torso y rodeada por esos mismos brazos. No necesitó mirar para saber que se trataba de él.

La sensación de alivio fue tan abrumadora que la asustó. Permaneció con los ojos cerrados, empeñada en no abrirlos a pesar de sentirse a salvo al fin. La voz de André en su oído desterró los restos de pánico que pudieran quedarle.

—¿A que no era para tanto, *ma chérie*? Te has portado como una valiente. Eso se merece un premio.

Marcia abrió los ojos y lo miró. Él la contemplaba con un brillo indescifrable en las pupilas y su habitual sonrisa en el rostro. Antes de que se diese cuenta, le plantó un sonoro beso en la mejilla mientras la abrazaba con fuerza, de un modo que a ella no le pareció nada fraternal.

—Y lo mejor de todo es que lo he grabado en vídeo. ¿No es estupendo?
—Le mostró la pequeña cámara que colgaba de su muñeca con una sonrisa de oreja a oreja.

—Maravilloso, diría yo. Una auténtica gozada —replicó burlona, eclipsando el momento de debilidad.

André pensó que ella ya había tenido bastante con esa primera toma de contacto con las tirolinas y no quiso continuar el trayecto. Le desenganchó el arnés y ambos bajaron de la torreta.

Una vez en tierra firme, regresaron al punto de partida. Marcia caminaba como un autómata. Las piernas le temblaban, pero se iba reponiendo poco a poco. Lo cierto era que una vez superada la impresión reconocía que la experiencia había sido apasionante. Una descarga de adrenalina en toda regla como el instructor había pronosticado.

Ella no era aficionada a ese tipo de actividades, ni montaba en las atracciones de feria por considerarlas poco seguras. Ahora se daba cuenta de lo que se había estado perdiendo.

André advirtió su conmoción y se preocupó. Tal vez se había excedido con la broma.

—¿Te encuentras bien?

—Claro, no ha sido para tanto.

—¿Dispuesta entonces para intentar el recorrido completo? —preguntó con una socarrona sonrisa.

—Ummm... prefiero no abusar. Para ser mi primera experiencia de este tipo, creo que es suficiente por hoy.

André captó la ironía implícita en sus palabras y rio para sí. Le divertían sus esfuerzos por parecer serena y mostrar entereza ante las situaciones

extremas que le estaba planteando. Se sentía orgulloso de ella y gratamente sorprendido. Lo cierto era que esperaba encontrarse con una quejicosa malhumorada, y el que sobrellevaba con sereno estoicismo aquellas duras pruebas indicaba un carácter fuerte y decidido, como a él le gustaba.

—*D'accord*. ¿No te importa que vaya yo? Será una media hora entre ida y vuelta.

—Sin problemas. No te prives de disfrutar todo lo que quieras. Yo te esperaré tomando algo en el quiosco.

—Gracias, *joli*. —Y volvió a abrazarla.

Ella se quedó mirando cómo subía a la torreta con una mezcla de emociones difíciles de describir. Lo que sí comprendía era que, si continuaba con aquellas muestras de afecto, no le iba a resultar nada fácil mantenerse impassible ante el que debía considerar solo como un amigo.

Capítulo 14

La cena transcurrió en un ambiente agradable, al aire libre, con la melodiosa voz de fondo de una cantante a la que acompañaba un músico tocando el órgano eléctrico. Hasta estuvieron bailando junto a varias personas más en la improvisada pista de baile.

André se lanzó en cuanto escuchó las primeras notas. Ella tuvo que acompañarlo, incapaz de negarse a sus ruegos. Parecía un jovencuelo disfrutando de las fiestas de su pueblo. Y no bailaba nada mal.

Por la forma tan natural que tenía de comportarse, en algunos momentos llegaba a olvidarse de que era gay, y más cuando perdía ese tono de voz afectado que tanto le delataba en otras ocasiones. Pero al poco afloraba su condición y le hacía algún comentario como: «Esa sombra de ojos te queda divina con el color del vestido» o «¿Crees que debería depilarme las cejas?».

También le gustaba el cotilleo y sacar defectos a todos los que le rodeaban: «¡Qué vestido más horrible lleva la pelirroja!, ¿es que no se mirará al espejo?». «A aquel le faltan dos tallas de camisa. Temo que se le salte un botón y me dé en un ojo». «¡Qué manera de bailar! ¡Va a provocarse un esguince!». O algunas miradas disimuladas a cualquier hombre atractivo que se le cruzase seguidas del típico comentario: «Quién fuera pantalón para cubrir ese trasero, ¿no te parece?», a lo que ella prefería no contestar por miedo a decirle lo que pensaba.

Aparte de esos momentos, Marcia se sentía a gusto a su lado y no podía negar que estaba disfrutando de unas horas muy agradables y entretenidas.

Pero conforme se iba acercando el momento de retirarse a la cabaña, el nerviosismo aumentaba. Sabía que no tenía nada que temer por su parte, era ella; eran sus reacciones las que la preocupaban. ¿Y si dormida lo tocaba? Desde que lo conocía, tenía sueños eróticos cada vez más atrevidos y temía que esa noche se repitieran.

Decidió que permanecería despierta el mayor tiempo posible y así evitaría cometer algún desliz.

—¿Nos marchamos? Comienza a refrescar y no has traído nada para cubrirte. ¿No tienes frío?

Ella intentaba retrasar todo lo posible el momento, por eso no había

sugerido tal cosa a pesar de estar helada.

—Un poco, pero se está tan bien aquí...

—*Oui*, aunque creo que deberíamos acostarnos ya. Mañana nos espera un día intenso.

—¿Más recorridos por senderos empinados o nos lanzaremos en lianas al estilo Tarzán? —preguntó con el humor socarrón que a veces acompañaba sus palabras.

—Mucho mejor que todo eso, ¡haremos *rafting*! —anunció en tono entusiasta, el mismo que se apreciaba en su mirada y en la amplitud de su sonrisa.

Marcia expresó con un gesto el horror que le provocaba la propuesta. ¡Ese hombre había perdido la cabeza por completo!

—¿Eso no es demasiado peligroso? —se atrevió a sugerir cuando volvió a encontrarse la voz.

—Para nada. Al igual que la tirolina, si vas bien equipada y te dejas instruir por expertos, no hay nada que temer. Y el torrente por el que vamos a descender apenas llega a la clase dos. Me he informado bien —explicó convencido.

—¿Y eso significa...?

—Que se le califica de fácil, con aguas un poco turbulentas, pero en las que sus huecos y hoyos no suelen medir más de cincuenta centímetros y los remolinos son pequeños, sin ningún peligro. Resumiendo: que si te cayeras de la balsa no te ahogarías. De todas formas, llevarás un chaleco salvavidas para evitar riesgos innecesarios.

—Si tú lo dices... —respondió dudosa.

Se encaminaron hacia la cabaña dando un agradable paseo a la luz de la luna, que esa noche brillaba con intensidad. André le echó el brazo sobre los hombros y la pegó a su cuerpo para que entrara en calor. Marcia no protestó, agradecida por la calidez que le proporcionaba. Cuando llegaron, cogió un suéter para abrigarse y salió al exterior.

—¿No te acuestas? —preguntó él.

—Esperaré un poco. Hace una noche tan hermosa que quiero disfrutarla todo lo que pueda. En la ciudad no se presentan estas ocasiones.

—Te acompaño —se ofreció.

—No, por favor. Sé que estás deseando acostarte. No te quedes por mí. Estaré bien. Y así no nos disputaremos el baño.

André comprendió lo que pretendía y no insistió. Entró en la cabaña dejando la puerta abierta.

Marcia lo oyó moverse por el interior durante un buen rato hasta que todo quedó en silencio. Dedujo que se había acostado, pero no se sintió con fuerzas para entrar. Esperaría todo lo que pudiera. Prefería estar allí a permanecer despierta a su lado o, lo que sería peor, dormirse y cometer alguna estupidez.

Se acomodó en la hamaca y miró al cielo. Nunca lo había visto así, con tantas estrellas y tan brillantes. La abundante luminosidad de la ciudad las ocultaba, pero en aquel lugar, en el que la oscuridad era casi absoluta, se podían contemplar en todo su esplendor.

Estuvo durante largos minutos disfrutando del espectáculo, pero comenzó a sentir sueño. Había sido un día agotador, tanto en lo físico como en las emociones, y necesita dormir, aunque no podía hacerlo al aire libre. El silencio y la oscuridad reinante parecían una amenaza y el frío comenzaba a sentirse con mayor intensidad.

Muy a su pesar, decidió entrar. Procuró no hacer ruido para no despertarlo. André había dejado la luz del baño encendida y la puerta semicerrada, así que no tuvo dificultad para orientarse.

Se introdujo en el baño y comenzó a desvestirse. Como pensaba que tendría su propia habitación no había tenido la precaución de traer pijama, por lo que tuvo que ponerse una camiseta que había dejado allí esa tarde. Se tomó su tiempo para desmaquillarse y lavarse los dientes, en su deseo de prolongar el momento de acostarse en aquella cama.

Cuando salió, un leve ronquido llegó a sus oídos. Él parecía profundamente dormido. Respiró algo más confiada. Con la luz que entraba por la ventana lo vio tendido en la cama y ocupando la mayor parte de ella. Estaba cubierto por la sábana hasta la cintura, dejando el torso desnudo al descubierto.

«¿No habrá sido capaz de acostarse desnudo?», se preguntó con aprensión y cierto acaloramiento.

Sí, lo creía muy capaz. Ya se lo había demostrado la noche que decidió bañarse sin nada encima. Los franceses estaban mucho más liberados de prejuicios y los homosexuales aún más, estaba claro.

Se acostó pegada al borde de la cama y se cubrió con la sábana de inmediato. Contuvo la respiración y escuchó. Él seguía respirando de forma acompasada, y ella se relajó. Intentó pensar en miles de cosas para evitar la

somnolencia, pero al final el cansancio la venció y cayó en los brazos de Morfeo.

Marcia sintió el tacto de una suave mano ascendiendo con lentitud por el muslo hasta llegar a la cadera, y una vez allí se dedicó a acariciarla en amplios círculos. Se detuvo unos segundos, como comprobando la redondez de aquella zona, y a continuación se deslizó por su vientre, presionando para acercarla más al cálido cuerpo que se acoplaba a su espalda.

La presión en sus nalgas de algo duro y ardiente le dio a entender que su amante estaba excitado, muy excitado, y ronroneó de gusto. ¡Qué delicioso era experimentar de nuevo esas sensaciones!

Quiso girarse para besarlo, pero él se lo impidió. La mantuvo con firmeza en la misma posición, bloqueándole toda posibilidad de movimiento, mientras con el otro brazo, que pasó por encima de su hombro, se dedicaba a rozarle los pechos en suaves y expertas caricias que le ocasionaban electrizantes sacudidas en su vientre.

Pero eso no era todo. Su boca se dedicaba a recorrer su cuello con pequeños besos y torturaba su oreja con la lengua, provocándole intensos escalofríos de placer.

Ella gemía estimulada por las caricias de aquellas manos sobre su cuerpo y las alentaba con incitadores movimientos de sus caderas y con voluptuosos gemidos. Quiso hablar, pedirle que se dejara de preliminares y la penetrara de una vez, pero la voz no le salía de la garganta por mucho que se esforzaba. Estaba más que preparada y muy deseosa y él continuaba con los juegos, ¿a qué esperaba?

Cuando la mano que le masajeaba el vientre y la cadera comenzó a deslizarse hacia su pubis por el interior de la braguita, supo lo que iba a ocurrir. Separó las piernas y jadeó de anticipación.

La mano jugueteó durante unos segundos con su vello púbico antes de deslizar un par de dedos por su vulva, rozando el clítoris con suavidad para apreciar su textura, continuando por los húmedos labios hasta su vagina, y subiendo otra vez, en esta ocasión para frotar con fuerza y destreza su punto más sensible.

Ella aumentó los gemidos al compás de aquellas caricias, a las que se

sumó la otra mano, que frotaba y pellizcaba los duros pezones, e incrementó el baile de sus caderas.

La explosión de placer que experimentó con el fabuloso orgasmo la dejó agotada y todo se desvaneció a su alrededor.

Marcia despertó con los primeros rayos de sol que se filtraban entre las rendijas de las ventanas. Lo primero que pensó fue en el increíble sueño erótico que había tenido y suspiró. Casi al instante sintió el brazo que le rodeaba la cintura y el cuerpo pegado al suyo. Comprendió dónde estaba, con quién, y se quedó paralizada, incapaz de hacer el menor movimiento por miedo a despertarlo.

Comenzó a relacionar una cosa con la otra y temió que, lo que ella creía que había sido uno de sus sueños eróticos, hubiese ocurrido en realidad. ¿Debería decirle algo, sentirse ofendida, protestar...?

Lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que André no pudo haberle hecho todas esas cosas que tanto le habían gustado debido a su condición. Aparte de eso, ¿cómo era posible que no hubiese advertido la diferencia entre un sueño erótico y la realidad? ¿Tan cansada estaba que fue incapaz de despertarse?

Debió de tratarse de un sueño, se repitió tal vez para convencerse a sí misma, y el que ahora la tuviese abrazada no quería decir nada. Casi era normal teniendo en cuenta que habían compartido cama. Ella solía abrazarse a la almohada, ¿no?

Marcia sintió que André retiraba el brazo y se movía con lentitud, después se levantó de la cama y dio unos pasos por la habitación. Le oyó cerrar una puerta e imaginó que había ido al baño. De inmediato, retiró la sábana y se miró. Todo estaba en su sitio, no advertía ningún rastro de actividad sexual. ¿Habría sido solo producto de su imaginación?

Permaneció en la cama pensando. No sabía cómo actuar. No podía acusarlo de haber abusado de ella. En primer lugar, porque no tenía la certeza de que hubiese ocurrido y, además, porque en el caso de que sus sospechas fuesen ciertas, ella en ningún momento se negó. Al contrario, recordaba haberlo alentado de diferentes formas. ¿Qué le preguntaría? ¿Has sido tú el que me ha provocado el orgasmo más maravilloso que recuerdo en mucho

tiempo? No se atrevía. ¡Qué vergüenza!

Y también cabía la posibilidad de que hubiese sido ella misma la que se hubiese masturbado durante ese sueño tan real. En ese caso, la vergüenza sería mayor si él se había percatado.

—*Allons!* Hay que levantarse —dijo André con voz alegre.

Marcia hundió la cara en la almohada para que no advirtiera su rubor. Si en ese momento tuviera un pozo cerca, correría a arrojarse en él.

—No te hagas la remolona, que ya es tarde —volvió a decir, y en esta ocasión le retiró la sábana con la que se cubría.

Ella se encogió e intentó taparse otra vez, pero no encontró con qué hacerlo. Gruñó y tiró de la camiseta para cubrirse el trasero.

André soltó una carcajada.

—Voy a dar un paseo. Te espero en quince minutos en el comedor para desayunar. No tardes, por favor.

Cuando André salió, Marcia se levantó de un salto y cerró la puerta con el cerrojo para dirigirse al baño. Tenía que encarar la situación con calma.

Reflexionó mientras se daba una ducha rápida.

Después de mucho cavilar, y ante la incertidumbre, decidió que era mejor no decir nada. Él parecía tan normal como siempre y en su voz no detectó nada sospechoso. Tampoco lo había mirado a la cara, era cierto. No se atrevía a hacerlo y dudaba de que fuera capaz de volver a mirarlo a los ojos.

Capítulo 15

Algo más serena y con la firme convicción de que no iba a dejar traslucir la incertidumbre que sentía, Marcia entró en el comedor. Recorrió el recinto con la mirada y divisó a André sentado en una mesa del fondo. Hacia allí se dirigió.

Él la vio acercarse y su corazón se aceleró. Observó que bajaba la mirada y se ruborizaba. Emitió un quedo gemido. No se creía capaz de seguir con esa farsa mucho más. Sus emociones lo delatarían en cualquier momento.

No se explicaba de dónde había sacado fuerzas la noche anterior para contenerse y no hacerle el amor. El observar la apasionada respuesta a sus caricias casi le vuelve loco de necesidad. Sus jadeos, sus gemidos de placer eran como cuchilladas en sus entrañas. Pero resistió. Una cosa era satisfacerla y otra aprovecharse de su debilidad para satisfacerse él. No era un canalla. Por ello, cuando se quedó dormida, corrió al cuarto de baño y desahogó su frustración. Era la única forma de permanecer acostado a su lado sin perder la cabeza.

Aunque no pudo dormir mucho. Ese cálido cuerpo lo había estado tentando durante toda la noche, por lo que supo el momento exacto en el que despertó y sintió su tensión al ver que la tenía abrazaba. Esperó su reacción. No estaba seguro de cómo actuaría al recordar lo sucedido. Podía sentirse agraviada y recriminarle lo que había hecho o, por el contrario, desear que continuara sin importarle su supuesta homosexualidad. También podría creer que lo había soñado o no acordarse de nada.

No apostaba por ninguna de las posibilidades, pero al advertir que ella permanecía callada y no reaccionaba ante su proximidad, dedujo que no pensaba sacar el tema a relucir. ¿No estaba segura de que hubiese sucedido o no quería enfadar a la persona que tenía el poder de dejarla sin trabajo en los próximos días? Eso era lo que deseaba saber, y debería averiguarlo lo antes posible.

La deseaba con todas sus fuerzas y le costaba reprimirse, aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir —por no hablar de ese burdo engaño que cada vez le costaba más mantener—, pero quería que ella accediera por deseo propio y no porque fuese la forma de asegurarse el

empleo. ¿No había sido esa su intención desde el principio? Y podía continuar siéndolo.

—Voy a coger algo —anunció Marcia al llegar a la mesa. Dejó el bolso y se dirigió al bufé.

—Te acompaño —dijo André yendo tras ella—. Apenas he tomado un café y un par de tostadas. El aire de la montaña me abre el apetito. ¿No te ocurre a ti igual?

—De momento, no —contestó de forma evasiva.

André llenó el plato de productos y los llevó a la mesa. Marcia se contentó con una taza de té y una tostada.

—Ya sé que no debería comer tantos dulces, pero no me puedo resistir a estos *croissants*. *Ils sont délicieux!* Por suerte, lo quemaré a lo largo de la mañana. Tú deberías comer más o no podrás ni sujetar el remo —la animó mirándola de soslayo.

—Utilizaré las reservas.

André sonrió. No se la veía muy locuaz esa mañana. Y el empeño en no mirarlo a los ojos era muy significativo. Debía recordar lo sucedido durante la noche, aunque había decidido callar y no darse por enterada. Él no iba a ser tan indulgente.

—¿Has dormido bien? —preguntó en tono casual.

Marcia se sobresaltó, pero no levantó los ojos del plato y respondió con todo el aplomo que pudo reunir.

—Sí, de tirón toda la noche. Estaba muy cansada.

—*Magnifique!* Temí molestarte porque yo suelo moverme mucho. Siempre me lo dicen —confesó, y la miró con picardía.

—Si lo hiciste, no me enteré —contestó con aparente indiferencia.

Por la explicación de él, Marcia se convenció de que había sido un sueño lo que tanto le estaba preocupando. Aparte de eso, porque era impensable que él le hubiese hecho esas cosas cuando no se sentía atraído sexualmente por las mujeres. Y entonces ¿a qué se debía ese malhumor? ¿Por qué se sentía resentida con él? ¿Habría preferido que hubiese sido realidad, que él la deseara y se comportara como un amante fogoso? Sí, eso era lo que le hubiera gustado. Se sentía frustrada porque solo había sido un sueño. Lo dicho, de psiquiátrico.

Terminaron en poco tiempo y se dirigieron a la orilla del río, donde había un pequeño cobertizo para guardar las embarcaciones y los equipos. Les

proporcionaron el suyo y André le indicó que se lo pusiera.

—¿Es necesario colocarse tantas cosas encima para navegar por ese arroyo? —preguntó escéptica al ver la gran cantidad de equipo que tendría que llevar. No creía que se fuesen a encontrar con grandes saltos o peligrosos rápidos.

—Es mejor prevenir, sobre todo con una inexperta como tú.

—No te discuto el casco y el chaleco salvavidas, pero ¿un traje de neopreno?

—El agua está más fría de lo que imaginas, *joli*. Si te caes y permaneces varios minutos en ella, podrías sufrir una hipotermia, aparte de que evitará desagradables roces con rocas o ramas que encontremos en el trayecto. Y tienes que llevar este calzado, es de seguridad —contestó él con acento paciente, como si estuviese intentando aleccionar a una niña tozuda.

Mascullando varios improperios, Marcia se metió en uno de los vestuarios. Se colocó el traje sobre la ropa interior y se cambió de calzado. Cuando salió, André ya estaba equipado de pies a cabeza. Se acercó a ella y le colocó el casco, el chaleco y un cinturón del que partía un cabo extensible de emergencia.

—Parezco un perro con correa al que vas a sacar de paseo —gruñó ella frunciendo el entrecejo.

Debía de estar espantosa con esa pinta, pensó Marcia. Esperaba que no decidiera immortalizar el momento, como solía hacer. Ya no recordaba la cantidad de fotografías y vídeos que se habían hecho. Parecía un adolescente, empeñado en mostrar a sus amiguetes lo que hacía a cada momento. Seguro que tenía las redes sociales colapsadas.

Pero debió imaginar que no iba a tener tanta suerte.

—Una foto para la posteridad —dispuso André, y le pidió a uno de los empleados que la hiciera.

Ella, con estoicismo, miró a la cámara. Al menos, sería la única, confió.

—¿No pensarás llevarte el móvil? —preguntó, sorprendida al ver que lo guardaba en una bolsa impermeable y se lo metía bajo el traje a la altura del pecho.

—*Bien sûr*. ¿No creerás que voy a dejar pasar la oportunidad de tomar testimonio gráfico de tu primera experiencia? Mis amigos están esperando un amplio reportaje del desarrollo de la jornada —replicó con un guiño cómplice.

—Me lo temía —refunfuño, y su suspiro irritado hizo reír a André.

Una vez equipados, se dirigieron a la orilla. Uno de los empleados les indicó la embarcación correspondiente. Cuando Marcia vio la canoa biplaza se horrorizó. Parecía de juguete. Demasiado endeble para su seguridad.

—¿Descenderemos por el río en eso? Pensaba que iríamos en una balsa grande con más gente, entre ellos varios monitores expertos, como he visto en algunos reportajes.

—Esta es la ideal para el tramo que vamos a recorrer y es mucho más estable de lo que imaginas. —Se rio André ante sus temores—. *Allez!*, ponte en la parte de atrás. Yo lo haré delante para ir dirigiendo.

Marcia se subió y, una vez sentada, él sujetó el cabo extensible a una argolla con lo que permanecería anclada a la canoa si se caía al río. Se sintió apresada y con los movimientos limitados, lo que le molestó. Decidió tragarse sus temores y no poner más pegas. Estaba empezando a parecerse a su madre, que inventaba mil excusas para no subirse a un avión.

André le dio un remo y se colocó en su lugar.

—Rema siempre en el lado contrario al mío, ¿comprendes?

—Sí, no soy una inepta total. He manejado estos trastos en algunas ocasiones —respondió orgullosa. En realidad, solo fue una vez e hizo volcar la canoa, de ahí su reticencia.

—*Et bien, allons!* Esta va a ser una maravillosa aventura —exclamó con emoción.

Y sí que fue una aventura, pero no tan maravillosa como André pronosticó, valoró Marcia cuando pudo poner los dos pies en tierra.

El trayecto, de unos diez kilómetros, resultó más accidentado de lo que esperaba. Nunca había imaginado que aquel pequeño río pudiera tener tantos tramos peligrosos, en los que la pericia de André les evitó volcar en más de una ocasión.

Ella demostró desde el primer momento que su ayuda en el manejo de la canoa sería nula, limitándose a gritar en los momentos de mayor dificultad y a maldecir por lo bajo cuando discurrían por aguas tranquilas.

Para su sorpresa, no volcaron y consiguió librarse de un chapuzón —lo que ya era de agradecer—, aunque acabó con los brazos doloridos, las piernas que apenas la sostenían y el rostro congestionado por el esfuerzo y por el sol.

El trayecto de regreso lo hicieron en un coche que los esperaba, ya que se negó a regresar andando, como André pretendía.

Una vez en la cabaña se dio una ducha y se tendió en la cama con la intención de no moverse en un buen rato. Cuando él terminó de cambiarse le propuso ir a comer.

—No me apetece ahora. Estoy demasiado cansada. Ve tú. Yo me acercaré cuando me entre apetito —dijo sin abrir los ojos. En esos momentos, se veía incapaz de andar los pocos metros de distancia hasta el comedor. Necesitaba tanto descansar que no le importaba si él se quedaba allí.

André la miró con una mezcla de sentimientos bullendo en su interior. El deseo dominaba por encima de los demás, aunque al mismo tiempo le inspiraba una gran ternura. Había sido excesivo someterla a esa tensión cuando no estaba preparada para ello, por mucho que se mereciera una lección.

En cierto modo era justificable lo que hacía, reconoció. ¿Qué persona en su posición no recurriría a todo lo que tuviese a su alcance para conseguir su objetivo? Y no le estaba presionando para que recomendase su ascenso. Ni lo había insinuado en ninguna ocasión, ya que apenas hablaban de la situación laboral de la empresa. Resultaba evidente que algo pretendía, pero era demasiado inteligente para proponerlo, y se limitaba a ejercer una sutil influencia en su voluntad... o eso creía ella.

Debería dejarse de tonterías y tomar lo que, con toda probabilidad, no le negaría. Pero no, nunca se había aprovechado de su posición y no iba a comenzar ahora. Tampoco eran esos los motivos que deberían impulsar a una mujer a acostarse con él. La deseaba, aunque no cedería a ese deseo mientras ella solo persiguiese asegurar su puesto de trabajo.

Se marchó de allí antes de que sus fuerzas flaquearan. Cuando regresó al rato, ella estaba dormida. La dejó descansar hasta la hora de marcharse. No quiso acostarse a su lado porque la tentación era demasiado fuerte, y salió al exterior. Se acomodó en la hamaca y se dejó acariciar por los rayos del sol.

Oscurecía cuando llegaron a Barcelona. André dejó a Marcia en su casa y se despidió con un «Buenas noches. Que tengas dulces sueños». Necesitaba apartarse de ella para pensar con claridad. Había sido un fin de semana intenso en emociones, en el que algunos sentimientos que creía extinguidos habían comenzado a brotar, y debía decidir qué hacer con ellos.

Capítulo 16

Marcia se despertó al día siguiente cansada y de bastante malhumor. El cansancio se debía a que apenas había dormido cuatro horas. De nada le valió el baño caliente y el vaso de leche con una aspirina —remedio de su abuela para aliviar los dolores y ayudar a conciliar el sueño— porque este tardó en llegar y, cuando lo hizo, estuvo plagado de pesadillas en las que se veía cayendo por una cascada o estrellándose contra un árbol.

El malhumor era otra cuestión, más difícil de remediar porque el enojo era contra ella misma. ¿Por qué tuvo que aceptar la invitación de André para ese fin de semana? Sabía que iba a ser un desastre y aun así se arriesgó. «*Crónica de una muerte anunciada*», se dijo, evocando el título del libro de García Márquez que tanto le gustaba.

¿Y lo que pasó por la noche? Prefería no pensar en ello porque su desazón aumentaba. Solo esperaba que hubiese sido un sueño, como todo hacía pensar; la otra alternativa era demasiado vergonzosa para asumirla. Si ya sentía por él algo más que un fuerte afecto, durante esos dos días ese sentimiento había aumentado hasta convertirse en algo muy cercano al amor. Increíble, ¿verdad?

Él era encantador, generoso, paciente..., por no añadir lo de estupendo amante porque eso solo lo había imaginado. Ninguna de sus anteriores parejas poseía ni una sola de esas cualidades. Aunque era gay, y esa barrera resultaba insalvable. Si no lo fuera, lucharía por conseguir que se enamorara de ella. Pero no podía seducir a un hombre al que no le interesan las mujeres, lo que la obligaba a desterrar esos sentimientos y considerarlo solo un compañero de trabajo. Ni siquiera eso. Él era un jefe y a ella no le gustaba confraternizar con ellos.

Decidido. No volvería a verlo fuera del trabajo. Ya se inventaría alguna excusa para evitarlo y dar tiempo a que se marchase, lo que no tardaría en hacer. Como mucho, estaría unos días más allí.

Cuando llegó a la oficina, André estaba ya allí. Lo vio charlando con Rodríguez en el pasillo y se apresuró a desaparecer. Al pasar junto a la mesa

de Verónica, esta le dirigió una mirada burlona que ella ignoró. Al poco, vio cómo Rodríguez le pedía a Verónica que lo acompañase y ambos la miraron.

No le dio importancia y continuó con su trabajo. Llegó la hora del descanso y salió a tomar un café. Cuando regresó a los veinte minutos le pareció sorprender en sus compañeros miradas huidizas y conversaciones que se silenciaban al pasar ella.

«Se habrán enterado de la escapadita del fin de semana y estarán sacando sus propias conclusiones», pensó. Se preguntó cómo habrían llegado a saberlo, ya que solo ellos dos estaban al tanto. Teniendo en cuenta que ella no había dicho nada, solo quedaba André. ¿Lo había comentado con alguien y esa persona se había apresurado a divulgarlo? Le resultaba difícil de creer, pero no encontraba otra explicación. De ser así, la decepcionaría mucho.

Decidió ignorarlos y se dirigió a su mesa. Verónica, que la estaba esperando, la interceptó.

—Rodríguez quiere verte. Ahora —le comunicó. La mirada de triunfo en sus ojos la alertó: no auguraba nada bueno.

Marcia se dirigió al despacho de Rodríguez. Este estaba con Saura, el jefe de contabilidad, revisando unos datos en el ordenador. En un extremo, algo apartado del resto, se encontraba André, que le dirigió una hermética mirada.

—¿Me ha llamado, señor Rodríguez? —preguntó Marcia desde la puerta. Se negaba a tutearlo como le había pedido en más de una ocasión.

—Pase y siéntese. Hay un tema del que me gustaría hablar con usted.

Ella se sentó y esperó. La formalidad en el trato que Rodríguez había empleado le hizo presagiar algo desagradable. La mirada que le dirigió Saura tampoco era muy amigable. No se atrevió a mirar a André.

—Señorita Gallardo —comenzó Rodríguez, y se aclaró la garganta antes de continuar—, hemos descubierto errores en algunas operaciones que usted ha realizado; seis de ellas, en concreto.

Marcia se tensó. Le resultaba difícil de creer pues nunca había cometido errores. Era demasiado meticulosa para ello.

—¿En qué consisten esos errores? —preguntó con escepticismo.

—Verá, en esas seis operaciones aparecen duplicados los pagos por siniestros.

—¿Duplicados? Debe de tratarse de un error. Admitiría uno... dos a lo máximo, y con bastantes reservas, pero no tantos —replicó con aplomo.

Alguien había metido la pata y ella no era la responsable. No pensaba cargar con la culpa de algo que no había hecho.

—Los informes lo demuestran. Aquí tiene. Compruébelos usted misma.

Rodríguez le dio unas hojas de papel en las que aparecían los datos informáticos. Marcia los estudió y, como se temía, reflejaban esas duplicidades. Miró al director con gesto de contrariedad.

—En efecto, estos informes son míos, pero le puedo asegurar que yo no he cometido los errores que aquí aparecen reflejados. Como usted sabe, soy muy cuidadosa en mi trabajo y es imposible que los haya pasado por alto.

—¿Y cómo justifica que aparezcan cuando admite que los hizo usted?

—No tengo una explicación para ello. Debe de tratarse de un error informático.

—Eso está descartado, según me dice el experto —aseguró Rodríguez tajante, y miró a Saura.

—Lo siento, pero es lo que refleja el programa. He revisado a fondo si podía existir algún fallo en él y no lo he encontrado —confirmó él con voz pesadosa. Siempre había apreciado a Marcia, a la que consideraba una buena profesional, y le costaba creer que hubiese sido tan descuidada.

Que Saura confirmase las palabras de Rodríguez resultaba alarmante. Marcia reflexionó. Si no se trataba de un error informático y tampoco de una equivocación suya... Una idea se le vino a la cabeza, ¿y si...?

—Entonces solo se me ocurre que puedan haber sido manipulados —dejó caer con intención.

Rodríguez y Saura se miraron.

—Me agrada que lo admita porque todo apunta a que, en efecto, ha sido algo intencionado. Y el problema es que solo se ha accedido a esos informes con sus claves, según han comprobado en el departamento de informática de forma fehaciente.

—Eso no demuestra nada. Otra persona o personas deben conocerla —se defendió Marcia. Dirigió una rápida mirada a André con la esperanza de que se decidiera a hablar en su favor, pero él se limitó a mirarla ceñudo y no despegó los labios.

—Esa circunstancia es improbable a la vista de todos los datos que figuran en el informe —insistió Rodríguez, que parecía disfrutar con la situación.

—¿A qué se refiere? —Marcia estaba comenzando a ponerse nerviosa.

Aquello olía a podrido y temía que acabase salpicándola.

—Tal vez no ha advertido que en todos ellos la cuenta a la que ha ido a parar el pago repetido es la misma...

Marcia volvió a revisar los informes y, en efecto, en todos aparecía el mismo número de cuenta en la que se habían ingresado los pagos.

—...Y ese número de cuenta está a su nombre —acabó Rodríguez con un mal disimulado regocijo.

Marcia se quedó estupefacta. ¿Estaba insinuando que había falseado los informes para robar el dinero?

—Esa... esa cuenta no es mía. Debe tratarse de un error —logró decir cuando las cuerdas vocales se decidieron a funcionar.

—¿Otro error informático, señorita Gallardo? No lo es. Se ha comprobado con el banco. Su nombre figura como titular de la misma.

—Es imposible. Yo no... —Sentía que se ahogaba de la humillación. Volvió a mirar a André, en una muda súplica de ayuda, pero él continuó en silencio.

—En dicha cuenta, se han ido ingresando los diferentes pagos por un valor de seis mil cuatrocientos noventa y cinco euros, una cantidad nada despreciable —continuó Rodríguez.

—¿Me... está acusando de robar esa cantidad? —se decidió a preguntar.

—Yo no la acuso de nada, señorita Gallardo, me limito a exponer los hechos, y estos la acusan por sí solos. De todas formas, enviaremos los informes a la central y allí decidirán si se la lleva ante la justicia o se toman otras medidas. Mientras, me veo obligado a pedirle que se marche. Será informada de la resolución que se adopte. También le comunico que será revisado todo su trabajo para comprobar si existen más... errores que debamos conocer. Eso es todo. Puede retirarse. Buenos días.

Marcia sintió como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza con un mazo y permaneció durante unos segundos ausente, sin dar crédito a lo que acababa de oír. Después, se levantó y, con la cabeza bien alta, salió del despacho.

Apenas pudo mantener la entereza hasta que llegó a los aseos. Se metió en un privado y ahogó un grito de rabia mientras las lágrimas anegaban sus ojos. No podía estar sucediendo. ¿Cómo eran capaces de pensar eso de ella, en especial André? Debía de creerla una estafadora o habría salido en su defensa.

Se esforzó por serenarse y encontrar una solución a toda aquella farsa. Era obvio que los informes estaban manipulados, ahora faltaba averiguar quién lo había hecho y por qué.

Un nombre se le vino de inmediato a la cabeza: Verónica. Aunque le resultaba difícil creer que fuese capaz de llegar a esos extremos en su afán por quitarla de en medio, no conocía a nadie más que tuviese algo contra ella.

El rencor debía de ser enorme para idear ese tipo de venganza, pensó. ¡Incluso había creado una cuenta a su nombre! ¿Cómo lo hizo?

Comenzó a sentir un terrible dolor de cabeza fruto de la enorme tensión emocional que sufría. Fue a salir del reservado cuando escuchó un sonido de pasos que entraban y reconoció las voces de Mónica, una de las recepcionistas, y la de Verónica.

—Nunca lo hubiese imaginado. ¡Parecía una persona tan honrada! — comentó Mónica con incredulidad.

—No te creas, a mí siempre me ha parecido demasiado virtuosa. Las modositas son las peores. ¿Has visto los intentos tan descarados por camelarse a Bossard? —La voz de Verónica rezumaba satisfacción.

—Es cierto. Salían siempre juntos.

—Y ese cambio de aspecto tan impresionante, con la ropa ajustada, los tacones y el maquillaje de fiesta. Pensaría que iba a librarla si se descubría lo que ha hecho —insinuó Verónica entre risas. Estaba disfrutando de lo lindo con aquello.

—Sí, me ha llamado la atención. Antes siempre iba hecha un desastre y ahora parece la reina de la pasarela —opinó Mónica con un punto de envidia.

—¿Y recuerdas que estuvo saliendo con Ramón Ayuso, aquel empleado que despidieron por falsificar unas facturas? —Verónica no perdía ocasión de echar más leña al fuego.

Marcia tuvo que recurrir a toda su voluntad para permanecer callada mientras escuchaba cómo la difamaba. Se mordió los puños para no gritar de frustración.

—Solo fue durante un par de meses —puntualizó Mónica, que no quería seguirle el juego. Conocía la inquina que había entre ellas dos.

—Lo suficiente para aprender, ¿no crees? —insinuó con malicia.

Las dos salieron del baño y Marcia no reprimió el llanto. Quería mantenerse entera, pero no podía permanecer impasible ante tanta infamia. Cuando consiguió serenarse, salió. Se lavó la cara y fue a su mesa. Rodríguez

le había dicho que se marchara, aunque no pensaba hacerlo hasta que averiguara qué había pasado. No se rendiría con facilidad.

Lo primero que tenía que hacer era hablar con André y explicarle que ella no había hecho nada de lo que la acusaban. Le parecía una persona íntegra y sabía que la escucharía antes de juzgarla. Reunió el suficiente valor para enfrentarse a él y se dirigió a la sala de juntas antes de perderlo. Dio unos ligeros golpes en la puerta y, sin esperar el permiso, la abrió. Para su sorpresa, Rodríguez estaba con él.

—¿Qué desea, señorita Gallardo? —preguntó André con gesto serio.

—¿Podría hablar con usted?

—No creo que tenga nada que hablar conmigo. El señor Rodríguez, su jefe directo en estos momentos, le ha dado unas instrucciones. Debe cumplirlas. —Su voz era serena y su mirada firme.

Los ojos de Marcia se llenaron de lágrimas de decepción. Cerró la puerta y se marchó de allí antes de derrumbarse por completo. André también la creía culpable, lo había visto en su mirada.

—No te molestes en hablar con él, de esta no te va a salvar por muy encandilado que lo tengas. Si esa era tu intención, te han fallado los cálculos —se regodeó Verónica, con la que casi tropezó al girarse.

Marcia optó por no contestar. No le daría la satisfacción de mostrarle la amargura que sentía.

Se dirigió a su mesa. Mientras cruzaba la oficina sintió sobre ella las miradas de sus compañeros y los cuchicheos de algunos. Los que siempre la habían desdeñado, los menos, se darían un festín, y los que la apreciaban, no darían la cara por ella. Tenían demasiado en juego para arriesgarse a perder.

Cuando llegó, el ordenador había desaparecido.

—Bossard ha pedido que se lo lleven a su despacho —le informó Fany.

Marcia se sintió más hundida aún. Él no quería darle la oportunidad de que pudiera manipularlo o borrar la información que la acusaba.

—Quiero que sepas que no creo nada de lo que dicen —añadió, mostrándole su apoyo sin importarle lo que pensarán los demás.

—Gracias —dijo Marcia con apenas un murmullo. Cogió su bolso y se marchó de allí lo más rápido que pudo.

Desde la ventana, André la vio salir del edificio con aire de derrota y se sintió abrumado por contradictorios sentimientos. Por una parte, estaba el deseo de consolarla, y por otra estaban las pruebas que la incriminaban y la duda que le corroía desde el principio: ¿y si su primera intuición era correcta y se trataba de una estafadora que había intentado seducirlo para salvarse del castigo si era descubierta?

Le había costado un enorme esfuerzo permanecer impasible mientras Rodríguez la acusaba, observando la inquietud en su rostro, teniendo que negarse a hablar con ella. Su dolor se le clavó como un puñal en el pecho. Sin embargo, hasta que descubriera la verdad, tenía que adoptar esa postura o pondría en peligro la investigación que estaba decidido a emprender. Esperaba que ella lo comprendiera.

Tenía que descubrir la verdad antes de inclinarse por lo que su corazón le dictaba.

Capítulo 17

Las lágrimas discurrían por sus mejillas, aunque Marcia no se molestó en limpiárselas. Caminaba por la calle sin rumbo fijo. Solo quería alejarse lo máximo posible de allí, como si al poner distancia de por medio consiguiera disminuir el dolor que sentía. No era así, porque cada vez le oprimía el corazón con mayor fuerza.

No sabía qué le dolía más, si la acusación de fraude o la decepción que André le había causado. ¡Ni se había dignado a escucharla! La creía tan culpable como los demás.

Ahogó un sollozo. Estaba en plena calle y algunos transeúntes la miraban con interés. Necesitaba hablar con alguien que la apreciara. En esos momentos necesitaba unos brazos cariñosos que la rodearan. Como sus padres estaban muy lejos, decidió ir a casa de Belén. Ella era su amiga y la comprendería.

Tomó un taxi y le dio la dirección. Cuando llegó, Belén estaba sola. Entre sollozos, y a grandes rasgos, le contó lo sucedido y la actitud de André.

—¿Ese tipejo no ha sido capaz de ponerse de tu lado con todo lo que has hecho por él? ¡Será cabrón! Si es que no se puede fiar una de nadie. —Se exaltó al escucharla.

Al contrario que otras veces, Marcia no defendió a André. Estaba demasiado indignada con él para encontrar algo positivo que decir.

—¿No pensarás quedarte de brazos cruzados? —la incitó Belén. La conocía bien y sabía que era una persona moderada que huía de las polémicas, pero esto era muy grave como para no luchar.

—¿Y qué puedo hacer? No tengo forma de demostrar que yo no he sido porque aparece mi clave en los registros y el dinero está en un número de cuenta a mi nombre. —La desesperación amenazaba con ahogarla. Quien estuviera detrás de esa maquinación lo había hecho muy bien.

—Algo se podrá hacer. Lo primero es contratar a un abogado que te defienda.

—Aún no me han acusado de nada. De momento, tengo que esperar.

A Belén le dolía verla tan abatida.

—Tranquila. Pronto descubrirán al culpable y todo acabará —intentó consolarla.

—No estoy tan segura de ello. Y aunque se descubra que no he sido yo, ya se ha formado bastante escándalo, ¿crees que van a permitir que me quede? Por otro lado, como estuve saliendo con Ramón poco antes de que descubrieran lo que había hecho, hasta pueden pensar que yo lo ayudé en esa ocasión.

—¿Quién va a pensarlo? Ese tipo nos engañó a todos. Ni yo, que soy experta en hombres, me di cuenta de que era una buena pieza. Guapo a rabiar, eso sí, pero un auténtico sinvergüenza.

Marcia hizo el intento de mostrarse animosa ante el empeño de su amiga por aliviar la tensión.

—No puedes darte por vencida. Tienes que explicarle a alguien de la empresa lo que ocurre: que te han tendido una trampa para echarte y que sabes quién ha sido —insistió Belén.

—No lo sé, solo lo sospecho. Y lo peor es que no lo puedo demostrar. Debe de haber alguien más implicado, tal vez de la misma oficina, estoy segura, porque Verónica no es tan estúpida de dejar un rastro claro detrás de ella. ¿Y a quién se lo voy a explicar? La única persona en la que confiaba era André y mira cómo se ha portado. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y no pudo continuar.

—¡Que le den a ese franchute rastrero! Tú ni caso. Total, no vas a volver a verlo.

Ante esas últimas palabras, a Marcia se le escapó un sollozo y ocultó el rostro entre las manos.

Belén hizo un gesto de extrañeza. Su fino olfato le decía que allí pasaba algo.

—A ver, ¿me puedes contar lo que ocurre? Y no me digas que nada porque pienso continuar insistiendo hasta saberlo.

Marcia negó mientras los sollozos aumentaban.

—A ver, ¿no te habrás enamorado de él? —preguntó recelosa.

Marcia no contestó, pero su silencio y la mirada huidiza lo dijeron todo.

—¡Anda mi madre, es verdad! —afirmó estupefacta—. Pues sí que estás bien jodida, maja. Mira que enamorarte de un gay.

Belén no salía de su asombro. Marcia había hecho cosas raras en su vida, aunque esa se llevaba la palma.

—¿Y cómo ha sido? ¿Habéis follado o algo así?

—¡No!... Solo algún roce... creo —tuvo que reconocer. Se limpió las

lágrimas, pero no pudo ocultar el sonrojo.

—¿Cómo que creo? ¿No lo sabes? —Belén no daba crédito a lo que estaba oyendo. Marcia siempre había sido algo cándida en esos temas, pero esto sobrepasaba con creces cualquier límite de ingenuidad—. Vamos, no debe de ser tan difícil. ¿Lo habéis hecho o no? Yo me enteraría a no ser que estuviera en coma, y aun así...

—Estaba durmiendo y... no sé si fue real o lo soñé —confesó avergonzada. Era una tonta y se merecía lo que le pasaba.

Belén se llevó las manos a la cabeza en un gesto teatral, muy propio de ella.

—¡No me lo puedo creer! Mira que has tenido siempre mal ojo con los hombres, pero con este te has superado a ti misma, chica.

—¿Quería verme, señor Bossard?

—Así es, Ortiz. Siéntese.

André le indicó una silla al recién llegado y lo observó con detenimiento. El hombre parecía bastante nervioso, aunque eso podría deberse al hecho de estar en presencia de un superior y a la misma tensión que se estaba viviendo en la oficina desde esa mañana.

—Si me permite, grabaremos la conversación. Es por si hay que presentarla ante un tribunal —informó André, y puso en marcha la grabadora.

El nerviosismo de Ortiz se acentuó.

—Diga si acepta ser grabado, por favor.

El hombre pareció dudar, pero no tuvo otra opción.

—Sí, acepto.

—Bien, empecemos. —André hizo una leve pausa y comenzó a hablar con voz alta y clara—: Tengo entendido que fue usted quien descubrió la duplicidad de los registros en las cuentas que lleva la señorita Gallardo, ¿es eso cierto?

—Lo es.

—Y, dígame, ¿cuándo fue y cómo llegó a detectarlos?

Ortiz se aclaró la garganta.

—La semana pasada. Descubrí lo que en principio me pareció un error y continué investigando.

—Pero ¿cómo lo descubrió? ¿Fue por casualidad, en una revisión rutinaria...? —insistió André. No quería dejar nada al azar.

—Sí..., eso es, en una revisión rutinaria.

—¿Y con cuánta periodicidad revisa usted los registros? Una vez al mes, dos...

—Una vez al mes es lo normal.

—Entonces admitirá que se le pasaron con anterioridad. Porque según los datos, esos «errores» se vienen dando desde tres meses atrás, a dos por mes.

—Pue... puede que se me pasaran, es cierto —admitió con voz poco firme. La frente se le perló de sudor, que se limpió con el dorso de la mano.

—¿Tres meses consecutivos? Es algo difícil de creer a no ser que no haga bien su trabajo. Ese tipo de despistes no se pueden consentir en un puesto como el suyo. —A André no se le pasó por alto la profunda conmoción que sus palabras provocaban en su interlocutor e incidió más en ello—. Me temo que es usted bastante inepto, Ortiz, y la empresa no puede admitir empleados que no realicen bien su trabajo.

—Se equivoca. En los años que llevo trabajando aquí nunca han tenido la menor queja. Puede preguntar al señor Rodríguez. Soy uno de los mejores empleados que tiene —se defendió con calor.

—Eso me ha comentado, por lo que no entiendo qué pudo ocurrir para que se mostrara tan negligente en esta ocasión.

Ortiz se vio atrapado. Si no decía la verdad lo acusarían de negligente y lo despedirían. ¿Quién lo contrataría? No podía consentirlo. Tenía cuarenta y ocho años y tres bocas que alimentar en su casa.

—Le voy a ser sincero, señor Bossard. Nunca he encontrado ningún error en los informes de la señorita Gallardo y, como le he dicho, los reviso todos los meses. La última vez fue hace veinte días y sus cuentas cuadraban a la perfección. No sé cómo han aparecido esas anomalías.

—¿Admite que hace veinte días todo era correcto y que los registros duplicados aparecieron cuando volvió a revisarlos la semana pasada? —André quiso asegurarse.

—En efecto.

—¿Y por qué decidió volver a revisarlos antes del mes?

—Fue... porque alguien me lo hizo notar.

—¿Alguien le alertó de las irregularidades en esos registros?

—Así es.

—¿Quién fue esa persona?

Ortiz dudó. Le sabía mal delatar a un compañero, pero estaba en juego su trabajo. Además, aquello tenía toda la pinta de una hábil maniobra para acusar a Marcia de un delito que probablemente no había cometido.

—Fue la señorita Marqués —admitió al fin.

—Explíquese —pidió André con autoritario gesto.

El hombre se decidió a contar toda la verdad, no solo porque veía peligrar su futuro en la empresa, también por deferencia hacia Marcia, que siempre lo había tratado con respeto y amabilidad.

—Veró... la señorita Marqués me comentó que, por casualidad, había reparado en esos dos registros duplicados. Le dije que era muy raro porque yo los habría visto, pero ella insistió en que debió de ser un despiste mío que me podía acarrear consecuencias, y me hizo dudar. También me aconsejó que volviera a revisar los informes anteriores de la señorita Gallardo por si había más anomalías. Fue cuando lo hice y descubrí los otros. Me extrañó mucho porque no comprendía cómo se me habían pasado en su momento. Nunca me había ocurrido algo así, créame. Lo estuve meditando, pero no lograba dar con la solución, así que me limité a presentar el informe a mi superior.

—Ha hecho bien en decir la verdad, Ortiz. Ahora le agradecería que no comentara con nadie el contenido de la conversación. Puede marcharse.

—Descuide, señor Bossard; no diré nada. Gracias.

El hombre se levantó y salió de allí más tranquilo.

André quedó pensativo. Aunque Marcia podía haber alterado esos registros, estaba convencido de que no había sido ella. Las palabras de Ortiz reforzaban ese convencimiento y también hacían que sus sospechas comenzaran a cuadrar. Verónica Marqués había sido la instigadora, sin duda, pero no podía haberlo hecho sola. Se necesitaban grandes conocimientos de informática para alterar los registros sin dejar huella, ni teniendo la clave de esa persona. Y estaba el asunto de la cuenta bancaria, que Marcia negaba haber abierto.

No cabía duda de que alguien la había ayudado, lo difícil sería averiguar de quién se trataba. Sus sospechas se inclinaron en primer lugar por Marcial, el informático que trabajaba en la oficina, pero algo le decía que no se trataba de él. Llevaba en la empresa muchos años y nunca habían tenido queja de él. Tampoco creía que Verónica hubiese implicado a alguien de allí, que la mayoría conocía y apreciaba a Marcia. Era más inteligente recurrir a una

persona de fuera.

Al no poder confiar en nadie de la oficina, había enviado el ordenador por mensajería urgente a la central en París para que lo analizaran. Esperaba tener el resultado en un par de días.

Le hubiera gustado ver a Marcia o llamarla para decirle que creía en su inocencia, pero su ética profesional le impedía mantener el menor contacto hasta que el embrollo estuviese resuelto y pudiera demostrar que estaba en lo cierto.

Debía de estar muy disgustada con él por la forma en la que la había tratado. Esperaba que comprendiera que era necesario para no alertar a los verdaderos culpables. Cuando el conflicto estuviese resuelto, sería el momento de dar explicaciones... y de todo tipo.

Sonrió al imaginar la sorpresa de Marcia cuando le desvelase que no era lo que ella se imaginaba.

Capítulo 18

André estaba impaciente y, a primera hora de la mañana siguiente, llamó al informático al que le había enviado el ordenador.

—¿Has logrado descubrir algo interesante, Pierre? —preguntó con voz ansiosa a su interlocutor, que se hallaba al otro lado de la línea telefónica.

—Bastantes cosas para el poco tiempo que he tenido. Hace apenas una hora que me lo han entregado.

—Sé que eres el mejor. Cuéntame.

—No cabe duda de que la persona que ha manipulado el ordenador es buena, pero no tanto como yo. Y aunque ha cubierto su rastro bastante bien, ha dejado algunas miguitas por el camino.

—¿Y son...? —Ardía en deseos de escuchar que Marcia estaba libre de sospechas.

—He descubierto cuándo se editaron esos registros, fecha y hora, y también he logrado recuperar parte de los originales.

—Bien hecho. ¿Cuándo fue?

—El jueves pasado entre las diecinueve treinta y dos y las diecinueve cuarenta y seis.

André volvió a respirar con normalidad. Quedaba probado que Marcia no lo hizo porque a esa hora estaba con él.

—¿Cómo consiguieron sus claves de acceso? —indagó. Cada empleado tenía una clave personal para operar con el programa informático, la cual permitía saber en todo momento quién había hecho ese trabajo.

—Introdujeron un programa espía que controla las pulsaciones del teclado. Lo eliminaron, aunque han quedado algunos rastros en oscuros rincones que un experto como yo logra descubrir. ¿Y sabes una cosa? He tirado del hilo y me ha dado una dirección IP.

—Eso es estupendo. ¿Se puede saber el nombre o la dirección a la que pertenece? —André estaba entusiasmado. En unas horas descubriría al culpable.

—No solo se puede, ya la tengo. Lo malo es que se trata de una cafetería que tiene conexión wifi abierta. Está en la calle Trafalgar, número 32, de esa misma ciudad.

André frunció el ceño. La cosa no iba a resultar tan fácil como esperaba porque cualquiera con un portátil podía haberlo hecho. Eso tampoco descartaba a Marcia, solo indicaba que tenía un cómplice.

—¿Qué conocimientos debe poseer una persona para hacer un trabajo de ese tipo? —quiso saber.

—¿Quieres decir que si es necesario ser un *hacker* competente?

—Exacto.

—No, no lo es. Ni siquiera se requiere ser ingeniero informático para meter las narices en un ordenador ajeno. Con unos mínimos conocimientos de programación es suficiente, el resto se puede aprender navegando por la red.

—Entiendo. Otra cosa, ¿cómo introdujeron el programa espía?

—Tuvieron que instalarlo, descargándolo de internet o copiándolo de algún dispositivo externo. El proceso es sencillo y rápido.

—Pero se tiene que hacer desde el ordenador, ¿no es así?

—Así es. Hay que instalarlo en el disco duro del terminal que se quiere espiar. Se puede instalar con solo pinchar en un enlace y aceptar la instalación o bien copiando el archivo en el disco duro e instalando el programa.

—¿Y la persona que utiliza el ordenador lo pudo instalar sin darse cuenta?

—Desde luego, es lo más usual. La mayoría de estos programas vienen camuflados como actualizaciones de *software*, que el usuario instala sin darse cuenta al visitar algunas páginas web con contenido malicioso o al abrir un archivo creyendo que se trata de otra cosa. No obstante, lo más fácil es copiar el programa.

André reflexionó. Cualquiera de la oficina tuvo ocasión de hacerlo. Incluso la misma Marcia pudo facilitar la entrada al *hacker* sin advertirlo.

—¿Y para acceder al ordenador es necesario que esté encendido?

—No. Se puede programar para que se encienda a una hora determinada siempre que esté conectado a la red.

—¿Y cómo lo eliminaron? ¿Por control remoto?

—Es una de las formas, pero si no quieres que cualquiera pueda descubrirlo, se deben borrar los rastros de esa desinstalación, y hay que hacerlo desde el ordenador.

Esa información le dio a André una idea.

—¿Se puede saber a qué hora fue borrado?

—Sí, fue el jueves a las veinte y dos minutos.

André recordó que había dejado a Marcia en su casa poco antes de las ocho.

—¿Y los ingresos en la cuenta? —necesitaba atar todos los cabos para confirmar sus sospechas.

—Sencillo. Debieron abrir una a su nombre y desviaron los pagos.

—¿Eso se puede hacer? Quiero decir... ¿sin el consentimiento del titular?

—Si se tienen los datos personales, imagino que no hay problema. Los bancos están locos por captar clientes y no ponen objeciones a todo lo que sea ingresos de efectivo. Ahora, pídele un préstamo y verás los inconvenientes que te ponen.

André se sentía satisfecho. Aunque no podía descartar la implicación de Marcia, los indicios apuntaban en otra dirección.

—Buen trabajo, Pierre. Mándame un informe detallado.

—Ya lo tienes en tu bandeja de entrada.

—Gracias. Te debo una.

—Con una invitación a unas copas me doy por pagado.

—Eso está hecho.

André colgó bastante animado. Si Verónica era la instigadora como sospechaba, se tuvo que encargar de desinstalar el programa espía, y para ello debía de estar en la oficina a esa hora. Debía averiguarlo.

En cuanto al experto informático que había hecho ese trabajo, tenía que descubrirlo y conseguir su confesión para librar a Marcia de toda culpa, porque no dudaba de que Verónica lo negara todo en cuanto la interrogara. La cuestión era cómo conseguirlo. Un local con conexión gratis a internet debía tener muchos clientes. Sería como encontrar una aguja en un pajar. La única forma que se le ocurría para averiguarlo era vigilar a Verónica. Acabaría cometiendo un error, se pondría nerviosa y se delataría o lo llevaría hasta esa persona.

Dispuesto a ello, averiguó qué vigilante de seguridad se encontraba el jueves anterior trabajando y lo llamó por teléfono. Este le confirmó que la señorita Marqués se había quedado esa noche a trabajar y que se había marchado pasadas las ocho de la noche. Lo que le extrañó porque nunca se quedaba una vez finalizada la jornada de trabajo, marchándose la mayoría de los días un buen rato antes.

Con otra prueba de que Verónica estaba detrás de aquella trama, se

decidió a vigilarla. Contrató a un detective privado para que la siguiera al salir de la oficina y lo informara de sus movimientos, con el convencimiento de que conseguiría descubrir la verdad.

Lo peor de todo era no poder hablar con Marcia y explicarle lo que había averiguado para aliviar su preocupación. Pero no podía arriesgarse a alertar a Verónica y ver malogrados sus planes. Para alejar toda sospecha de ella, debía conseguir pruebas que implicaran a la auténtica responsable y a su cómplice.

Ajena a los manejos de André, Marcia estaba sumida en una profunda tristeza. Belén le aconsejó que se marchara a casa de sus padres hasta que se resolviera todo, pero ella no quería hacerlo. No iba a preocuparlos con sus tribulaciones. Ya tendrían tiempo de enterarse cuando todo saliera a la luz.

Pasaba el día pendiente del teléfono, temiendo y anhelando, al mismo tiempo, que sonara; temor por si llamaban para despedirla o algo peor y anhelando una llamada de André para interesarse por ella.

La única persona que llamaba era Belén, con tanta frecuencia que solía cortarla aduciendo que necesitaba la línea libre. También porque ya estaba cansada de oír sus consejos o los reproches hacia André. «¿Por qué me empeño en defenderlo después de la cabronada que me ha hecho?», se preguntaba constantemente.

Las primeras notas de *Streets of Philadelphia* comenzaron a sonar y Marcia cogió el móvil que tenía sobre la mesita de la cocina. Por lo general, lo dejaba sonar hasta escuchar la voz de Bruce Springsteen, que le provocaba un suspiro de satisfacción. En esos momentos, ni su cantante favorito lograría animarla.

No se trataba de Belén, como temía.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien, cielo. ¿Y tú?

—Bastante liada, como siempre.

Marcia no quería prolongar en exceso la conversación. Su madre tenía tendencia a alargarla contándole todos los chismes del pueblo y quejándose de su, según ella, delicado estado de salud. El que solo la llamara un par de veces por semana era una gran suerte.

—¿Cómo están papá y los chicos? —se interesó antes de que su madre

comenzase a hablar de sus achaques.

—Tu padre como un roble y tus hermanos tan atolondrados como siempre. No acaban de superar la edad del pavo. Fíjate que les ha dado por decir que quieren ingresar en el ejército. ¡Menuda tontería!

Marcia sonrió. A los quince años de tenerla a ella, y cuando sus padres ya habían perdido la esperanza de concebir más hijos, llegaron Javier y Sergio, los revoltosos mellizos, que habían puesto la vida de toda la familia patas arriba. Ahora, con diecisiete años, continuaban proporcionándoles muchas alegrías y algunos quebraderos de cabeza.

—Ya se les pasará, no te preocupes. Es normal, son unos adolescentes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¿Es que quieres que se dediquen a una profesión tan peligrosa como esa? Vamos, para que los manden a Irak o Afganistán y me los devuelvan en una bolsa de plástico.

—No exageres, por favor. —Su madre poniéndose en lo peor, como siempre—. Creo que ves demasiadas películas americanas. Tendré que aconsejarle a papá que cambie de género, porque ese os está afectando.

—No exagero. ¿Recuerdas lo que le pasó al hijo de Adela, la que tiene la mercería en la plaza mayor? —Montse no le dio opción a contestar, como acostumbraba, y continuó hablando—. Pues que lo mataron en Kosovo al poco de mandarlo allí. La pobrecilla no se ha repuesto y eso que han pasado más de diez años.

—Hay otros trabajos más peligrosos que ese.

—No como una guerra, ¿o no recuerdas lo que contaba la abuela? Las penalidades que tuvo que pasar la pobrecilla y toda su familia. Hasta le mataron a un tío en el frente, ya lo sabes —se lamentó, y se le escapó un sollozo.

Marcia gimió. Cuando su madre se ponía en plan nostálgica se podían pasar horas, y no estaba para aguantar sus lloriqueos ahora.

—Olvidalo, mamá. Ya no estamos en aquellos tiempos.

—Yo trato de quitárselo de la cabeza, pero tu padre, para llevarme la contraria, los alienta. Así que haz el favor de hablar con ellos y aconsejarles que se dejen de tonterías con el dichoso ejército; a los tres, que a mí no me hacen caso ninguno de ellos, como siempre —se quejó con un fuerte resoplido.

—Lo haré. Este próximo fin de semana intentaré ir —prometió. Para entonces ya sabría algo y prefería decírselo en persona.

—Nos gustará verte, cariño. Hace casi un mes que no vienes —le

reprochó de forma velada, como solía hacer—. Y dime, ¿cómo te lo pasaste en la sierra con tus amigos de la oficina?

Marcia se arrepintió de haberle contado con anterioridad los planes para el fin de semana. Al menos había omitido que iba sola con André, de lo cual se felicitaba. No quería que comenzara a hacerse ilusiones. Ya bastante la machacaba con él: «Ya va siendo hora de que te busques un novio. Todas tus amigas están casadas o a punto de hacerlo. A ver si voy a morirme sin poder acunar a un nieto entre mis brazos...».

—Fue entretenido.

—Tienes que traerlos algún día para que los conozcamos. No hay alguno especial... ya me entiendes.

«Ya empieza con su tema favorito», se dijo Marcia.

—No, mamá; nadie es especial. No preguntes más. Cuando lo haya, tú serás la primera en saberlo, te lo prometo —respondió con cierta acidez. La conversación estaba tomando unos derroteros que no le gustaban.

—Eso espero, porque ya va siendo hora. Tienes una edad que...

Marcia la cortó antes de que comenzara con el típico sonsonete.

—Lo siento, tengo una llamada en espera. Ya te avisaré si al final voy el sábado. Un beso.

—Vale, hija. Un beso.

Marcia se sentía culpable por haber colgado a su madre y, sobre todo, por haberle mentado, pero no deseaba preocuparla antes de tiempo. ¿Cómo decirle que estaban a punto de despedirla y, tal vez, de acusarla de fraude? Por no hablar de los más de seis mil euros que se suponía que había robado y que tendría que devolver.

Capítulo 19

—¿Dígame?

—Buenos días, señor Bossard. Soy Raúl Cerón, de RCA Detectives.

—Buenos días. Infórmeme, por favor —pidió André impaciente.

—Le he remitido a la dirección de correo que nos facilitó un informe detallado de la persona bajo vigilancia, así como de sus actividades durante estos tres días, incluyendo testimonios gráficos y sonoros. También le adjuntamos toda la información que hemos podido recabar sobre las personas con las que se ha entrevistado y transcripción de las conversaciones interceptadas.

—Gracias. Continúen con la vigilancia hasta que los avise.

—Como usted diga.

André abrió el correo electrónico con ansiedad. En efecto, había un mensaje de la agencia de detectives a la que había encargado la vigilancia de Verónica Marqués con la esperanza de que encontrarán pruebas de su implicación en la falsa acusación a Marcia y para descubrir a sus cómplices.

Comenzó a leer con avidez. El minucioso informe detallaba minuto a minuto el trabajo de los detectives. Durante los dos primeros días de seguimiento, Verónica se había limitado a ir al trabajo, comer con un par de compañeros y realizar algunas compras en perfumerías y tiendas de ropa antes de llegar al apartamento que ocupaba en una céntrica calle de la ciudad. Pero la tarde anterior varió su rutina y se vio con un hombre en un pequeño bar de la zona antigua. En las fotos y en el vídeo que les habían tomado, se les veía charlando y en actitud cariñosa.

Siguieron al hombre y descubrieron que se trataba de Pedro Nogués, de cuarenta y tres años, casado y con dos hijos de corta edad, que vivía en una urbanización a las afueras de la ciudad y que trabajaba en un banco ubicado en la misma calle que la cafetería desde la que se había accedido al ordenador de Marcia.

La conversación que ambos mantuvieron, y que se escuchaba con bastante nitidez en el vídeo grabado por la cámara oculta, era la prueba acusatoria definitiva.

—...Está todo controlado, no te inquietes. Borré del ordenador los

rastros que nos implicaban como me dijiste. Nadie sabrá que se manipuló.

—Me estoy jugando mucho, Verónica. Hemos cometido un delito, ¿no te das cuenta? ¿Y si la policía investiga?

—No lo hará porque nadie va a denunciar a Marcia. La obligarán a devolver el dinero y la despedirán, que es lo que pretendía desde el principio. A la empresa no le interesa levantar un escándalo. Y ahora menos que nunca, con la adquisición por la multinacional en trámite. Relájate, anda, y dame un beso. Estos días sin verte han sido un auténtico martirio...

«Te he pillado», se dijo André con satisfacción. Ahora solo tenía que obligarla a confesar... o a él. Le daba la impresión de que su cómplice iba a ser más fácil de persuadir.

Grabó en una *tablet* la información recibida y salió de la oficina. Miró el reloj. Apenas pasaban unos minutos de las diez de la mañana. Si Nogués había acudido a su trabajo, lo encontraría en él. Y si había salido, lo esperaría. Conocía su rostro. Sería fácil localizarlo.

En pocos minutos, llegó a la entidad bancaria. Entró en la oficina y descubrió al hombre sentado en una mesa atendiendo a un cliente. Esperó. Cuando le tocó su turno, se acercó y lo saludó.

—Buenos días, señor Nogués. Soy André Bossard. Tal vez haya oído hablar de mí.

—Lo siento, señor Bossard, pero no recuerdo...

—Es posible que Verónica Marqués no le haya mencionado mi nombre, pero no cabe duda de que le habrá hablado de Marcia Gallardo, su compañera de trabajo en la compañía aseguradora Peninsular, ¿no es cierto?

Ante la mención de Verónica, el hombre empalideció y miró alrededor con gesto nervioso.

—No... no conozco a esas señoritas —negó.

—Yo creo que sí.

André sacó la *tablet* y le mostró algunas fotografías en las que ambos aparecían juntos.

—¿Continúa negando que conoce a la señorita Marqués? —preguntó con un claro acento de amenaza en la voz.

La palidez del hombre se convirtió en cadavérica al ver las imágenes. Miró a su interlocutor con expresión de terror y una manifiesta súplica.

—¿Le parece que busquemos un sitio más tranquilo para hablar? —sugirió André. A él tampoco le interesaba que se aireara el tema.

Nogués asintió y se levantó.

—Voy a tomar un café, Eva —advirtió a una mujer que ocupaba una mesa contigua a la suya.

—A mí me quedan diez minutos. Si me esperas, te acompaño —sugirió ella.

—No puedo. Otro día —contestó de forma evasiva y salió seguido por André.

Una vez en la calle, André le mostró el coche aparcado a unos metros y hacia allí se dirigieron.

—Me da la impresión de que se ha metido en un buen lío, Nogués.

El hombre se recobró en parte y le plantó cara.

—No sé de qué está hablando. Conozco a Verónica, pero eso no es de su incumbencia.

—Lo es ya que entre ambos han cometido un delito que afecta a la empresa en la que trabajo, y han intentado hacer responsable de él a una persona inocente; amiga mía, por si no lo sabía.

—Eso es... falso. Yo no...

André puso el vídeo en el que se les escuchaba hablar de ello. Nogués lo miró horrorizado.

—¿Quiere continuar viéndolo? —preguntó a los pocos segundos. El otro hizo un gesto de negación con la cabeza—. Eso pensaba. ¿Comprende a lo que me refería al decir que estaba en un buen lío?

Nogués asintió.

—Yo no quería hacerlo, pero Verónica me obligó. Me dijo que le contaría a mi mujer lo nuestro y tuve que acceder —explicó en un desesperado intento por eludir la culpa.

André no sintió la menor compasión por un cobarde como aquel, que intentaba hacerse la víctima para salir airoso.

—Imagino que a la policía no le importarán los motivos que tuvo para hacerlo. Usted ha cometido un delito y pagará por ello...

—Por favor, señor Bossard, no me denuncie. ¿Qué será de mi familia? Tengo mujer y dos hijos que dependen de mí —lo interrumpió con voz suplicante, a punto de echarse a llorar.

—...A menos que esté dispuesto a confesar lo que ha hecho, delatar a su compañera y exculpar a la señorita Gallardo.

—Lo haré, pero debe prometerme que no me denunciarán.

—Intentaré convencer a mis superiores de que todo se lleve de forma discreta. Su familia no tiene que pagar las consecuencias de sus errores — admitió André.

Si no hubiese sido por ello y porque deseaba evitarle a Marcia el mal trago de pasar por un juicio, estaría encantado de poner el caso en manos de la justicia. Esos dos merecían un castigo ejemplar.

—Le diré lo que va a hacer —continuó André, asqueado por la cara de pánico del otro—. Firmará una declaración en la que confiese lo que ha hecho y forzaré a la señorita Marqués a que también lo haga. En caso contrario, no dudaré en entregar a la policía todo el material que tengo y el que continúe consiguiendo para que se encargue de ustedes. Con todo ello no se librarán de la cárcel, que es donde se merecen estar.

—Haré lo que usted diga —le aseguró Nogués abatido.

—Bien dicho. Iremos a un notario, donde le prepararán el escrito. Diga en su trabajo que debe marcharse. Invéntese la excusa que crea oportuna. Lo esperaré.

Una hora más tarde, en presencia de Rodríguez y con la confesión de Nogués sobre la mesa, André llamó a Verónica a su despacho. Ella se apresuró a acudir, imaginando que deseaba informarle de su inmediato ascenso. Cuando entró en la sala y vio a su cómplice sentado a la mesa, sintió como si un puño se hubiese estrellado en su rostro.

—Maldito imbécil, ¿qué has dicho? —le espetó hirviendo de rabia.

—Siéntese, señorita Marqués. Tenemos mucho de qué hablar —la invitó André con regocijo. Pensaba disfrutar todo lo que pudiera de ese momento tras los días de incertidumbre que le había hecho pasar. Era una pena que Marcia no estuviera allí para presenciarlo.

No le llevó mucho tiempo conseguir que firmara su confesión y la renuncia a la indemnización que le correspondía por despido, que se haría efectivo de forma inmediata.

André respiró satisfecho. Ahora le quedaba una batalla más dura que lidiar: explicarle a Marcia lo sucedido y conseguir que lo perdonase por no haberla defendido públicamente desde el primer momento.

Capítulo 20

Marcia intentaba mantenerse ocupada para no caer en la desolación. Por ello, durante esos días había desarrollado una actividad frenética. Salía a correr a diario durante más de una hora, había limpiado y vuelto a limpiar el pequeño apartamento, escuchaba música, que solía relajarla... Otra actividad que la mantenía ocupada era cocinar. Nunca le había gustado, pero ahora le servía para evadirse de sus pesadumbres ya que no necesitaba de una gran concentración para elaborar las diferentes recetas.

Fue una tarde a casa de Belén y regresó más deprimida aún, por lo que no volvió. Su amiga intentaba animarla sin éxito. Le insistía en que buscara un buen abogado que le asesorara por si las cosas se complicaban, pero ella prefería esperar. A pesar de que con cada día que pasaba el futuro parecía más negro, guardaba la esperanza de que se demostrara su inocencia y se descubriese al verdadero culpable.

Belén le buscó una cita, confiando en que se distraería y le ayudaría a superar su enamoramiento de André.

—Oscar dice que es un chico estupendo. Lo conoce desde hace dos años, que lleva frecuentando el gimnasio, y se han hecho buenos amigos. Se llama Moisés y es funcionario de Hacienda. Nos hace gratis la declaración de la renta y todo. Un encanto, ya te digo —le explicó orgullosa.

—Tampoco os está haciendo un favor. A mí me la hacen gratis también. Solo tienes que pedir hora.

—Vale, pero me da más confianza que sea un amigo. Ya sabes que los de Hacienda siempre barren para su terreno. Están adiestrados para ello, como los perros pastores, que no se les escapa ni una oveja.

—Si tú lo dices...

—Claro. Mira que eres inocentona, chica. ¡Así te va! —Belén pensaba que su amiga era demasiado confiada con la gente y eso la exasperaba.

—Ya lo sé, no hace falta que continúes metiendo el dedo en la llaga.

—No lo digo por eso, que también. Solo quiero ayudarte. Estoy muy preocupada por ti.

Marcia sabía que su interés era sincero y se lo agradecía, pero se equivocaba de método. Lo que menos necesitaba ahora era conocer a alguien.

—Tienes que animarte. Moisés es un chico muy agradable. No es que sea un bombonazo como ese Bossard, pero es un hombre de verdad. Tuvo un par de novias, aunque no por mucho tiempo. No me explico qué ocurrió porque es muy majo.

—El que haya tenido novias no garantiza que no sienta otras inclinaciones, y el que no consiguiera mantenerlas es un punto en su contra —le hizo notar Marcia—. De todas formas, no me apetece. Gracias.

—Como quieras, aunque creo que te equivocas. Ya sabes: a rey muerto, rey puesto. ¿O sería mejor decir a reinona muerta...? —Y sofocó una risita.

—No tiene gracia, Belén —le espetó enojada. Ya se estaba cansando de sus bromas a costa de la condición sexual de André.

—Solo intento poner alegría en esa cara tan seria, chica. Créeme, tómatelo con humor y así conseguirás superarlo antes.

Tal vez Belén llevaba razón, se decía Marcia, pero ya tenía demasiados problemas como para crearse otros nuevos. Por suerte, no volvió a insistir con el tema de la cita con el funcionario de Hacienda ni con ningún otro. ¡Qué descanso!

El sonido del móvil sobresaltó a Marcia mientras medía la cantidad de harina que la receta del *brownie* de chocolate le indicaba. Pensando que se trataba de Belén o de su madre, lo cogió sin mirar el número que llamaba.

—¿Sí?

—¿Señorita Gallardo?

Marcia reconoció la voz de Rodríguez y un creciente temor la embargó.

—Sí, soy yo. Dígame —contestó conteniendo la respiración.

—Soy Lorenzo Rodríguez. Estamos interesados en hablar con usted. ¿Podría pasarse por las oficinas esta misma mañana?

Marcia no detectó nada especial en su tono de voz, lo que no la tranquilizó en absoluto. ¿Querían comunicarle que estaba despedida y que pensaban acusarla de fraude?

—De acuerdo. ¿Debo ir acompañada de mi abogado o no es necesario? —preguntó con expectación.

—Creo que no será necesario.

Esa ambigua respuesta tampoco le decía nada, pero resultaba menos

amenazadora. Puede que no piensan denunciarla, algo lógico porque desearían evitar un escándalo, pero sí despedirla y exigirle que devolviera la cantidad sustraída.

—Estaré allí dentro de dos horas.

Marcia se recomendó prudencia. No debía hacerse demasiadas ilusiones porque la posibilidad de acabar en la cárcel acusada de robo no estaba descartada.

Algo más sosegada que antes de recibir la llamada, se dirigió al baño. Tenía poco tiempo para arreglarse y quería aparecer deslumbrante. Si pensaban despedirla o, peor aún, denunciarla, no les daría la satisfacción de verla derrotada. No iba a permitir que ese mamarracho de Rodríguez y el resto de impresentables que desconfiaban de ella, incluido André, descubrieran los días tan amargos que estaba pasando.

Como en todo ese tiempo se había olvidado de cuidar su aspecto, tuvo que emplearse a fondo. Se lavó el pelo con el champú tan caro que Belén le había obligado a comprar y que proporcionaba volumen y brillo extra. Se puso una mascarilla de arándanos, que mitigaba el cansancio y alisaba el cutis y se depiló las cejas y las piernas.

Eligió un vestido corto de tirantes y generoso escote, que marcaba sus curvas de una forma muy sensual, y se maquilló con esmero. Remató el atuendo con unos altos tacones que le proporcionaban un andar voluptuoso.

Se negó a reconocer que ese esfuerzo lo hacía en especial para impresionar a André, al que tenía la esperanza de ver, porque eso quería decir que era tonta de remate. A él le daba igual si iba con un hábito de monja. ¿Es que no le había demostrado que no estaba interesado en ella? Es más, si le quedaba algo de orgullo, y teniendo en cuenta cómo se había portado estos últimos días, debería de estar odiándolo y no pensando en ponerse guapa para él.

Cuando entró en las oficinas se dirigió de inmediato al despacho de Rodríguez.

—Pase y siéntese, por favor —le indicó el director cuando ella abrió la puerta.

Rodríguez estaba solo en el despacho y Marcia se sintió algo decepcionada. O André ya había terminado su trabajo y estaba de regreso en París, o no quería verse involucrado en la decisión que la empresa había tomado. Se sentó y esperó.

Rodríguez carraspeó antes de hablar.

—En primer lugar, me gustaría disculparme si en algún momento sospeché de usted, aunque debe reconocer que las pruebas en su contra eran abrumadoras —comenzó a decir con voz vacilante y desviando continuamente la mirada. Se le veía algo sofocado.

Marcia procesó las palabras con toda la rapidez que su conmocionado cerebro le permitió. Si se estaba disculpando era porque...

—¿Quiere decir que han descubierto a la persona que alteró los registros e ingresó el dinero en una cuenta a mi nombre? —dijo con el corazón acelerado.

—En efecto, y se ha descartado su implicación. Está libre de toda sospecha y puede regresar a su puesto. Asimismo, quería informarle de que no se le descontarán los días que ha estado... ausente.

Marcia temió ahogarse de pura emoción.

—¿Puedo saber quién es esa persona? —preguntó al poco, cuando consiguió serenarse.

Rodríguez pareció algo reacio, pero acabó confesando. Antes o después se enteraría.

—Se trata de Veró... la señorita Marqués. Ella... tenía un cómplice que la ayudó a alterar los registros —admitió con esfuerzo.

Marcia sintió un gran júbilo interior. Sus sospechas eran ciertas y la trepa de Verónica había sido descubierta. Si le hubiera tocado el gordo en la lotería de Navidad no estaría tan feliz.

—Como imaginará, ha sido despedida de inmediato y sin ningún tipo de indemnización. Sin embargo, y por el bien de la empresa, se ha decidido no emprender ningún tipo de demanda judicial contra ellos. Ya sabe que los escándalos no benefician a la imagen de la compañía, y menos ahora con la fusión a la vista. Por ese motivo, le agradeceríamos que como persona afectada tampoco lo hiciera ni divulgara lo ocurrido. —Le avergonzaba reconocer que esa harpía lo había engañado, como a casi todos los de la oficina.

Marcia no pudo contener una gran sonrisa ante la expresión del hombre. Verónica se había reído de él y esa humillación era difícil de digerir. Por su parte, no tenía interés en prolongar este desagradable asunto, aunque en un primer momento pensara en hacerlo. Con despedir a la intrigante de Verónica y haber limpiado su nombre de toda sospecha se daba por resarcida; lo que, de

momento, no pensaba compartir con Rodríguez. No le vendría mal unos días de incertidumbre. Se lo merecía por crédulo e incompetente.

—Si no le importa, me voy a tomar un tiempo para reponerme de la tensión sufrida —indicó, y su tono de voz no daba opción a una negativa. Se lo debían por haberle hecho pasar aquel calvario.

—Sí, por supuesto. Es lógico. Tómese los días de descanso que necesite, por favor —aceptó Rodríguez de inmediato.

Marcia salió del despacho con una expresión de satisfacción en el rostro como hacía años que no se le veía. Algunos compañeros la saludaron con cierta incomodidad, avergonzados de haber desconfiado de ella, otros se mostraron eufóricos, como Fany.

—¡Por fin se ha solucionado el malentendido! Aunque yo nunca dudé de ti.

—Gracias. ¿Lo saben los demás?

—Sí. Para la mayoría no ha sido una sorpresa. Nos habíamos dado cuenta de que Verónica deseaba ese puesto por encima de todo y de que estaba dispuesta a cualquier cosa por conseguirlo. Uno de los más sorprendidos ha sido Rodríguez. ¡No lo creyó hasta que la oyó admitirlo! —Fany rio con ganas.

—Yo también me alegro de que se haya descubierto al responsable. Estoy feliz de regresar. —Marcia no mentía. Su trabajo representaba una parte importante de su vida y ahora, sin la presencia de Verónica, sería mucho más llevadero.

—Y nosotros de que lo hagas. No veas los días que nos ha dado la buena señora, teniendo que escuchar a cada momento cómo te calumniaba cuando había sido ella. ¡Qué hipócrita! Y encima tiene suerte porque no la piensan denunciar. Si no fuera porque ha tenido que renunciar a la compensación por despido, se habría ido de rositas —se quejó con fastidio, segura de que cualquier otro ya estaría entre rejas—. ¿Tú no piensas demandarla?

—No merece la pena, Fany. Prefiero dejar las cosas como están. No quiero más disgustos. Solo deseo volver a recuperar mi trabajo —contestó convencida—. ¿Cómo la descubrieron?

—Mandaron tu ordenador a París, a las oficinas centrales de LEF Assurances, y los informáticos de allí lo descubrieron. No es tan lista como creía. De todas formas, Rodríguez no ha dado ninguna explicación. No quiere que se hable de ello y menos que se comente fuera de la oficina.

—Eso me ha dicho. Da mala imagen. ¿Y el señor Bossard? —preguntó

cómo al descuido. No quería dar la impresión de ansiedad.

—Se ha marchado apenas unos minutos antes de que tú llegaras. Creo que ya ha terminado aquí.

Marcia hizo un esfuerzo por ocultar la gran decepción que sentía. André se había marchado sin despedirse de ella. Le importaba tan poco que ni había querido esperar para verla.

Se despidió de los compañeros y se marchó. No se sentía con ánimos de enredarse en comentarios sobre el escándalo, algo que todos parecían estar deseando. Nunca le habían gustado los cotilleos y ahora no iba a comenzar por mucho que Verónica se lo mereciera. Con haberse librado de ella ya era suficiente para estar satisfecha.

Cuando salió de la oficina se dirigió a casa de Belén. Estaba deseando contarle las buenas noticias y quería hacerlo en persona.

—¡No me digas! ¡La muy zorra! Mira que hay que ser dañina para organizar toda esa movida. ¿Y cómo que no la piensan denunciar? ¡No me lo puedo creer, Marcia! Esa tendría que ir a la cárcel por unos cuantos años junto con su compinche.

—Déjala, ya tiene bastante con saber que no va a volver a trabajar en el sector de los seguros. Estas cosas se propagan y nadie se atreverá a contratarla.

—Pues tú deberías denunciarla por daño moral o algo así y sacarle una buena pasta. Es lo mínimo por el mal trago que te ha hecho pasar —insistió. Le ponía furiosa que hubiese gente con tan pocos escrúpulos como para hacer algo así y que, al final, se librasen con solo un tirón de orejas.

—¿Y enredarme varios años en juicios por unos miles de euros? No, gracias. Mejor me olvido. Además, con ella fuera de juego tengo el ascenso casi asegurado, con lo que cobraré más.

—Mira que eres blanda, hija. Si me llega a ocurrir a mí no habría parado hasta exprimirla bien. Es lo que se merece por víbora.

—Puede ser...

—¿Y que ha sido del come-*croissants* ese? ¿Te ha pedido ya disculpas? Marcia torció el gesto.

—No lo he visto. Creo que se ha marchado.

—¿Cómo?! ¡Será cobarde! Sale huyendo con el rabo entre las piernas, como todos los de su calaña. Muy amiguitos para cuando a él le interesaba y luego, si te he visto no me acuerdo.

Belén era muy dada a los refranes y las frases hechas, algo que exasperaba a Marcia máxime cuando se refería a André. ¿Por qué continuaba defendiéndolo si se había portado como un cerdo desde el primer momento, temiendo involucrarse por si se veía salpicado?

—Nena, esto hay que celebrarlo. Mañana salimos de juerga por ahí y pillamos una buena cogorza —continuó Belén alborotada.

—Pero si apenas puedes moverte —rio Marcia.

—¿Quién lo ha dicho? Tú no sabes de lo que soy capaz.

—Anda que no lo sé. Si nos conocemos desde que nos salieron los dientes de leche y te he visto hacer cosas de las que prefiero no acordarme —apostillo con un leve sonrojo—, pero no puedo. Le dije a mi madre que iría a visitarlos. Hace más de un mes que fui al pueblo.

—Está bien. La familia es lo primero. Pero la próxima semana no te libras. Invitas tú.

—Encantada. Va a ser una celebración por todo lo alto. No todos los días se libra una de ir a la cárcel, de una rival traicionera y conserva el trabajo —dijo entre risas.

—Sin olvidar el ascenso que tienes asegurado —añadió Belén compartiendo su alegría—. Ya te digo, chica. Va a ser una cogorza muy muy gorda —sentenció con los ojos brillantes.

Capítulo 21

Cuando llegó a su casa, Marcia se puso cómoda y se dispuso a preparar la cena. En esos días se había aficionado a la cocina y ya no se conformaba con calentar en el microondas algún plato precocinado. Y esa noche tenía algo que celebrar.

Ojeó el libro de recetas y se le hizo la boca agua al ver la imagen de unas crepes de setas y gambas. Como tenía los ingredientes necesarios, se puso a ello. Preparó la masa y, mientras reposaba, salteó los ingredientes.

Iba a comenzar a hacerlos cuando sonó el timbre de la puerta. Imaginó que se trataba de alguno de los estudiantes del piso de enfrente. Raro era el día que no iban a pedirle algo: un huevo, un poco de azúcar o de aceite... ¿Pensaban que tenía el supermercado en casa?

Con gesto de fastidio, acudió a abrir. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio a André ante ella con su atractivo rostro sonriente y una botella de *champagne* en la mano.

—Hola, Marcia.

—Ho...hola —saludó algo aturdida por la abundancia de emociones que la sacudieron y que creía haber desterrado de su corazón para siempre.

—¿Puedo pasar? —preguntó él tras unos segundos de silencio.

Marcia se rehízo. No iba a olvidar con facilidad la forma en la que la había tratado por mucho que le temblaran las rodillas y el estómago se le hubiese hecho un nudo.

—¿A qué has venido? —preguntó, y en su tono de voz quiso transmitir todo el rencor que le guardaba.

André captó el mensaje oculto y decidió no darse por aludido. Lo entendía y, por ello, tenía que proceder con calma.

—Adivina —dijo él, y le mostró la botella con esa mueca pícara que Marcia tan bien conocía—. Pensaba que te gustaría celebrarlo con un amigo.

Ella saltó al oír esa palabra.

—¿Amigo? ¡Tendrás cara! ¿Dónde estaba mi «amigo» durante estos últimos días, que ni siquiera se ha dignado a llamarme para preguntar cómo me encontraba? —le echó en cara con los ojos brillantes de resentimiento.

—Comprendo que estés disgustada, pero déjame pasar y te lo explicaré

—respondió André imperturbable.

—¡Ni lo sueñes! Si tienes algo que explicar, puedes hacerlo aquí mismo. Tienes un minuto y descontando. —Marcia se mantuvo en su lugar, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

André inspiró con fuerza. Le iba a costar más de lo que había imaginado.

—Por favor, no seas chiquilla. Déjame entrar y hablamos con tranquilidad. Tengo varias cosas que decirte y no me apetece hacerlo aquí, al alcance de cualquier oído curioso.

Marcia se dio cuenta de que tenía razón y se hizo a un lado. A ella tampoco le interesaba ser la comidilla de la escalera.

André entró en el apartamento y se dirigió a la cocina para meter la botella en el frigorífico.

—¿Qué preparas de cena? Huele de maravilla.

—Es igual, no pienso invitarte.

Él la miró con una cómica mueca.

—Ya veo que estás muy disgustada.

—Mucho, no te quepa duda —respondió sin abandonar su actitud beligerante. Y no, no pensaba ablandarse por mucho que estuviese derritiéndose por dentro.

—*D'accord*, hablemos.

André se dirigió al salón y se sentó en el mismo sofá donde una semana antes habían compartido cena y película.

—Siéntate, por favor.

A regañadientes, Marcia se sentó rígida en una silla cercana.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no cogerla en sus brazos y besarla hasta que desapareciera ese ceño fruncido y la escuchara gemir de placer. Esos días sin verla habían acrecentado su deseo, que amenazaba con desbordarse.

—Estupendamente, ya me ves.

—Sí, ya veo. —La recorrió con una mirada de deseo que apenas pudo disimular.

Estaba preciosa con aquella coleta, que despejaba su rostro libre de maquillaje, la ancha camiseta y el corto pantalón, que dejaba ver sus bellas piernas. Una imagen muy diferente de la mujer sensual que había entrado unas horas antes en la oficina, pero igual de seductora.

No había querido estar presente cuando ella llegó porque le correspondía

a Rodríguez informarla de la decisión adoptada por la empresa y, al mismo tiempo, disculparse por no haberle dado ni un mínimo de crédito desde el principio. Él no iba a facilitarle la tarea, pero se quedó en el coche, aparcado en la misma calle, para verla entrar y salir de las oficinas.

—Y bien, ¿qué tienes que decirme? —preguntó Marcia un tanto turbada por la mirada de él. Estaba raro, parecía diferente, sin rastro de su familiar amaneramiento. Aunque, como aquello parecía una visita oficial, mostraba la actitud profesional que correspondía a la situación.

—En primer lugar, siento mucho por lo que has pasado: los nervios, la vergüenza... Si hubiese podido evitártelos lo habría hecho, créeme. Pero quiero que comprendas mi situación. Mi ética profesional me impedía comunicarme con un empleado que estaba siendo investigado y, mucho menos, desvelar cómo iba la investigación; sin tener en cuenta que no pertenecemos a la misma empresa, aunque eso solo sea cuestión de pocas semanas.

—Di más bien que no querías involucrarte para no verte envuelto en el escándalo. No has hecho nada por ayudarme, ¡nada! —le echó ella en cara con fiereza, desahogando la frustración que llevaba conteniendo demasiado tiempo.

—Me he involucrado más de lo que piensas, Marcia. —No tenía la intención de contarle la verdad para que no se sintiera en deuda con él, pero tal vez sería lo mejor. Ella tenía que saber cuánto le importaba.

—¡No me digas!

—Sí, es cierto. Siempre he creído en tu inocencia. Por eso, y porque estaba convencido de que alguien intentaba perjudicarte, envié el ordenador a un amigo informático y él me lo confirmó. Sospeché que la persona que lo había hecho era Verónica Marqués y la hice seguir durante varios días. Ella nos llevó hasta su cómplice. Hablé con él y lo persuadí de que la delatara a cambio de un trato ventajoso. Tras eso, conseguir la confesión de Verónica fue sencillo. Y también se ha recuperado el dinero sustraído que estaba en la cuenta a tu nombre.

Marcia se quedó atónita. ¿Estaba diciendo la verdad?

—¿Y por qué no me dijiste nada antes? —preguntó suspicaz.

—Ya te he dicho que no podía. Hay unas normas muy estrictas que se deben seguir en estos casos y una de ellas es no mantener contacto alguno con el empleado sometido a investigación. De haberlo hecho, todo lo que se llegase a descubrir podía ser inutilizable.

Marcia comenzó a dudar. ¿Y si era cierto lo que le había contado?

—¿No podías llamarme para preguntar cómo estaba? —sondeó con tono de reproche. Lo que más le había dolido en ese tiempo fue la certeza de que le importaba tan poco que ni merecía una llamada suya.

—Ningún contacto, Marcia. Todo podía ser investigado, hasta el teléfono.

—¿Intervinisteis mi teléfono?

—No. Solo digo que, en caso de haber intervenido la policía porque se hubiese denunciado el caso, cosa que no se hizo, ella sí tiene acceso a los registros de llamadas y podía utilizarlos. Y si descubrían mi número o algún número sospechoso, te habría perjudicado.

—Vale. Te agradezco el interés que has mostrado —dijo sin mirarlo a los ojos. Estaba avergonzada de haber pensado mal de él.

—¿Y...?

—¿Qué?

—Ni una disculpa. Algo así como: «André, siento mucho haberte juzgado mal» o: «Gracias por ayudarme, André. Estoy en deuda contigo», seguido de un: «¿Qué puedo hacer para demostrarte lo agradecida que estoy?» Pero tampoco me voy a poner muy quisquilloso en ese tema. Cualquier otra cosa que se te ocurra servirá.

Marcia se sonrojó. Era lo menos que podía hacer, pero le costaba pasar página y volver a la anterior relación de cordialidad que los unía. Y sabía la causa: no le perdonaba que no se sintiera atraído por ella, que no la deseara como un hombre heterosexual lo haría. En fin, que su chaladura no tenía cura.

—Reconozco que tal vez te deba una disculpa, aunque comprende mi situación. Desconocía todas esas normas de protocolo y en lo único en lo que podía pensar era en que te habías desentendido, sin más.

Marcia quiso excusarse, aunque no tenía justificación. Debía dejarse de estúpidos sentimientos y aceptarlo como lo que era: una persona estupenda. Él no iba a cambiar, así que debía conformarse con su amistad... si es que podía.

—Con eso me basta. Y ahora, vamos a preparar la cena. Me muero de hambre —dijo André levantándose y yendo hacia la cocina.

—¡No te he invitado! —exclamó ella, asombrada por su descaro.

—No negarías el alimento a una persona hambrienta, ¿verdad? —El tono suplicante de su voz terminó por desarmarla.

—Está bien, quédate. Pero sin sobremesa viendo películas. Mañana tengo que madrugar.

—¿Dónde vas? No pensarás ir a trabajar para recuperar el tiempo perdido, que te conozco —dijo con sarcasmo.

—Nada de eso. Incluso le he dicho a Rodríguez que pensaba tomarme unos días de descanso. Voy a ver a mis padres y el autobús al pueblo sale a las ocho de la mañana.

—Estupendo. Yo te acompaño. Iremos en coche y así no tendremos que madrugar. Será un fin de semana divertido.

—¡Eh, un momento! Creo que te estás pasando, guapo. ¿Quién te ha invitado? —Reaccionó. Ya estaba bien. Tenía la cara muy dura.

—Gracias por lo de guapo, *chérie*. Y no me he invitado, solo te acompaño. No te pongas a la defensiva que no pienso molestar. Me quedaré en un hotel. Habrá alguno por allí, ¿no? —André continuó hablando mientras se dirigía a la cocina con Marcia detrás de él—. Me dijiste que tu familia vive en un pueblecito de la Costa del Azahar. Por cierto, bonito nombre. Estoy deseando recorrer toda la zona. Debe de ser una preciosidad...

Marcia se estaba mareando con aquella verborrea y la actividad que él desplegaba. Se había puesto un delantal y estaba abriendo armarios y cajones.

—...¿Crees que podremos alquilar algún barco? Me apetece mucho navegar y, si es posible, hacer submarinismo. Creo que hay una reserva natural a pocos kilómetros de la costa. Las islas Colombinas, Columbinas, o algo así. ¿Sabes bucear?

—Islas Columbretes. Y no, no sé. ¡Y para, por favor! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó, plantándose delante de él.

—Las crepes. ¿No es eso lo que ibas a hacer de cena?

—Exacto, iba a hacerlos. Yo.

—Pero a mí me salen riquísimos, como buen francés —contestó con sonrisa orgullosa y continuó con lo que estaba haciendo.

—Me da igual. Es «mí» cocina y son «mis» crepes, así que ya te puedes ir largando de aquí —sentenció Marcia con energía. No sabría decir a qué se debía ese empeño. ¿Quería impresionarlo con sus dotes culinarias?

André no insistió al ver la determinación de ella. Lo cierto era que estaba muy bonita con ese rubor en las mejillas fruto de su enfado. ¿Sería tan ardiente en la cama? Gruño por lo bajo. Ese no era el momento ni el lugar para preguntarse tal cosa. Ya habría tiempo.

—Toda tuya, *princesse*. —Se quitó el delantal y salió de la cocina entonando una cancioncilla.

André se entretuvo escuchando a Marcia trajinar con los fogones mientras se preguntaba qué le llevaba a continuar con aquella farsa. ¿Por qué no le confesaba que no era como imagina, que se sentía muy atraído por ella y que le gustaría iniciar una relación de pareja? Si quería conquistarla, ese no era el mejor camino. Pero reconocía que le divertía la situación y, sobre todo, necesitaba conocer sus sentimientos.

Intuía que no le era indiferente a Marcia, pero ¿sentía por él algo más profundo que una simple amistad y, tal vez, agradecimiento por haber colaborado en esclarecer la verdad, lo que la libró de la acusación de fraude? Tenía que asegurarse antes de confesarle que se había enamorado de ella.

Y si una vez que tenía asegurado el ascenso le daba esquinazo, comprendería que en realidad era una arribista como Verónica Marqués y que su pretendida amistad solo había sido por su propio interés.

Capítulo 22

Conociendo la puntualidad de André, Marcia estaba preparada diez minutos antes de las nueve. Cuando poco después sonó el interfono, sabía quién era.

—Ya estoy aquí. Baja cuando quieras, no hay prisa. He estacionado bien el auto —dijo André con esa voz que transmitía entusiasmo.

—Estoy lista. Bajo enseguida.

André la esperaba en el portal. Cuando la vio llegar le dio un beso en la mejilla y le cogió la pequeña bolsa, en la que llevaba objetos de aseo y algunas prendas de ropa interior.

—Poco equipaje para un fin de semana en la playa. ¿Habrás traído el traje de baño? —preguntó dudoso.

—Tengo todo lo que necesito en casa de mis padres, donde aún conservo mi antigua habitación.

Su madre no había querido cambiar nada. Decía que así la sentía más cercana, como si no se hubiese marchado varios años antes. Por eso guardaba buena parte de su vestuario allí, en especial el de verano, ya que pasaba las vacaciones en el pueblo.

—¡Qué práctico!, así no tienes que cargar con equipaje cada vez que vas a visitarlos. Tendré que proponerle a mi madre algo parecido. Aunque me saldría demasiado caro mantener un vestuario doble, y al precio que tienen algunos artículos...

—Con lo básico es suficiente. Yo voy a ver a mis padres no a lucir los últimos modelitos.

—Pero la ropa se pasa de moda enseguida. No puedo ponerme algo de la temporada anterior, me sentiría incómodo. *Quelle horreur!*

El gesto de espanto de André hizo sonreír a Marcia. Nunca había conocido a nadie tan preocupado por seguir la moda, claro que el hecho de ser francés y gay resultaba una combinación explosiva.

En menos de dos horas, llegaron a la localidad costera en la que Marcia había residido hasta que, con dieciocho años, se trasladó a Barcelona para ingresar en la universidad.

Lo cierto era que había cambiado bastante en esos casi quince años a

causa de la locura urbanística de la que parecía haberse contagiado toda la costa mediterránea. El pequeño pueblo de pescadores, de apenas dos mil habitantes, incrementaba su población en más del triple en verano debido a las diversas urbanizaciones de casitas uniformes que lo rodeaban, lo que acababa destruyendo en esa época la paz y la tranquilidad que con anterioridad se disfrutaba todo el año. Aun así, ella gozaba al máximo de los días que pasaba allí, porque estaba en compañía de personas a las que quería y por las que se sentía correspondida.

Sus padres, ambos profesores recién retirados, disfrutaban del tiempo libre del que ahora disponían según sus gustos y aficiones, y también en mutua compañía. Al quedarles dos adolescentes en casa, no podían dedicarse a viajar, el pasatiempo favorito de ambos, pero reservaban los sábados por la noche para quedar con amigos. Aparte de eso, tenían temperamentos muy diferentes. Su madre era una persona muy enérgica y curiosa, que siempre estaba ocupada en mil cosas y a la que le encantaba aprender y marcarse nuevos retos. Su padre, por el contrario, tenía un carácter apacible y dividía su tiempo entre sus dos grandes aficiones: la pesca y la lectura, o las combinaba ambas durante las largas tardes en soledad a la orilla del mar.

Y luego estaban sus dos hermanos, Sergio y Javier, a los que adoraba desde que llegaron a la familia. Aquellos dos diablillos cariñosos y vivarachos se habían convertido en dos chicos encantadores, buenos estudiantes y grandes deportistas que eran la alegría y el orgullo de todos, a pesar de que su excesiva vitalidad les ocasionaba a veces algunos disgustos.

—Te llevo primero en tu casa y después paso por el hotel a dejar el equipaje. ¿Te parece bien? No quiero que se me arrugue la ropa o tendré que pedir que me la planchen, y la última vez que lo hice me echaron a perder una camisa de Armani que era mi preferida porque la había comprado en la tienda que tiene en Milán.

—Como quieras. De todas formas, no me esperan antes de las doce, hora a la que llega el autobús.

—¿No le has avisado de que ibas conmigo?

—No. Quiero darles la sorpresa.

Lo cierto era que no había pensado en hacerlo. Por alguna razón que se le escapaba, no quería hablarles de él, y menos aún a su madre. Ella parecía leerle la mente y advertiría enseguida lo que sentía por su jefe, y eso la avergonzaba. Pensaría que era una estúpida por sentirse atraída por un hombre

así.

Marcia fue indicándole por dónde circular y llegaron en poco tiempo y sin dificultad. La casa familiar se encontraba en una zona residencial muy cercana a la playa. Era una vivienda grande y anticuada, que su abuelo paterno había construido más de sesenta años antes para albergar a la numerosa familia que pensaba tener, aunque al final solo tuvo un hijo.

—Una bonita casa en un lugar idílico. Debe de ser maravilloso vivir aquí —comentó André.

—Si no estuviera tan lejos de todo, desde luego.

—Si el Paraíso estuviera al alcance de todos, pronto dejaría de serlo. ¿No te parece, *joli*?

Ella pensó que tenía razón. Aunque, de seguir construyendo a ese ritmo, aquel paraíso dejaría pronto de serlo y se convertiría en una de tantas poblaciones turísticas de las que era mejor huir.

André sacó el bolso de Marcia y la siguió hasta la casa, después de traspasar la verja blanca que cercaba el jardín. De pronto, una pequeña bola de pelo negra se acercó a toda velocidad, ladrando con alegría, y se lanzó a los pies de Marcia.

—¡*Pelusa!* —exclamó Marcia al ver a la perrita. La cogió en brazos y le hizo cantidad de mimos.

La puerta se abrió en ese momento y por ella apareció una mujer menuda, de unos sesenta años, que guardaba un enorme parecido con Marcia.

—¿Ya estás aquí? ¿El autobús ha cambiado de horario? —preguntó Montse, extrañada de verla llegar tan pronto. Fue hacia ella y le dio un gran abrazo, que Marcia correspondió de igual modo. Al ver al hombre que llevaba en la mano la bolsa de su hija, añadió—: No tenías que coger un taxi. Si me hubieses llamado, habría mandado a tu padre a recogerte.

—No he venido en... —comenzó a decir Marcia, pero su madre no la dejó continuar.

—¿No lo habrás pagado? —Y dirigiéndose a André—: ¿Cuánto se le debe, joven?

André no tuvo tiempo de responder porque en ese momento salió un hombre de edad similar a la de la madre de Marcia, con un periódico en la mano.

—Cosme, ya ha llegado la niña. Paga el taxi y mete la bolsa —le ordenó Montse a su marido con su habitual vitalidad.

Marcia hizo un gesto de impotencia y André rio por lo bajo.

—Hola, cariño. ¡Qué pronto has llegado esta vez! —Se dirigió hacia ella al tiempo que sacaba la billetera del bolsillo trasero de su pantalón.

—Hola, papá. —saludó, y le dio un beso cuando estuvo junto a ella—. Y guarda eso, por favor. No he venido en taxi. Me ha traído mí... un compañero de trabajo —pudo aclarar al fin.

André, que esperaba detrás de ella observando la escena, se acercó.

—Os presentaré. Mamá, papá, él es André Bossard. André, ellos son mis padres. —Marcia prefería que sus padres no se enteraran del puesto que él ocupaba en la empresa para que no se sintieran cohibidos en su presencia.

André le dio a Cosme un fuerte apretón de manos y después se inclinó para besar a Montse en ambas mejillas.

—*Enchanté, madame* Gallardo. Ahora entiendo de dónde ha sacado su hija la belleza —dijo.

—Gracias. Pero llámame Montse, como todo el mundo. Y no soy la señora Gallardo. En todo caso sería la señora Salmerón. En España, al casarnos, no adoptamos el apellido del marido y seguimos conservando el nuestro —aclaró.

—Cierto, siempre lo olvido. Pero ustedes deben llamarme André.

—Sin ningún problema, André —puntualizó Montse con desparpajo.

—Pasemos. Aquí hace demasiado sol —invitó Cosme, cogiendo la bolsa de manos de André.

—Él se marcha ya. Debe dejar el equipaje en el hotel.

—¿Hotel? ¿Por qué va a alojarse en un hotel cuando aquí tenemos tantas habitaciones vacías? No, se queda con nosotros —terció Montse con decisión.

—No puede ser, mamá. Tiene hecha una reserva.

—Que la cancele —dijo. Y dirigiéndose a André—: ¿No habrás pagado por adelantado?

—Aún no. Solo hice la reserva —contestó él.

—Entonces no veo problema.

Marcia miró a su padre en muda súplica para que la apoyara.

—Puede que le apetezca más alojarse en el hotel, cariño —intervino Cosme, comprendiendo la intención de su hija y apoyando sus deseos.

—Seguro que prefiere quedarse aquí. ¿No es así, André? —Cuando Montse decidía una cosa, resultaba casi imposible hacerla razonar.

—Por mí encantado. Será un honor y un placer que me acojan en su hogar.

Montse desplegó una sonrisa de satisfacción y Marcia vio el peligro venir. Su madre ya estaba haciendo sus cálculos, se apreciaba en su mirada. No podía consentir que André pasase tanto tiempo allí. Recurrió al último recurso: chantaje emocional.

—¿No estarías más cómodo en el hotel? —le preguntó Marcia con una significativa mirada, con la que le quería dar a entender que mejor no aceptara; cosa que él ignoró por completo.

—Aquí estará igual de cómodo que en el hotel y mejor acompañado —intervino otra vez Montse, que no estaba dispuesta a dejar que se marchase hasta descubrir si eran algo más que simples compañeros de trabajo.

Le gustaba el tal André. Era apuesto y parecía muy agradable. También era educado y galante, algo que abundaba poco en los últimos tiempos. Era la primera vez que un hombre la acompañaba y eso debía significar algo. ¡Ya iba siendo hora! Tenía edad más que suficiente para echarse novio o amigo especial, como se empeñaban ahora en llamarlos.

—Ya está decidido. Trae el equipaje y te enseñaré tu habitación —ordenó Montse con aquel acento que no admitía réplica.

André miró a Marcia con un fingido gesto de resignación y se apresuró a obedecer.

Cuando se marchó, Marcia se encaró con su madre.

—No es lo que imaginas, mamá. Solo es un compañero de trabajo, así que no te pongas pesada —le advirtió. Parecía estar escuchando los engranajes del cerebro de su madre, que comenzaban a rodar en una sola dirección.

—No sé a qué te refieres. Lo único que pretendo es ser amable con tus amigos —dijo con gesto ofendido—. Llévalo a la habitación de invitados y que se ponga cómodo. La comida estará para las dos, por lo que os da tiempo de daros un baño si os apetece —sugirió, y se dirigió al interior de la casa con rapidez.

—No te preocupes, cariño, la mantendré a raya —le aseguró Cosme a su hija—. Ahora voy a ayudarla. Ya sabes lo nerviosa que se pone cuando tiene invitados.

Marcia le sonrió con cariño. Su padre era el único que, a veces, conseguía moderar el carácter impulsivo de su esposa y arreglaba todos sus desaguisados.

André llegó con las dos maletas en la mano.

—¿Pensabas quedarte una temporada? —le preguntó Marcia en tono irónico al verlo.

—Me gusta ir preparado para lo que pueda surgir, ya lo sabes.

—Sigo pensando que estarías más cómodo en el hotel. Mi madre puede ser asfixiante —intentó convencerlo. Aún no estaba todo perdido.

—Para nada. Aquí estaré muy bien. Ya sabes que no me gusta la frialdad de los hoteles. Echo mucho de menos el calor del hogar... y la comida casera. Seguro que tu madre es una gran cocinera. Además, ya he cancelado la habitación y no creo que encuentre otra. Me dijeron que estaban al completo.

Marcia maldijo en silencio. Presentía que ese iba a ser un fin de semana complicado, muy lejos de la paz y de la relajación que venía buscando después de una semana de extrema tensión. Por André no tendría que preocuparse. Sabía que caería bien a su familia porque tenía ese encanto que se hacía querer por todos, pero el aprieto era para ella. ¿Cómo ocultar sus sentimientos por ese hombre para que sus padres, siempre tan perceptivos, no lo advirtieran y comenzaran a elucubrar con una relación que estaba fuera de toda posibilidad?

Sí, ese iba a ser un largo y complicado fin de semana. Y ya iban dos.

Capítulo 23

Marcia no se equivocaba en sus predicciones: André conquistó a su familia desde el primer momento gracias a su simpatía y naturalidad.

Nada más instalarse en su habitación, fue a la cocina y se ofreció a ayudar a Montse, por lo que cuando Marcia bajó minutos después lo encontró con el delantal puesto, partiendo verduras y en animada charla con su madre.

—Yo le echo un poco de cebollino porque le da un sabor exótico — explicaba André.

—Puede ser, pero donde se ponga el perejil... —A Montse costaba hacerla cambiar de opinión cuando estaba convencida de algo.

—No voy a discutir con una experta como tú. Lo que tienes que darme es la receta de esta ensalada, *c'est délicieux*. ¿Cómo has dicho que se llama?

—*Esgarradet*, y no es propiamente una ensalada. Nosotros lo consideramos un aperitivo o entrante... para abrir boca, podríamos decir. Es un plato típico de la gastronomía valenciana, aunque tiene sus variantes dependiendo de la región y de los gustos de cada persona. Yo suelo hacerlo con pimiento rojo y berenjena asados, olivas negras, y mojama, que son estos trocitos de pescado en salazón que ves por aquí. Otras veces utilizo bacalao desalado, que es lo más socorrido, si bien la mojama le da más sabor. Te daré la receta de ambas para que compares y decidas la que más te gusta.

Marcia escuchaba la conversación sin querer anunciar su presencia. Su madre se veía feliz de poder demostrar sus dotes culinarias ante una persona receptiva como André, ya que ningún otro miembro de la familia se había mostrado nunca interesado en aprender a cocinar.

—Muchas gracias, Montse. A mi madre le encantará. Espero no tener dificultad para encontrar los productos.

—Si eso ocurre, me llamas y te envío lo que necesites; si es que dejan entrar alimentos por la frontera francesa.

—Ahora ya no hay fronteras entre Francia y España. Existe una libre circulación de personas y objetos siempre que no atenten contra la seguridad del estado. En los últimos años, se han incrementado los controles debido a los repetidos ataques terroristas, pero no creo que levante sospechas un paquete con un par de trozos de mojama o con tiras de bacalao —dijo André

conteniendo la risa.

—Tengo que ponerme al día. El no salir de este pueblo está afectando a mi cultura general —comentó Montse con picardía.

—Pues en cuanto regrese a París, tenéis que hacerme una visita. ¿Conoces la ciudad?

—No, y mira que hace tiempo que quiero ir. Dicen que es preciosa y...

Marcia se decidió a entrar. La conversación estaba tomando derroteros que no le convenían. No quería que hubiese ningún tipo de compromiso entre André y su familia. Cuando él se marchara, cosa que no tardaría en hacer, necesitaría olvidarlo lo antes posible y no mantener el contacto.

—¡Cómo huele! ¿Cuánto falta para comer? —dijo al entrar en la cocina. Después, simuló sorprenderse al ver a André allí y le preguntó—: ¿Qué haces aquí? ¿Pensé que estarías en la playa?

—Tu madre ha sido muy amable al dejarme ayudarla y, de paso, enseñarme algunos trucos. Espero que no se me olviden. Debí grabarlos, ¿verdad? —preguntó con una mueca de fastidio dirigiéndose a Montse.

—No es necesario, te los escribiré junto con la receta —se ofreció y lo miró con inequívoco afecto.

—Qué amable eres. Me encantaría que conocieras a mi madre. Os llevaríais de maravilla.

Marcia vio las señales de alarma. «Esto va muy, pero que muy mal», pensó. Su madre se estaba encariñando con él y eso era peligroso. No la había creído cuando le aseguró que no existía nada entre ellos, era obvio. Tendría que ponerla al tanto de las preferencias de André para que desistiera de sus pretensiones, que ya había comenzado a maquinarse, y se bajara de la nube de felicidad en la que parecía haberse instalado. Durante esos días, debía limitar el tiempo que pasaran juntos o le acarrearía grandes complicaciones.

—Si aún falta para la comida, podríamos ir a bañarnos, ¿qué te parece, André? —propuso. Todo mejor que continuar allí y dar pie a promesas que costaría cumplir.

Él miró a Montse como pidiéndole permiso.

—Por supuesto. Id y divertíos. Aún queda más de una hora para que esté lista la paella. Esta es la mejor hora para darse un baño. El agua está más templada y el ejercicio os abrirá el apetito.

—Entonces voy a ponerme el bañador y bajo en un momento. ¿Tú ya lo llevas? —preguntó a Marcia. No podía apreciar nada bajo esa larga camiseta

que llevaba.

—Sí, y también la cesta con toallas y cremas protectoras.

—*Parfait!* Me apresuraré.

André abandonó la cocina entonando una cancioncilla. Marcia lo vio desaparecer y emitió un tenue suspiro, que no pasó desapercibido a su madre.

—Es un hombre encantador, ¿no te parece? —dijo Montse mientras continuaba preparando la comida. Como su hija no contestó, continuó—. No debe de llevar mucho tiempo en la empresa, porque nunca me has hablado de él.

—Trabaja en LEF Assurances, la compañía a la que Peninsular se va a fusionar. Ha venido a supervisar el proceso, pero él trabaja en París —explicó. Si captaba la indirecta, se daría cuenta de que tenía pocas posibilidades con él.

—¿Y tiene pareja? Casado no debe de estar porque no le he visto anillo; a no ser que en Francia no tengan la costumbre de llevarlo los hombres, como ocurre aquí. Hay que ver lo diferentes que son a nosotros en costumbres a pesar de que los tenemos de vecinos.

—Que yo sepa, no está casado ni tiene pareja. De todas formas, y por si...

La llegada en tromba de los mellizos cortó a Marcia cuando estaba a punto de advertir a su madre de que no se hiciese ilusiones respecto a André porque no le gustaban las mujeres.

—¡Hola, Marci! —saludaron los dos, empleando el diminutivo por el que solo ellos la llamaban.

A Marcia se le iluminó el rostro de alegría al verlos y su boca dibujó una enorme sonrisa.

—¿Cómo estáis, chicos? —dijo abrazándolos. Como venían de la playa, le mojaron la camiseta.

—Igual de atolondrados que siempre, ya los ves —intervino Montse, mirándolos de forma reprobatoria—. Venga, id a cambiaros antes de que lo llenéis todo de agua.

Los chicos no acataron la orden de su madre y continuaron donde estaban.

—Papá nos ha dicho que has venido con tu novio. ¿Dónde está? —preguntó Javier con expectación.

—Dice que es francés. ¿Te vas a ir a vivir a Francia cuando te cases? —añadió Sergio en el mismo tono.

—No sé de dónde...

A Marcia no le dio tiempo de corregir a sus hermanos porque en ese momento se escuchó una tosecilla que anunció la presencia de André.

—*Wow!* —exclamaron ambos hermanos al unísono con cara de asombro al ver la alta figura que ocupaba todo el hueco de la puerta.

André, que sonreía divertido por los comentarios que había escuchado, iba equipado con un colorido conjunto de pantalón corto y suéter de una famosa marca deportiva, y completaba el atuendo con una gorra de la misma marca y unas caras gafas de sol.

«Vaya imagen tan penosa que estamos dando», se dijo Marcia avergonzada, y dirigió a sus hermanos una muda advertencia con la mirada.

—Buenos días. Vosotros debéis de ser los famosos mellizos de los que tanto me ha hablado vuestra hermana —dijo André, y extendió la mano para estrechar las de ellos.

Los dos espigados jóvenes, en cuyos rostros se apreciaba el aire de familia, sonrieron sin ningún pudor.

—¿Vives en París? Nosotros estuvimos allí en marzo, en el viaje de estudios —dijo Javier.

—Nos gustó mucho la ciudad, aunque hacía un frío que pelaba —añadió Sergio.

—Si os hubierais llevado los chaquetones que os compramos, no habríais pasado frío. Pero teníais que haceros los machotes, ¿verdad? —los sermoneó su madre.

—Eran horribles, mamá. No podíamos ponernos eso —se defendió Javier.

—Sí, parecían de críos de diez años. Nuestros amigos se hubieran reído de nosotros —se quejó Sergio.

—Cómo os atrevéis a decir que eran horribles cuando...

Marcia le hizo un gesto a André para que la siguiera. Cuando madre e hijos se enzarzaban en una discusión, la cosa podía llevar horas.

En pocos minutos, llegaron a la playa, que se encontraba bastante concurrida a esas horas. El mar estaba en calma y sus transparentes aguas invitaban al baño. Marcia extendió la toalla y se tendió en ella.

—¿No te vas a bañar? El agua parece *délicieux* —dijo André.

—Debe de estar fría. Prefiero tomar el sol. Puede que me bañe después. —No quería coincidir con él dentro del agua. Aún recordaba aquel baño

nocturno y prefería no repetir la experiencia.

André se despojó del suéter y del pantalón corto y se quedó con un escueto bañador, que se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel y resaltaba sus atributos masculinos con una fidelidad que hizo enrojecer a Marcia.

Ella desvió la mirada y procedió a embadurnarse el cuerpo con protector. No quería acabar quemada por los primeros rayos de sol de la temporada.

—Yo también tomaré el sol. Este color blanquecino no me sienta nada bien. Debí darme algunas sesiones de rayos UVA antes de venir a la playa —se lamentó André—. ¿Has traído una toalla para mí?

Marcia le entregó una que llevaba en la bolsa. André la colocó a su lado y se tendió en ella.

—¿Te importaría echarme crema por la espalda? No quiero que se enrojezca o pareceré una gamba cocida —le pidió.

Marcia titubeó. Si la visión de toda aquella extensión de piel tersa y brillante ya le provocaba oleadas de calor interno, no quería pensar en lo que sucedería cuando deslizara sus manos sobre ella. Quiso negarse, pero no tenía excusa, así que inspiró hondo y se lanzó. Le echó una generosa ración de crema en la espalda y procedió a esparcirla con rapidez. Él apoyaba la cabeza sobre los brazos cruzados, lo que ocasionaba que los músculos se le tensasen. Al deslizar las manos sobre ellos advirtió su dureza, que contrastaba con la suavidad y calidez de la piel. Sintió que se acaloraba y se apresuró a terminar.

—No se te olvide la parte baja de la espalda, junto a la línea del bañador. Ahí la piel es más fina y se quema con mucha facilidad.

Marcia tragó saliva. ¿Es que quería martirizarla? Miró en esa dirección y sus ojos se deslizaron con avidez por aquellos prominentes montículos que formaban su bien torneado trasero, y que el ajustado bañador resaltaba de forma escandalosa. A duras penas, contuvo el intenso deseo de deslizar las manos por aquellos pétreos músculos y se encontró jadeando sin darse cuenta.

—¿Te encuentras mal, *ma petite*? —preguntó André, que había girado la cabeza y la observaba. Las gafas oscuras ocultaban el fulgor de deseo de sus ojos.

Ella pareció salir de un trance.

—No... no es nada. Demasiado calor. Creo que voy a darme un chapuzón rápido —dijo de forma atropellada. Y, sin mirarlo, se dirigió hacia el agua con demasiada rapidez.

André gimió. La excitación que sentía le provocaba una enorme tensión. Quiso seguirla, pero prefirió no moverse. Antes tenía que calmarse o podía provocar una situación embarazosa. Tampoco confiaba en que lograra contenerse, y ese no era el momento ni el lugar.

Gruñó por lo bajo. Debía confesarle a Marcia la verdad lo antes posible y poner fin a ese juego que le estaba destrozando los nervios. Pese a ello, prefería esperar hasta regresar a Barcelona, a la intimidad de su apartamento. No estaba seguro de cómo iba a reaccionar, y eso lo frenaba también. Aunque no pensaba demorarlo mucho más y correr el riesgo de perderla.

Capítulo 24

La comida transcurrió en grata armonía. André era un conversador ameno y campechano, que no paró de contar anécdotas de sus numerosos viajes haciendo las delicias de todos.

A Marcia no se le escapaba la creciente adoración que su madre sentía por él y se dijo que no podía permitir que continuara haciéndose ilusiones. Aunque se lo mereciera por alcahueta, no iba a ser tan cruel con ella.

Tras la larga sobremesa vino la obligada siesta. André reconoció que le encantaba esa costumbre tan española y la disfrutaba siempre que podía. Marcia, que no era muy aficionada, quiso aprovechar el momento para hablar con su madre, pero esta subió también a descansar. Según había comentado durante la comida, esa tarde se marchaban a la ciudad. Habían quedado con amigos para cenar y ver un espectáculo. Como se les haría muy tarde y llevarían algunas copas, pensaban pasar allí la noche y se quedarían a dormir en casa de sus amigos. Tenían pensado regresar el domingo después de comer, justo para despedirse de ellos.

Si a Marcia ya le mosqueó esa decisión, que no era habitual, se convenció de que su madre se traía algo entre manos cuando le comentó que sus hermanos también pasarían todo el fin de semana fuera. Iban a un concierto en un pueblo cercano y se quedaban en casa de sus amigos hasta que ellos pasasen a recogerlos.

Todo muy bien orquestado para que André y ella dispusieran de la casa a su antojo y nadie estorbase su idilio, que era lo que su madre imaginaba. En ella no le extrañaba, pero no podía creer que su padre la hubiese secundado en aquel descabellado plan. La coacción debía de haber sido muy importante para que su padre cediera, se dijo.

Perfecto. Si su madre había querido hacerle un favor, se había equivocado de medio a medio. De idilio nada, pero sí le había fastidiado el fin de semana. Cada vez le costaba más permanecer impasible ante André, y sería mucho peor al estar solos. No podía consentir que él advirtiera cuánto lo deseaba. Haría el ridículo más espantoso.

Esa mañana, en la playa, había estado a punto de meterle mano, ni más ni menos. Aún no comprendía cómo se había resistido, porque la tentación era

muy fuerte. Todo aquel soberbio cuerpo expuesto ante sus ávidos ojos, al alcance de sus manos... Le faltó unos milímetros para meter sus manos bajo aquel pequeño trozo de tela que cubría su imponente trasero y acariciarlo a placer. Se excitó tanto que tuvo que meterse en el agua y nadar durante más de diez minutos hasta que consiguió calmarse lo suficiente para acercarse a él sin el peligro de lanzarse a su cuello y comérselo a besos. Así de mal estaba.

Belén diría que llevaba demasiado tiempo sin tener sexo, y era cierto. Pero ella sabía que no solo se trataba de deseo carnal. André tenía todo lo que buscaba en un hombre: generosidad, nobleza de carácter, simpatía, inteligencia y un físico enloquecedor... todo menos algo muy importante y que no podía pasar por alto.

Suspiró. Si llegó a pensar en algún momento que en esos dos días iba a relajarse —que buena falta le hacía tras la semanita que había llevado—, no pudo estar más equivocada. Por suerte, la casa estaba llena de habitaciones y no tendrían que compartir cama. Una gran ventaja, desde luego.

Cuando bajó André, después de una hora larga de siesta, la encontró en el jardín tendida en una tumbona a la sombra. Se había quedado dormida con un libro abierto sobre las piernas. Se dedicó durante varios minutos a observarla, recreándose en el tentador movimiento de sus senos al compás de la tenue respiración.

Marcia despertó sobresaltada.

—*Bonsoir, joli*. Veo que también has sucumbido al sopor de la comida, lo que no me extraña porque estaba deliciosa. Tu madre es una magnífica cocinera —dijo André con aquella sonrisa que le daba aspecto de simpático truhan.

—Sí que lo es, pero te ruego que no lo repitas más delante de ella. Ya está demasiado endiosada —le pidió Marcia. Había sido un patético espectáculo ver a su madre casi babear de placer ante los halagos de André.

—*D'accord, ma chérie*. ¿Estás preparada para una tarde de aventuras? —preguntó con un brillo emocionado en los ojos.

André había comentado durante la comida que le gustaría alquilar un barco para recorrer la costa y acercarse a las islas Columbretes. Cosme le ofreció el suyo, una pequeña lancha motora con la que salía a pescar y que estaba anclada en el puerto de pescadores, pero debido a la distancia, pensó dejar la excursión para el día siguiente que tendrían más horas por delante. Esa tarde habían decidido visitar Peñíscola. Tenía mucho interés en conocer el

famoso castillo y pasear por las calles del casco histórico.

—¡Qué remedio! —Marcia suspiró. La vitalidad de ese hombre era increíble—. Voy a ponerme algo más formal, para no desentonar demasiado contigo.

Él iba impecablemente vestido, con un pantalón claro y un suéter en tono rosa fucsia que resaltaba el color oscuro de su cabello. Y desprendía un olor muy agradable.

—¿Crees que me sienta bien este color? ¿No resulta muy intenso para mi piel? —preguntó con acento dubitativo.

—Tranquilo, estás muy atractivo. Vas a despertar la admiración por donde pases.

Aunque Marcia quiso dar un tono irónico a sus palabras, lo cierto era que solo decía la verdad. Era tan apuesto que ella no podía mirarlo sin sentir un peligroso calor extendiéndose por su interior.

Se dirigió hacia su habitación con rapidez. En pocos minutos se arregló y bajó a reunirse con él.

André esperaba en el mismo lugar que ella había ocupado. Cuando la vio llegar se puso en pie. Marcia llevaba un vestido corto de tirantes que se le adaptaba al cuerpo y marcaba sus bonitas curvas. Se había soltado el cabello, que caía hasta sus hombros en suaves ondas, y el leve maquillaje destacaba sus grandes ojos y los apetitosos labios. Tuvo que esconder las manos en los bolsillos del pantalón para evitar el fuerte impulso de atraerla hacia él y fundirla con su cuerpo en un lascivo abrazo, al tiempo que le quitaba el aliento con un beso arrebatador.

—*Allons. Ça va être merveilleux!*

Y lo fue. Recorrieron las intrincadas callejuelas, con aquella atmósfera que traía reminiscencias del pasado y de la que tanto disfrutaron. André hizo innumerables fotos, la mayoría con ella en primer plano. Cenaron en un coqueto restaurante cerca de la playa, caminaron por la arena al anochecer...

Marcia advertía un cambio en él y no acertaba a determinar de qué se trataba. También le pareció en algunos momentos que la miraba de forma extraña, con una intensidad que la alteraba aún más, y que no se paró a analizar.

Lo que sí analizaba eran sus sentimientos y la situación a la que la habían llevado. La entristecía el haber perdido aquella franqueza inicial, lo que le provocaba un retraimiento que antes no experimentaba. Notaba que ya no

estaba tan cómoda a su lado, intentando siempre controlar aquellas inoportunas emociones para que no se desbocaran y André advirtiera lo que sentía por él. Ya no podía verlo como el amigo con el que había pasado tan buenos ratos. Cuando lo miraba veía al hombre que se había adueñado por completo de su corazón.

Regresaron pasadas las doce de la noche. Marcia quiso despedirse y subir a su habitación. André no se lo permitió. La cogió del brazo y la retuvo.

—Hace una noche espléndida. Quedémonos un poco en el jardín disfrutando del olor de los jazmines y mirando las estrellas —le pidió. Quería hablar con ella y el tema no podía esperar hasta el día siguiente. Lo malo era que no sabía cómo abordarlo.

—No es jazmín, es galán de noche, que tiene un olor más intenso —le aclaró ella.

—Galán de noche... ¡qué nombre tan bonito para una flor! ¿Cuál es?

Marcia le señaló el pequeño arbusto que crecía en un rincón. André se acercó y cogió una rama cubierta de pequeñas flores blancas.

—Cierto, un olor intenso y penetrante —atestiguó, y la miró de aquella forma que a Marcia le alteraba el pulso.

—Lo pondré en agua. Así no se marchitará —sugirió ella.

Cogió el tallo y se apresuró a ir a la cocina. Llenó un vaso de agua y lo colocó. Cuando se giró para salir tropezó con André, que se encontraba a su espalda.

—Tengo una propuesta que hacerte, ma petite —dijo André, sujetándola por los hombros y atrayéndola hacia él.

Marcia se encontró casi pegada a un duro y cálido cuerpo y su corazón se aceleró. Se desprendió de aquellos brazos y se apartó un trecho. Mejor poner distancia por medio.

—Tú dirás. Aunque, si se trata de algo arriesgado, no cuentas con que voy a aceptar. Ya he puesto en peligro mi vida demasiadas veces. Y no me gusta tentar a la suerte —bromeó para disimular el desasosiego que sentía.

—Me lo estás poniendo difícil porque la propuesta es muy arriesgada. —Hizo una divertida mueca que provocó la risa de ella.

—Venga, dispara. No creo que sea peor que bajar un río de aguas bravas en una canoa de juguete —lo animó con acento resignado.

André tragó saliva y la miró con seriedad.

—¿Quieres casarte conmigo?

Marcia retrocedió un paso y lo miró con los ojos tan abiertos que los globos oculares parecieron querer salirse de las órbitas.

—¿Qué?! —exclamó con voz estrangulada por la impresión. No podía haber oído bien.

El gesto de genuino asombro hizo reír a André.

—Ya sé que es un poco precipitado, porque no hace ni un mes que nos conocemos, pero desde que te vi comprendí que podías ser la persona que andaba buscando. Y el tiempo me ha demostrado que estaba en lo cierto. ¿No te ha ocurrido a ti igual?

Marcia seguía sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Tú... tú estás mal de la cabeza. ¿Cómo vamos a casarnos? ¡Si eres... si eres...!

—¿Homosexual? —aventuró él con una ladina sonrisa.

—¡Sí, eso!

André volvió a acercarse a ella y la acorraló contra la mesa de la cocina. Le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Siento que te hayas hecho ilusiones en ese sentido, *princesse*, porque de gay nada de nada. Nunca he puesto los ojos en un hombre. Me gustan las mujeres desde bebé. En concreto, me gusta con locura la que tengo ante mí.

Marcia sintió la presión de algo duro y cálido en su vientre, prueba evidente de la excitación que André sentía, lo que le indicó que, muy probablemente, le estaba diciendo la verdad. Entonces ¿por qué le había hecho creer durante todo ese tiempo que era diferente?

—¿Cómo que no lo eres? ¡Me lo dijiste tú mismo! —Si era una broma, no le estaba haciendo la menor gracia.

—Disculpa, pero no recuerdo haberlo afirmado en ningún momento. Y tengo muy buena memoria.

—¡Redomado mentiroso! Sí que lo has hecho. —Intento zafarse, pero no podía. Estaba atrapada, presionada entre la mesa y aquel cuerpo cálido que le estaba haciendo perder la cordura. La había cercado con sus brazos y se dedicaba a frotarse contra ella de forma incitante, demostrándole cuánto la deseaba.

—Para nada, *joli*. Puede que te lo haya hecho creer con mi actitud, que era lo que pretendía, aunque no es cierto.

André se inclinó y le deslizó la lengua por el lóbulo de la oreja en una húmeda y ardiente caricia que provocó un espasmo de placer en ella y que su

corazón comenzara a latir a mil por hora. Intentó no perder la cabeza y permanecer serena, pero se sentía tan débil que le costaba conservar la cordura, en especial cuando él comenzó a deslizar los labios por su cuello y a propinarle pequeños mordiscos.

Con un titánico esfuerzo, se desasíó del abrazo para evitar su contacto. A André le quedaban aún muchas explicaciones por dar.

—¿Y por qué lo hiciste, si se puede saber? —exigió. Comenzaba a disgustarse y mucho. No le agradaba que hubiese jugado con ella de esa forma.

—La primera vez que te vi en los grandes almacenes, solo te seguí el juego al percatarme de que te habías formado una imagen equivocada de mí. Te reconocí como empleada de la empresa a la que iba a entrevistar al día siguiente y me pareció divertido no sacarte de tu error. Sin embargo, al verte entrar con aquel cambio de aspecto tan radical y provocativo, pensé que eras una depredadora como Verónica Marqués, a la que horas antes había tenido el gusto de conocer. Me decepcionó que quisieras seducirme para obtener el ascenso que ambas os disputabais porque yo había apostado por ti antes de llegar. Tu currículum y el gran trabajo que estabas realizando en la empresa te abalaban y no necesitabas recurrir a esos sucios trucos. Quise darte una lección y resarcirme por la desagradable sorpresa que me había llevado. También me intrigaba lo que pensabas hacer para conseguir ese ascenso una vez que tu estrategia había fracasado. Es por ello que seguí con el malentendido y te hice creer que no iba a sentirme atraído por tus encantos, cosa que estaba muy lejos de la realidad, *bien sûr*. Cuando me convencí de que esa no había sido tu intención en ningún momento y estaba dispuesto a confesarte la verdad, surgió la cuestión del desvío de fondos y ya no tuve ocasión de hacerlo. Después he estado buscando la ocasión propicia. Tal vez esta no lo sea, pero es que ya no puedo aguantar más porque me vuelves loco. —Y para demostrarle que era cierto, volvió a acercarla a su cuerpo y le deslizó las manos hasta las nalgas, presionándola contra él al tiempo que emitía un agónico gemido.

—¿Y tardaste una semana en darte cuenta de que no era como Verónica? ¿Tan poco transparente soy? ¿Y no pudiste decírmelo durante el fin de semana cuando... dormimos juntos? —le espetó dolida. Ella pensando que estaba volviéndose loca, que lo que había ocurrido aquella noche solo había sido un sueño y, él disfrutando de lo lindo con la comedia que estaba representando. Menudo cabronazo.

—Sé que no debí prolongar tanto esta farsa. Lo siento. Perdóname. En más de una ocasión estuve muy tentado de contarte la verdad, sobre todo en esa a la que aludes. No veas lo que me costó contenerme cuanto estabas entre mis brazos, moviéndote de aquella forma tan lasciva y gimiendo de placer...

—André decidió no continuar por ese camino al observar la mirada asesina de ella. Suspiró y continuó hablando—: En fin, que no me atrevía porque antes necesitaba saber si yo te gustaba, si había alguna posibilidad de llegar a algo serio entre nosotros. Por tus reacciones pensaba que así era, aunque tenía que confirmarlo. No soy de los que se acuesta con todas las mujeres que se le cruzan en el camino. Necesito que mi pareja se sienta atraída emocionalmente por mí. El sexo por el sexo no es lo mío. Necesito algo más. Tú tienes ese algo más que necesito y que andaba buscando.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Marcia, atónita después de la larga explicación de él.

—Como lo oyes. Llámame anticuado, pero es así. ¿Ahora necesito saber qué es lo que tú deseas?

La respuesta de ella no se hizo esperar.

—Darte de tortas, eso es lo que me gustaría ahora mismo. —Se apartó de él con gesto desabrido y le plantó cara—. ¿Sabes lo que me has hecho pasar? Yo deseándote y pensando que era una imbécil por haberme enamorado de un imposible y resulta que tú te lo estaba pasando en grande divirtiéndote a mi costa —lo acusó con resentimiento.

—Reconozco que me he pasado. Soy un cretino y puede que no merezca tu perdón, pero en ningún momento he intentado reírme de ti, créeme. Si de alguien me reía era de mí mismo, por lo ridículo que me sentía tantas veces. Aunque tenía su recompensa y eso me estimulaba a continuar actuando de ese modo. Estaba tan a gusto contigo, descubriéndote, conmoviéndome con tu generosidad, con tus grandes cualidades, que bien merecía la pena. Eres una persona muy hermosa, tanto por fuera como por dentro, dispuesta siempre a ayudar a los demás y con una paciencia a prueba de bombas. Cada día me iba enamorando más de ti y me costaba continuar simulando lo que no era, cuando en lo único que pensaba era en hacerte el amor como un loco.

Marcia permanecía de espaldas. El enfado iba disminuyendo con cada palabra de André. No podía culparlo enteramente ya que llevaba parte de razón. Aunque nunca pretendió seducirlo para conseguir el puesto, sí que procuró influir en él para que la balanza se inclinase a su favor. Comprendía

sus recelos y el que hubiese querido asegurarse de sus intenciones.

—Y bien, *chérie*, ¿te crees capaz de perdonarme? —preguntó con claro anhelo ante su prolongado silencio.

Marcia se giró y lo miró a los ojos. Vio en ellos cierta vulnerabilidad que le provocó una inmediata ternura. Suspiró. ¿Cómo no perdonarlo si lo amaba con locura?

—No sé. Tal vez si te esfuerzas... logres convencerme de que mereces una oportunidad —respondió con una mueca guasona.

André soltó una alegre risotada y la abrazó con fuerza.

—No lo dudes. Soy muy bueno en todo lo que me propongo.

Marcia le echó los brazos al cuello y gimió cuando sintió sus manos acariciándole las caderas con ardiente impaciencia.

—Que sepas que voy a ponerte nota. Y soy muy exigente.

—Te aseguro que no pararé hasta conseguir matrícula de honor, *mon amour* —dijo con los ojos brillantes de deseo. La izó en sus brazos y se encaminó con rapidez al dormitorio—. Por cierto, ¿crees que mañana podría pedir tu mano a tus padres? Ya que estoy aquí...

La risa de Marcia fue silenciada por un beso devorador, preludio del placer que les aguardaba.

Capítulo 25

Diez meses después.

—Deja de moverte, Marcia, o te voy a pinchar con la aguja —la regañó su madre mientras intentaba prender la cinta azul en la parte interna del vestido.

Belén había insistido en que siguiese la tradición de «algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul», y para que la larga cinta azul con la felicitación de sus compañeros de trabajo no desentonase con el blanco vestido de novia, había decidido llevarla en el interior.

—Date prisa, por favor. Ya deberíamos haber salido para la iglesia —pidió Marcia con voz alterada por la impaciencia que sentía.

—No te enerves, chica, que no se va a marchar a ningún lado. Si ha esperado casi un año, puede hacerlo unos minutos más, ¿no crees? —comentó Belén con socarronería. Ella, que había pasado por ese trance apenas dos meses antes, comprendía el desasosiego de su amiga, aunque no iba a reconocerlo ante ella.

—No pienso hacerlo. Ya sabes que me gusta la puntualidad y no voy a abandonar esa buena costumbre el día de mi boda.

—Deberías. Se espera que las novias lleguen tarde a sus bodas. Es lo que manda la tradición. Incluso me atrevería a decir que resultaría chocante que no hicieras esperar al novio su buena media hora. Yo lo hice —comentó con orgullo Belén. En realidad, fueron casi cuarenta y cinco minutos, pero apenas se notó.

—Pienso romper con esa absurda costumbre, mira tú por dónde —insistió Marcia, que ya no podía mantenerse quieta.

Belén bufó y se acomodó en la silla. Su avanzado embarazo le provocaba molestias y limitaba su movilidad, lo que no era obstáculo para que su rostro mostrara la felicidad que sentía por la llegada de aquel bebé tan deseado por Oscar y por ella.

—Ya he terminado —anunció Montse con gesto triunfal y aparentando una calma que no sentía. Se había pinchado en varias ocasiones y había dejado un buen rastro de sangre en el vestido. Agradeció que las varias capas de muselina de seda lo ocultaran.

—Gracias, mamá. ¿Dónde está el ramo?

Montse se secó el sudor de la frente. Ya estaba agotada y acababan de empezar. Aún quedaba la ceremonia, las fotos, el banquete... Gracias a que solo tenía una hija, y confiaba en que el matrimonio le durase toda la vida. No estaba segura de tener fuerzas para sobrevivir a otra situación similar.

—Aquí lo tienes. —Le entregó un bonito ramo en cascada de diferentes clases de flores, en las que predominaban los lirios de agua blancos y amarillos, que André había mandado traer desde su floristería favorita en París—. Y no lo aprietes de esa forma, que parece que lo quieras estrangular.

Marcia cerró los ojos unos instantes. Debía tranquilizarse o arruinaría ese día tan hermoso. Miró a su madre con todo el amor y agradecimiento que sentía por ella en esos momentos.

—Discúlpame.

—No te preocupes. Es normal que estés nerviosa. Pero todo saldrá bien. Tú disfruta este día único —dijo con los ojos empañados de emoción. Su niña iba a casarse al fin y ella no podía estar más contenta.

Marcia se apresuró a reunirse con su padre, que aguardaba en la puerta con el coche preparado.

Cuando sus hermanos la vieron aparecer, soltaron un silbido de admiración.

—*¡Wow!* ¿Es ella o se trata de una modelo que han contratado para las fotos? —dijo Sergio con los ojos como platos.

—¡Serás tonto! Claro que es ella. ¿No ves la cicatriz en la frente de cuando le golpeaste con la espada y casi le sacas un ojo? —le recordó Javier, propinándole un empujón para que espabilara.

—No fui yo, imbécil, fue mi amigo Manu. Y porque ella se metió por medio cuando estábamos jugando a gladiadores, ¿no te acuerdas? Mamá tuvo que llevarla a urgencias porque no paraba de sangrar.

—Manu no fue. Su espada era de plástico y no hacía daño. Lo sé porque me dejó jugar con ella muchas veces. La tuya era de madera y le habías afilado la punta, que yo te vi.

—Eso es mentira —replicó Sergio encrespado—. La mía tenía la punta redonda. Tú sí que afilaste la tuya con el cuchillo de monte que papá tenía guardado en el garaje, y eso que nos prohibió que lo cogiéramos.

—No es el momento de enzarzarse en una discusión, ¿no os parece, chicos? —les reprendió su padre con gesto serio. Como buenos hermanos que

se querían mucho, siempre estaban discutiendo.

Los mellizos bajaron la cabeza avergonzados.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Cosme a su hija con un brillo de orgullo en los ojos.

—Sí, papá. Todo perfecto.

—¡Esta es mi niña! —Y le dio un beso en la mejilla—. Vamos allá. Creo que hay un novio esperando en la iglesia y debe de estar impaciente por hacerte su esposa.

Cosme le dio el brazo a su hija y ambos se encaminaron al coche, engalanado para la ocasión con flores procedentes de su propio jardín.

Los chicos, que acababan de sacarse el carné, se habían peleado por conducir los escasos dos kilómetros que los separaban de la iglesia. Al final, el problema se zanjó echándolo a suertes. Ganó Sergio, que estuvo presumiendo ante su hermano desde ese momento.

Consiguieron llegar sin contratiempos y con solo diez minutos de retraso sobre la hora fijada, lo que provocó un suspiro de alivio en Cosme y otro de satisfacción en Sergio.

Todos los nervios de Marcia se evaporaron al ver a André esperando junto al altar con su atractivo rostro sonriente y el amor brillando en su mirada.

Mientras avanzaba hacia él del brazo de su padre, a su mente acudieron recuerdos de esos últimos meses: el día que se conocieron, las semanas posteriores de incertidumbres, la primera vez que hicieron el amor...

Durante todo ese tiempo, aquellos incipientes sentimientos habían crecido y madurado hasta echar fuertes raíces. Lo amaba como nunca imaginó que pudiera hacerlo y sabía que era correspondida de igual forma.

Los primeros meses fueron muy duros porque solo se veían los fines de semana. Él tuvo que regresar a París y ella continuó en las oficinas de Barcelona, en su puesto de jefa del departamento de tramitación de siniestros. Unas veces venía él y otras, las menos, ella viajaba a París. Allí conoció a la madre de André, Eloísa, una mujer encantadora a la que apreció desde el primer momento.

Ella le habló de los difíciles comienzos, cuando a finales de los años cincuenta del siglo anterior, y siendo una niña de apenas diez años, abandonó el pueblecito leonés en el que siempre había vivido y se trasladó con sus padres a Francia, con la esperanza de encontrar una vida mejor. El cambio fue

brutal: una gran ciudad, un nuevo idioma, distintas costumbres... Ella fue la que mejor se adaptó a la nueva vida, pero sus padres nunca estuvieron a gusto allí y, cuando pudieron, regresaron a su pequeño pueblo en España donde acabaron sus días. Eloísa se quedó en París. Había conocido a Armand, el padre de André, y ya no tuvo ningún interés en regresar. Vivieron felices durante muchos años, hasta que una cruel enfermedad le arrebató a uno de los amores de su vida. Le quedaba otro, su hijo, y por él continuaba allí.

Tras cuatro meses, al hacerse efectiva la fusión de Peninsular Seguros con LEF Assurances, André fue nombrado director de la filial española de la compañía y se trasladó a Barcelona. Alquilaron un piso más grande, ya que el de Marcia se les quedaba pequeño, y comenzaron su vida en común, una maravillosa vida en común.

Si hubiese sido por André, se habrían casado al mes de vivir juntos. Fue ella la que decidió demorar la boda, y no porque dudara de sus propios sentimientos, era por él. Si bien se lo demostraba en todo momento, y de muy diversas formas, no podía creer que aquel hombre maravilloso estuviese enamorado de ella.

Tanto sus padres como la madre de André estuvieron de acuerdo con su decisión y les prepararon una gran boda. Marcia, que nunca pensó protagonizar algo parecido, había disfrutado de cada momento: la elección del vestido, del salón de celebraciones, el envío de las invitaciones, los arreglos florales de la iglesia, en el pueblecito donde había nacido y vivía su familia...

Cuando llegó a su lado, André le cogió una mano y le besó con delicadeza el dorso mientras la devoraba con los ojos. Era la mujer más maravillosa que había conocido, su alma gemela, y lo supo desde el primer momento que la vio. Ahora iba a ser su esposa y él se consideraba la persona más afortunada del mundo.

—¿Preparada para cambiar tu vida, *mon amour*? —le preguntó en voz baja, con aquella entonación que a Marcia siempre la emocionaba y conseguía que vibrasen todas las fibras de su ser.

—Sí, André, pero siempre que sea contigo —contestó ella. Y el brillo de felicidad que se había instalado en su mirada mucho tiempo antes corroboraba sus palabras.

«Súbete a unos tacones y tu vida cambiará», le había dicho Belén en aquella ocasión, y Marcia pensó que siempre estaría en deuda con su amiga por haberle dado aquel sabio consejo.

Frases en francés

Allez!	¡Venga!
Alors.	Entonces.
Allons!	¡Vamos!
Allons. Ça va être merveilleux.	Vamos. Va a ser maravilloso.
Bien sûr.	Claro. Por supuesto.
Bonjour.	Buenos días.
Bonsoir, joli.	Buenas tardes, bonita.
Calme, ma petite.	Calma, pequeña.
C'est moi.	Soy yo.
Certainement.	Ciertamente. Definitivamente.
C'est délicieux!	¡Es delicioso!
C'est merveilleux!	¡Es maravilloso!
C'est vrai.	Es cierto.
Chérie.	Cariño.
Couard!	¡Cobarde!
D'accord	De acuerdo.
Enchanté.	Encantado.
Et bien?	¿Y bien?
Exactement!	¡Exactamente!
Excellent!	¡Excelente!
Il est très joli!	¡Es muy bonito!
Je l'adore.	Lo adoro. Me encanta.
Joli.	Bonita.

Magnifique!	¡Magnífico!
Mais c'est fantastique!	¡Pero es fantástico!
Mais oui.	Pero sí.
Mon amie.	Mi amiga.
Mon coeur	Mi corazón
Mon Dieu!	¡Dios mío!
N'est-ce pas?	¿No es así?
Non, merci.	No, gracias.
Pas de problème.	Ningún problema.
Parfait!	¡Perfecto!
Princesse.	Princesa.
Oui, mais c'est affreux!	Sí, pero es espantoso!
Quelle horreur!	¡Qué horror!
Très bien.	Muy bien.
Une délicatesse!	¡Un manjar!
Vite!	¡Rápido!
Et voici. Coulant au chocolat pour la dame!	Y aquí está. ¡Volcán de chocolate para la señora!

Agradecimientos

Hacía tiempo que deseaba escribir una comedia romántica, subgénero que me gusta mucho leer, pero no me decidía. Siempre he pensado que es más difícil hacer reír que llorar, y ahora he comprobado que es cierto. El caso es que, aunque esa idea me rondaba por la cabeza, no veía el momento de comenzar. El empujoncito me lo dieron Fina, Manuela y Juani, amigas y compañeras de gimnasio, que no dejaban de insistirme en que escribiera una novela con la que no pararan de reír. Espero haber cumplido con el encargo.

Mi agradecimiento también va para mi familia. Ellos son el aliento que me ayuda a perseverar en todo lo que emprendo.

A Ediciones Kiwi, que continúa apostando por mis obras.

Y a vosotros, mis lectores, que con vuestra lealtad conseguís que siga trabajando con ilusión y con un propósito: hacer que disfrutéis con mis novelas o, al menos, intentarlo.